Siempre en oración

E. F. HALLOCK

Publicado por el autor 622 S. Ponca Norman, Oklahoma

A mi esposa Vera y mis cinco hijos: Edgar, Ardelle , Roger, Vera Beth y Ann.

cuyos testimonios cristianos han sido básicos en mi ministerio

 Cuarta impresión

Clasificación decimal Dewey: 248.3 Número de tarjeta de catálogo de la Biblioteca del Congreso: 66-12572 Impreso por Casa Bautista de Publicaciones Box 4258 : -: El Paso, Texas 4E2MT3

Contenido

1. Transformados por la oración

En nuestra casa había un hijo de cinco años y medio. Desde el momento en que tuvo algún entendimiento, se unió a la oración en el momento del altar familiar.

Una mañana, poco después de haber confiado en Cristo como Salvador , me sorprendió con su oración. Fue como de costumbre durante una parte, pero luego dijo:

"Oh, Dios, por favor dame un perrito blanco y un tren eléctrico para Navidad".

En mi mente me arrepentí inmediatamente de su oración. Temía por el efecto negativo que tendría sobre su fe cuando se diera cuenta de que a Dios no se le debía molestar con tales cosas.

Pero fui yo quien consiguió el despertar.

Esa tarde aparecieron en nuestra puerta dos muchachos de mi tropa de Boy Scouts.

“Tenemos un perrito blanco”, dijeron. “Vivimos en un edificio de apartamentos y tenemos que regalarlo. ¿Te gustaría para Edgar?

Por supuesto que fue aceptado, Edgar estaba jugando al otro lado de la calle y no supo nada de esto hasta que llegó a casa, entró en la cocina y vio al perro.

Sven”, dijo, “Dios seguramente respondió mi oración rápidamente, ¿no?” t

Cuarenta años después, Edgar oró por una nueva imprenta para imprimir Biblias en Brasil. Dios llevó a la Sociedad Bíblica Americana a responder esa oración con una prensa de $25,000.

¡Desde un perrito hasta una imprenta de 25.000 dólares! Las palabras de Zacarías son apropiadas: "¿Quién guardará el día de las cosas pequeñas?" ¡Seguramente no Dios!

Orar según el modelo bíblico es una actividad transformadora. Creemos que mediante la oración logramos grandes cambios en los asuntos y en las personas. A medida que llevamos a cabo nuestro programa de oración, apenas nos damos cuenta de que el cambio más grande es el que se está logrando en nosotros que oramos.

Todos nosotros sentimos la importancia de la oración y la defenderemos teóricamente. Nuestra práctica con demasiada frecuencia contradice nuestra teoría. Al igual que el tiempo, hablamos mucho de él pero no hacemos nada al respecto. ¡No podemos cambiar el clima! Podemos cambiar nuestra práctica de oración. Todos tenemos el deseo de ser mejores cristianos; Si nos diéramos cuenta de que la oración nos cambia de mejor en mejor, probablemente le dedicaríamos más tiempo.

Entendiendo la oración

La oración constante nos transforma en nuestra comprensión y uso de la oración. Todos empezamos pidiendo cosas. Cuando nos convertimos en cristianos, se nos instruye a orar por todo, a hablar con Dios como con un buen amigo. Se nos dice que se interesa por lo más mínimo de nosotros, que se preocupa por los gorriones, que hasta los cabellos de nuestra cabeza están todos contados. Siendo esto así, no dudamos en hablar con Dios sobre lo que pueden considerarse cosas pequeñas y sin importancia.

¿Pero quién puede medir el valor o la grandeza del tamaño de algo? Estas pequeñas cosas para algunas personas pueden parecer tontas, pero para el hombre que ora por todos los asuntos de su vida no hay nada tonto ante Dios.

Casi se podría decir que todos comenzamos por este lugar.

De vez en cuando aparece un hombre como Charles C. Finney, quien recibió un poderoso bautismo del Espíritu Santo simultáneamente con su conversión. Incluso antes de darse cuenta se había convertido, y antes de comprender lo que era esta experiencia con el Espíritu Santo, este hombre se sumergió en las grandes cosas de la oración. Aun así, hay casos en su autobiografía en los que él también oró por las pequeñas cosas comunes de la vida.

Cuando era un joven cristiano en mi adolescencia, oré por todo, desde una pelota de béisbol perdida hasta la recuperación de mi hermanito, a quien los médicos habían dicho que no podía vivir. Tantas y tan interesantes fueron las respuestas que Dios me dio sobre cosas pequeñas, que mi fe creció y comencé a orar por cosas mucho más grandes.

Un principiante no ora sólo por cosas; también incluye a personas, especialmente a las de su familia y quizás a algunos amigos cercanos. Al ver que los resultados por los que ha orado se cumplen en estas personas, se siente muy animado a orar por aquellos que tal vez estén un poquito más allá de este círculo inmediato. Sin darse cuenta, se está transformando en intercesor.

La oración intercesora es en sí misma un gran campo de servicio. En esta área la persona que ora ora por su familia, por sus amigos, por sus conocidos relacionados con la iglesia, por sus líderes espirituales, comienza a incluir algunos misioneros que conoce, y con el tiempo comienza a orar por muchos, Muchos misioneros por su nombre, sin conocerlos personalmente, pero confiados en que Dios sí los conoce y que Dios escuchará las oraciones ofrecidas a favor de ellos, también incluye a personas que están fuera del conocimiento salvador de Jesucristo, los perdidos. Mantiene una lista de oración de estos.

'Llega un momento en que su fe se anima a orar incluso por las naciones. Esta fe está arraigada en las palabras del Señor en el libro de Isaías: “He aquí, las naciones son como la gota de un balde, y como el polvo fino de la balanza son contadas; he aquí, él toma las islas como una pequeña cosa . . . . Todas las naciones delante de él son como nada; y le son contados por menos que nada y vanidad” (Isaías 40:15-17).

La transformación es aún más profunda. Somos transformados hasta que nuestros corazones se vuelven pesados con una preocupación constante. A medida que cumplimos con nuestros deberes, nos encontramos caminando en la presencia del Señor . Aunque no pronunciamos palabras, nuestra preocupación es una cuestión de pensamiento y de reacciones de nuestro corazón. Dios lee nuestros pensamientos y los gritos inarticulados de nuestras almas.

El apóstol Pablo dijo: “Tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón” (Romanos 9:2). En otro lugar escribió: “Además de las cosas externas, lo que me sobreviene cada día, la preocupación por todas las iglesias. ¿Quién es débil y yo no soy débil? ¿Quién se escandaliza y yo no me quemo” (2 Cor. 11:28-29)?

Nehemías ofrece otro maravilloso ejemplo de este tipo de transformación. Él era el copero del rey y debería haber estado alegre; pero había oído noticias de que Jerusalén estaba desolada y en ruinas. Oró mucho al respecto y con gran pesar se presentó ante el rey para cumplir con su deber de copero. El rey observó su rostro y le dijo: “¿Por qué está triste tu rostro, si no estás enfermo? Esto no es más que tristeza del corazón” (Nehemías 2:2). Entonces Nehemías desahogó su alma ante el rey. El rey lo nombró gobernador y lo envió de regreso a reconstruir su amada ciudad.

La oración nos lleva en última instancia a esta etapa de transformación. Somos transformados por la oración hasta que nuestros corazones y nuestras vidas están inundados por la pasión de hacer la voluntad de Dios. La oración se convierte en una actividad cuyo fin principal es la búsqueda constante y siempre consciente de la voluntad del Padre Celestial.

Jesús nos dio el ejemplo de seguir la voluntad de Dios. "Mi comida es hacer la voluntad del que me envió, y terminar su obra" (Juan 4:34). "Yo hago siempre lo que le agrada" (Juan 8:29). Y nos enseñó: "El que quiere hacer su voluntad, lo sabrá" (cf. Juan 7:17). La obediencia a esta voluntad de Dios es la puerta que abre el camino a seguir.

Él nos guía paso a paso, y luego llega a nuestro corazón el entendimiento: "[Nuestros] tiempos están en tu mano" (Salmo 31:15). Confiamos en él.

Unión con Cristo.

La transformación aún continúa. Al orar, somos transformados de la sensación de soledad humana a una experiencia viva de caminar con el Señor vivo; es una comunión casi ininterrumpida con el Señor. Esto es mediado para nosotros por las Escrituras. Jesús dijo en la Gran Comisión: “He aquí, yo estoy con vosotros todos los días ” (Mateo 28:20). Y las palabras de Pablo se vuelven significativas para nosotros: “Yo sé en quién he creído, y estoy seguro de que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día” (2 Tim. 1:12). Esta comunión es una unión de corazón con Jesús.

La historia de una anciana cristiana lo dice mejor de todos nosotros. Muchos, muchos años ella había servido al Señor y dependía de su fidelidad. Unos meses antes de ir al cielo, su pastor la visitó. Él le dijo: “Tía, ¿y si después de todos estos años de fiel servicio, el Señor dejara que se te escapara de entre las manos?” Su respuesta fue rápida: “Él no puede dejar que se me escape entre sus dedos. Soy uno de sus dedos”.

Jesús expuso la relación que debería ser normal para toda persona que cree en él. En Juan 15 tenemos un hermoso cuadro de la vid y los pámpanos. Allí declara: “Yo soy la vid verdadera”. La vid necesita poda y nuestro Padre es quien hace la poda;

aprendemos que cultivamos mucha vid en poco tiempo en nuestro sarmiento; esa vid extra debe ser cortada. La vid vieja no da buenos frutos. Es el nuevo crecimiento el que produce las mejores uvas. Debido a que permanecemos en él y él permanece en nosotros, experimentamos este proceso de ser podados y mantenidos fructíferos. Estoy en Cristo. Cristo está en mí, En esta experiencia de su presencia permanente, es normal orar sin cesar, Esto es una continuación del proceso transformador; Esto no lo hacemos como principiante. Esto no significa que estemos de rodillas todo el tiempo o incluso sentados separados en actos conscientes de oración cada minuto. Significa que nunca perdemos el contacto para que en cualquier momento podamos decir una palabra de oración o varias de ellas y saber que estamos siendo escuchados, ya sea que estemos caminando o en Ru o despiertos por la noche, o cualquiera que sea la situación. tal vez. Incluso en una habitación llena de gente podemos estar en contacto con nuestro Padre Celestial .

A medida que la realidad de nuestra creciente relación se profundiza, las acciones de gracias y las alabanzas se multiplican en nuestro acercamiento a Dios. Muchas veces durante los días suceden acontecimientos, grandes o pequeños, e inmediatamente surgen de nuestros labios las palabras: “Gracias, Padre”. Este es un desbordamiento gozoso y gozoso de todo este proceso de ser transformados por la oración. La oración nos transforma en personas agradecidas.

Debido a que hemos sido transformados en personas agradecidas, podemos estar de acuerdo con la palabra de Pablo a los efesios: “Dando siempre gracias por todo a Dios y el Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo” (Efesios 5:20). En una epístola anterior, 1 Tesalonicenses 5:18, había escrito: " Dad gracias en todo ". Pero dar gracias “por todo” es una verdadera prueba de la confianza y de la fe en Dios. Ser transformados en personas agradecidas también nos permite tener una fe creciente en que Dios hace todas las cosas para bien de aquellos que lo aman.

'Esta transformación que nos ha permitido entrar en la experiencia de unión con Cristo, es decir, como pámpano de la vid, pone a nuestra disposición su guía infalible. No necesitamos cometer errores al seguir el camino de Dios. Si lo hacemos, perderemos el contacto con él. Puede ser que estemos en contacto con él pero testarudos. En Salmo 32:8-9 dice: “Yo te instruiré y te enseñaré el camino en que debes andar; con mis ojos te guiaré. No seáis como el caballo o como el mulo, que no tienen entendimiento, cuya boca debe estar cerrada con freno y freno, para que no se acerquen a ti”. La versión estándar americana traduce este primer versículo: "Te aconsejaré con mis ojos puestos en ti". Y David dijo en Salmo 16:7: "Bendeciré al Señor que me ha aconsejado". Y el Señor hablando por medio de Isaías (30:21), dijo: “Y tus oídos oirán detrás de ti una palabra que diga: Este es el camino, andad por él, cuando os volváis a la derecha, y cuando os volváis hacia la derecha. la izquierda,"

A su imagen

Transformados en permanecer en él a través de la oración, se hace cada vez más difícil pensar mal, hablar críticamente, tener celos, hacer mal de cualquier tipo. Se vuelve normal amar el bien y hacer el bien. Un estudiante de un país extranjero se molestó por los carteles en el campus que decían "Manténgase alejado del césped". Dijo: “Al principio esas señales me dieron ganas de caminar sobre el césped. Pero llegué a conocer y amar al rector de esa universidad, y un día mientras caminaba, irritado por esos carteles, pensé: 'Esta es la hierba de mi rector', y eso marcó toda la diferencia del mundo; y aprendí a amar y mantenerme al margen”

La oración nos transforma acerca de la oración. Todavía oramos por pequeñas cosas mientras vivamos, pero quizás las aceptamos como ya logradas sin mucha oración. Oramos por personas cercanas y lejanas, y oramos hasta que entremos en comunión con nuestro Señor orante.

Mediante la oración la transformación cambia nuestro carácter y nos damos cuenta de que sus palabras se están convirtiendo no sólo en mandamientos sino en cumplimientos dentro de nosotros. Él dijo: “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado" (Juan 13:34). Y esto se convierte no sólo en un ideal sino en una experiencia.

Las bienaventuranzas ya no son meros desafíos de ser, sino que se convierten en ser. Confiar en Dios está tan en nuestro carácter que aprendemos a aceptar sin dudas la cita de Jesús del Deuteronomio: “No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale”. de la boca de Dios" (Mateo 4:4). Aprendemos a tomar como un hecho su declaración en Juan 15:7: "Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pediréis lo que queréis, y os será hecho.'

A modo de resumen, la oración nos transforma (1) en nuestra comprensión y práctica de la oración; (2) en nuestra unión cultivada y consciente con Cristo; (3) al crecer a su imagen, su semejanza, su carácter. Entonces podemos pedir lo que queramos, porque incluso nuestra voluntad de pedir se ha transformado de modo que solo queremos pedir lo que Él quiere.

En Ridgecrest escuché a SD Gordon decir: "Siempre que Dios puede agacharse y hacer lo que quiera conmigo, entonces yo puedo alcanzar y hacer lo que quiera con Dios". Y eso es cierto porque Dios confía en nosotros ya que hemos sido transformados en confiabilidad y semejanza de su Hijo.

2. ¿Qué es la oración?

Todo lo que es necesario hablar o escribir sobre la oración está en la Biblia.

El Libro de Dios es indispensable. Habla claramente acerca de la oración y de los hombres que oran. Relata su historia. Da los resultados de sus oraciones. Muchas veces estos resultados son tan magníficos que nos quedamos atónitos al pensar en lo que Dios pudo hacer porque los hombres oraron.

No hay ninguna teorización sobre la oración en la Biblia. No hay sermones sobre la oración en la Biblia y no hay una definición de oración en la Biblia. Se asume que orar es una cosa que los hombres deben hacer. Hay invitaciones y exhortaciones a orar. Hay mandamientos de Dios para orar. La Biblia está impregnada de oración.

En la Biblia se establecen tres cosas acerca de la oración. La oración es nuestro acercamiento a Dios. La oración es el acercamiento de Dios a nosotros. La oración es recibir de Dios lo que nos ha inspirado a pedir.

Acercarse a Dios Santiago nos dice: "Acercaos a Dios" (4:8). Cuando dirigimos nuestros pensamientos hacia él, ya sea que nos arrodillemos, nos sentemos, caminemos o cabalguemos, nos acercamos a Dios. Sin embargo, con demasiada frecuencia nuestra oración es mecánica. La oración es más que un deber y más que una mera práctica. A veces la gente piensa que es su calistenia espiritual, su preparación de ejercicios para mantener sus

corazones en recorte antes de bacalao. Pero un gran hecho acerca de la oración que debemos considerar es que nos estamos acercando al Dios eterno.

Moisés subió al monte hacia Dios. No subió a la montaña sólo para cumplir una función religiosa, sino para encontrarse con Jehová, el Dios que lo había llamado y con quien había caminado durante los días de su destierro en Horeb. Dios estaba allí y Moisés fue a acercarse a él.

En Éxodo 33 se habla de una tienda de reunión, y se nos dice que Moisés instaló esta tienda de reunión fuera del campamento. Este no es el tabernáculo porque estaba colocado en medio del campamento con las tribus a cada lado. La tienda de Moisés estaba fuera del campamento. Allí conoció a Dios.

Nuestro lugar de oración es nuestra tienda de reunión y debemos ir allí con frecuencia. El Señor le dijo a Jeremías (29:12-13): "Entonces me invocaréis, e iréis y oraréis a mí, y yo os escucharé. Y me buscaréis y me encontraréis, cuando me busquéis de todo vuestro corazón". Jeremías sabía que la oración se acercaba al Señor y la practicó.

Jesús nos enseñó que la oración va a Dios. Lo hizo con la palabra y el ejemplo. Él dijo: "Cuando oréis, decid: Padre nuestro" (Lucas 11:2). ¿Qué afirmación más directa y sencilla de que la oración se acerca a Dios podría decirse? Cada exhortación y mandato de Jesús de orar es un impulso de él hacia nosotros para ir a nuestro Padre y arrodillarnos y orar ante él.

El gran apóstol Pablo dijo: "Sean dadas a conocer vuestras peticiones a Dios" (Fil. 4:6). La necesidad más conmovedora de cada uno de nosotros que oramos es que seamos conscientes de Dios al llegar al tiempo de oración.

Nos acercamos a Dios para darle nuestro agradecimiento, y esto debe ser sincero y de corazón. Nos acercamos a Dios para adorarlo. Nos acercamos a Dios para pedirle las cosas que creemos que necesitamos y las cosas que sabemos que él quiere que tengamos. Nos acercamos a Dios para pedir por los demás, para buscar en él en

persona su voluntad, para pedirle que abra los ojos de nuestro corazón, para buscarlo en su Palabra.

Esto es lo familiar en la oración. Cuando predicamos sobre la oración, cuando leemos sobre la oración, cuando animamos a la gente a orar, lo dominante en la mente de todos los involucrados es que vamos a Dios para buscarlo , para encontrar lo que Él quiere que hagamos, para obtener cosas de él para nosotros, para los demás, para su obra, para su gloria. En otras palabras, para casi todas las personas la oración es simplemente ir a Dios, y ahí termina todo.

Pero eso no termina con esto. Eso es sólo una fracción de la oración. 'Hay otro lado de todo esto, y es que la oración no es sólo nuestro acercamiento a Él, sino también el acercamiento de Dios a nosotros.

Él se acerca a nosotros

Casi toda nuestra oración es como una conversación telefónica unidireccional. Marcamos un número; escuchamos una voz responder al otro lado de la línea; luego, durante diez minutos nos quedamos ahí y vertemos en el teléfono lo que tenemos en la mente y en el corazón. Antes de que la persona del otro lado tenga oportunidad de responder, colgamos el teléfono. La conversación ha terminado. No ha sido una conversación en absoluto. Ha sido una explosión de Nuestra parte hacia una persona al otro lado de la línea que no tuvo oportunidad de decir una palabra a cambio. La mayoría de las oraciones son así. Hablamos y hablamos y nunca esperamos que Dios hable; de hecho, rara vez consideramos si Dios tiene algo que decir o algo que decir.

Necesitamos recordar que Dios está en juego. Lo sorprendente es que él fue quien hizo la llamada para empezar. Nunca nos hubiéramos acercado a él si no nos hubiera llamado. Entonces, y sólo entonces, decidimos hablar con él. ¿No es esto lo que Pablo dice en Romanos 8:26-27? " Asimismo, también el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad, porque no sabemos pedir como conviene, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Y el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos. "

El Antiguo Testamento demuestra maravillosamente la proposición de que la oración es el acercamiento de Dios a nosotros. Los primeros cinco libros de la Biblia tienen 187 capítulos. En 139 de esos capítulos vemos a Dios acercándose al hombre, y este es el aspecto más importante de la oración; sin ella no podría haber verdadera oración cristiana. Dios vino a Adán en el Jardín del Edén. Dios habló con Caín después de haber asesinado a su hermano Abel. Dios vino a Noé, a Abraham. Vino a Moisés una y otra vez. Seguramente todos estos eran hombres de oración, pero no se nos dice que fueran hombres de oración. Se nos hace ver cómo Dios vino a ellos y cómo respondieron. No se nos presenta una imagen de hombres arrodillados, sino de hombres escuchando al Dios eterno mientras les revelaba su voluntad, su mente.

Una vívida ilustración de esto se encuentra en Éxodo 33:17—34:8. Moisés había implorado a Dios que se le diera a conocer de nuevo, y Dios le dijo a Moisés que había un lugar en la roca donde podía permanecer mientras Dios pasaba. Dios pasó de largo, y Moisés supo que Dios una vez más había renovado dentro de él esa visión controladora y consumidora que tanto necesitaban su vida y su obra.

Esto fue cierto con Josué, Gedeón y Samuel. Fue cierto para Isaías en esa gran visión cuando Isaías dijo: “En el año que murió el rey Uzías vi también al Señor” (Isaías 6:1). Es cierto para Jeremías y Ezequiel y todos los profetas. Dios vino a ellos y su oración fue una respuesta al toque de Dios sobre ellos.

Cuando recurrimos al Nuevo Testamento, descubrimos que Dios ha descendido a nosotros en forma humana. Pablo nos expresó esto vívidamente en Filipenses 2:5-6 cuando dijo: “Tened entre vosotros este sentir que tenéis en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a

Dios era algo a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres" (RSV). Dios descendió hasta nosotros en este maravilloso acercamiento al hombre. Y debido a este acercamiento de Dios en Cristo para nosotros, nosotros a su vez estamos obligados a volvernos hacia Dios y presentarle nuestras peticiones. Si esto no fuera cierto, es posible que nunca nos acercáramos a Dios y, por lo tanto, deberíamos estar extremadamente agradecidos de que nuestro Dios haya venido. para nosotros.

Otra forma de pensar en esto es que, así como un siervo del Señor lleva el mensaje a un hombre perdido, el Espíritu Santo está ahí con ese hombre, abriendo su mente, instruyendo su corazón, dándole la convicción de que debe hacer algo. al respecto. Abre su corazón y el Señor entra. Al mismo tiempo, el Espíritu Santo habita en él. A partir de ahora, cada movimiento de oración es un toque del Espíritu de Dios.

Mientras oramos por la obra de Dios y lo que él quiere que hagamos, es Dios quien obra en nosotros "el querer" y el "hacer para su buena voluntad". Los planes para el trabajo, las ideas para realizarlo: todas estas cosas provienen de Dios. Cómo debemos entender esto y permitir que Dios tenga libre acceso a nuestros corazones y así reconocer su venida. Entonces nuestra oración será efectiva.

El Sr. Spurgeon, un hombre que sabía lo que era prevalecer ante Dios en la oración, dijo una vez: "Cuando Dios pretende grandes bendiciones para su pueblo, los pone a orar". Cuando nos sentimos impulsados a instar y exhortar a las personas a orar, recordemos que es Dios quien está exhortando e instando a través de nosotros. Él nos está haciendo orar para darnos una gran bendición. Reconocer esta verdad y darla a conocer es una gran bendición. tipo de alabanza que le debemos a Dios. Es una alabanza que nos mantendrá humildes y nos alejará de los caminos del orgullo que destruyen nuestra espiritualidad.

A la luz de esta verdad de que Dios se acerca a nosotros, podemos usar un par de versículos familiares como base para esperar una respuesta a nuestra oración. Jesús

dijo en Mateo 18:19-20: "Que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa que pidan, les será hecho por mi Padre que está en los cielos". Nos detenemos justo ahí, pero él no dijo eso y lo dejó ahí. Él dijo algo más que debe ir con eso, o la respuesta no puede venir: "Porque", dijo, "donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo. en medio de ellos". Cuando dos están de acuerdo con él, están en perfecto acuerdo el uno con el otro, y la respuesta es tan segura como si ya estuviera aquí.

Esta concepción de que la oración es el acercamiento de Dios a nosotros es algo transformador y debemos afrontarla constantemente cuando pensamos en la oración y mientras oramos.

Pregunta y Recibe

Cuando reconocemos y entendemos que la oración es el acercamiento de Dios a nosotros y nuestro acercamiento a Dios, estamos en una actitud de corazón para comprender esta tercera cosa, que la oración es recibir. No es sólo un acto de fe, sino que es fe en acción.

Jesús en Marcos 11:24 dijo: "Todo lo que pidáis orando, creed que lo recibiréis y os vendrá". En el idioma original, la palabra griega "recibir" está en tiempo aoristo. Es decir, fue algo hecho en un momento particular, no algo que se haría en el futuro, por lo que podría leerse correctamente: "Creed que los habéis recibido".

Éste no es el temperamento común de la oración. Orar demasiado es pedir y luego esperar obtener lo que hemos pedido. Y a medias, a medias en la fe, esperamos una respuesta que nunca llega. No esperábamos obtenerlo y no teníamos fe en haberlo obtenido, pero, si entiendes que la oración es el acercamiento de Dios a ti, y lo reconoces como tal, y si te has acercado a Dios para pedirle como lo has hecho, inspirado a hacer, entonces puede estar seguro de que se le ha dado la respuesta. Juan debe haber querido decir esto cuando escribió en 1 Juan 5:14-15: "Y esta es la confianza que tenemos

tenemos en él, que si pedimos algo conforme a su voluntad, él nos oye; y si sabemos que él nos oye , en todo lo que le pedimos, sabemos que tenemos las peticiones que le hemos hecho". Quien comprenda esto será obediente al mandato de Jesús de no utilizar "vanas repeticiones". No se nos escucha por mucho que hablemos. Somos escuchados porque nuestras oraciones han sido motivadas por Dios mismo, y venimos en el nombre y en la voluntad de nuestro Señor Jesucristo.

Hay personas que cuando oran vienen con una petición y de alguna manera sienten que por primera vez Dios está siendo informado sobre este asunto. Realmente están pensando que sorprenderán a Dios con lo que van a decir. Están seguros de que Dios nunca antes había pensado en esto. Este tipo de oración no es oración en absoluto.

Nuevamente, hay personas que piensan que deben venir con determinación y vigor incansable porque deben persuadir a un Dios que no está dispuesto a hacer lo que están a punto de pedirle. Esto tampoco es cierto. El hecho de que algo pueda tardar en llegar no indica que Dios no esté dispuesto. Puede significar que todavía hay una pequeña cosa en nuestras vidas que debe ser movida para hacer espacio para recibir lo que Dios ya ha iniciado en su camino.

La oración es recibir al Señor a quien buscáis . El Señor le dijo a Jeremías: “Me buscaréis y me encontraréis, cuando me buscaréis de todo vuestro corazón” (Jer. 29:13). Un golpe a mi puerta me hace abrir. Invito al que llama. y lo recibo en mi casa. Jesús está a mi puerta cada vez que voy a orar, lo abro y lo recibo en mi vida.

La oración es recibir lo que Dios ha prometido. Es pedir, llamar, buscar, pero a menos que recibamos (y esto es un acto de fe de nuestra parte), pedir, llamar y buscar son en vano. Debemos aprender a mirar hacia arriba y con los brazos abiertos recibir lo que Dios ha prometido.

Recibimos sus planes. Las ideas nos llegan mientras oramos. Las anotamos y luego avanzamos en el cumplimiento de estas cosas que hemos recibido.

Quizás, por encima de todo, la oración es recibir al permitir que Dios lleve a cabo la obra. Pablo dijo: “Dios es el que produce en vosotros tanto el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Fil. 2:13). Entendemos esta primera parte mejor que la última. Es Dios quien hace la obra y quien infunde en nosotros estas ideas, y recibir la obra de Dios es una parte importante de nuestra oración.

Por supuesto, la oración es recibir el regalo que solicitamos. Si sabemos que es la voluntad de Dios que lo tengamos y estamos seguros de que está en sus promesas, entonces podemos esperar porque sabemos que vendrá. Ya lo hemos recibido y en el tiempo de Dios estará presente con nosotros. Ya no seguimos pidiéndolo. Simplemente damos gracias a Dios por ello y esperamos en su bondad. A veces no lo hacemos y empezamos a pedir de nuevo y oramos por fe. Debemos aprender que la oración es recibir los dones que hemos pedido.

La oración es recibir la providencia prometida de Dios. Ésta es un área extremadamente amplia. "El señor es mi pastor; nada me faltará” (Salmo 23:1). Si esta palabra de Dios pudiera convertirse en la esencia de nuestra fe, estaríamos por encima de toda preocupación y toda ansiedad. Jesús amplía este pensamiento en Mateo 6:25-33 (NVI) donde nos dice: “No estéis afanosos. Mira los pájaros. . . vuestro Padre celestial los alimenta . . . . Consideremos los lirios. . . incluso Salomón. no estaba vestido como uno de estos”. Y luego dice: “Buscad primero su reino y su justicia, y todas estas cosas serán vuestras también”. Proverbios 3:5 dice: "Confía en el Señor con todo tu corazón". Esto debemos saberlo y practicarlo porque la oración es recibir las providencias de Dios que ya han sido prometidas.

En el Salmo 81:10 el Señor dice: "Abre bien tu boca, y yo la llenaré". Se dice que en la antigüedad un monarca oriental, deseando recompensar a uno de sus nobles por las

buenas hazañas realizadas, en un momento muy especial llamaba a ese hombre a su presencia antes que todos los demás nobles. Luego le pediría que abriera bien la boca y que inclinara la cabeza hacia atrás para que el monarca pudiera llenarle la boca a aquel hombre con piedras preciosas de todo tipo. Eso es lo que nos dice nuestro Padre Celestial cuando venimos a orar. “Abre bien tu boca en oración y yo la llenaré”.

La oración entonces es tres cosas: nuestro acercamiento a Dios; El acercamiento de Dios a nosotros; y tercero, recibirlo a él y a todo lo que él planea para nosotros a través de nuestras oraciones.

3. Oración: un imperativo divino

Muchos caminos se abren cada día ante nosotros. Todos ellos son atractivos y ofrecen mucho interés y valor. No podemos entrar en todos ellos; debemos tomar una decisión.

Limitamos nuestras opciones a aquellas que creemos que son más importantes. Esto no pone fin a nuestra elección; porque entre ellos hay aquellos que están etiquetados como "mejores", "excelentes" o "superlativos". Estos son de tal carácter y valor que perjudicamos seriamente nuestro bienestar espiritual al tratarlos a la ligera. Eligiendo con cuidado y aprovechándolos al máximo, nos aseguramos la victoria.

Los caminos de la lectura de la Biblia y la oración nos son dados para caminar por imperativo divino.

No caminamos muy lejos por estos dos caminos hasta que descubrimos que son uno e indivisible.

Quiero enfatizar el lado de oración del camino.

Ofrezco tres razones en apoyo de la afirmación de que la oración es un imperativo divino:

1. Dios ha ordenado a su pueblo que ore.

2. Dios desea tener comunión con nosotros a través de la oración.

3. Dios promete todo a quienes oran en el nombre de Jesús.

Hay muchas declaraciones del corazón de Dios acerca de la oración que son imperativas por su naturaleza y significado. Evidencia bíblica

"El Señor dijo a Jeremías: Llámame, y yo te responderé y te mostraré cosas grandes y poderosas que tú no conoces " (Jeremías 33:3). Esta palabra desata en nosotros un doble sentido de urgencia. Hay en ello tanto un mandato como una promesa.

"Buscad al Señor mientras puede ser hallado, invocadlo mientras está cerca" (Isaías 55:6). Este mandamiento nos advierte que podemos esperar demasiado para buscar al Señor e invocarlo. Pero "buscaréis y me encontraréis, cuando me buscaréis de todo

vuestro corazón" (Jer. 29:13). Encontrarlo y conocerlo es la respuesta que más deseamos.

“Invócame en el día de la angustia; yo te libraré, y tú me glorificarás” (Salmo 50:15). Cuando nos sobrevienen problemas, podemos sentirnos abrumados. El solo hecho de recordar este mandamiento le permite a uno volver su corazón hacia Dios.

En el Nuevo Testamento, tanto de Jesús como de sus apóstoles, vienen palabras que llevan el poderoso imperativo del mandamiento. Al reconocer la fiel práctica de la oración de Jesús, nos damos cuenta de que todo lo que dice sobre la oración lleva el sello de la urgencia. Cuando dice "Cuando oréis", eso equivale a "orad". Su enseñanza en Mateo 6:5-15 está tan cerca de ser la enseñanza central sobre la oración como cualquier otra cosa en la Biblia. En sí mismo, tiene la naturaleza del imperativo.

Uno de los mandamientos de Jesús es: “Pedid y se os dará; Busca y encontrarás; llamad, y se os abrirá” (Mateo 7:7). Como tantos otros mandamientos para orar, vinculado a éste está la promesa segura de una respuesta. De hecho, todos los mandamientos de orar están vinculados a una promesa.

“Y les refirió una parábola acerca de que es necesario orar siempre y no desmayar” (Lucas 18:1).

Jesús habla de un juez malvado e injusto a quien no le importaba Dios ni el hombre. Una viuda buscaba protección justa contra un adversario. Para hacer sus necesidades, no para hacer justicia, le concedió una decisión favorable. Por el contrario, Dios es justo y amoroso. Él responderá, aunque la respuesta a veces se demora. Dentro de esta enseñanza está la urgencia imperativa del mandato del Señor.

“Orad por aquellos que os utilizan con desprecio”. Esto debe estar vinculado con "amad a vuestros enemigos". Los dos, sin duda, van juntos; porque si uno realmente ora por sus enemigos, ya ha expresado una de las mejores pruebas de amor: se está volviendo como su Señor que oró en la cruz: "Padre, perdónalos".

Mire una o dos palabras del apóstol Pablo. “Orad sin cesar” (1 Tes. 5:17). “Continuad firmes en oración” (Col. 4:2, RSV). Muchas veces debe haber alentado e instado a sus iglesias y a sus miembros a la gran necesidad de orar.

A Timoteo le escribió: “Exhorto, pues, ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hombres . . . . Esto es bueno y aceptable delante de Dios nuestro Salvador ; quien hará que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad . , . . Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar , levantando manos santas, sin ira ni duda” (1 Tim. 2:1-8).

¿Qué podría ser más imperativo que estas palabras del apóstol? Dice claramente que Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad y que el éxito de la voluntad de Dios de alcanzar a los hombres perdidos con el mensaje del evangelio está condicionado al imperativo de que "los hombres oren en todas

partes". La compasión por los hombres perdidos profundiza la urgencia de estas poderosas palabras de Pablo.

El fracaso es un pecado trágico. "Por tanto, al que sabe hacer el bien y no lo hace, le es pecado" (Santiago 4:17).

Comunidad con Dios

La oración, en segundo lugar, es un imperativo divino porque Dios desea tener comunión con sus hijos redimidos. Cuando empezamos a intentar eliminar este pensamiento, nos tambaleamos bajo su gran peso.

Dios, el Eterno; Dios, el Majestuoso; Dios, el Padre Infinito desea tener comunión con aquellos que han sido comprados por la sangre de su Hijo.

Un rey exige y exige obediencia. Un presidente de una república requiere lealtad. El jefe de una gran corporación exige resultados. Ninguno de ellos busca la comunión humana con aquellos a quienes gobierna.

Pero Dios busca tener comunión con el más pequeño de sus hijos comprados con sangre. Al hacerlo, nos eleva desde nuestro bajo plano terrenal a "lugares celestiales en Cristo".

A lo largo de la Biblia vemos a Dios cercenando la comunión de los hombres. Cuando siguen caminos rebeldes y rompen la comunión, él los busca y la repara.

En el Jardín del Edén había un compañerismo ininterrumpido y el hombre no tenía miedo; pero cuando Adán se exaltó y eligió su propio camino, perdió la comunión con Dios y tuvo miedo.

Luego estaba Enoc. De él está escrito: "Y caminó Enoc con Dios, y desapareció; porque Dios le llevó" (Génesis 5:24). Uno puede imaginar fácilmente que estos paseos con Dios eran muy importantes, tanto para Dios como para Enoc, y especialmente para Enoc era un imperativo no faltar a su cita con Dios.

Luego, cuando "también la tierra se corrompió delante de Dios, y la tierra se llenó de violencia" (Génesis 6:11), Dios tenía preparado un hombre. Había tenido comunión con él durante mucho tiempo. Ahora, cuando se hizo necesario destruir al hombre debido a su corrupción y violencia, Dios tenía a Noé listo para ser el predicador de la redención. Conocía a ese hombre porque había tenido comunión con él.

Dios le informó y le encargó qué hacer. Él debía construir el arca para la liberación y luego predicar la seguridad y la salvación en el arca para aquellos que creyeran. Siguió construyendo y siguió predicando. Ninguno de los que lo escucharon se convirtió, al menos no hay conversiones registradas. Noé debió sentir un gran desánimo. En esos momentos se volvió al Señor. Esta comunión divina lo sostuvo durante esos 120 años, y Noé nunca perdió de vista la imperiosa necesidad de la oración.

Qué hermosa expresión del hecho de que la oración es un imperativo divino se manifiesta en el registro de comunión que Abraham tuvo con el Señor. Desde Ur de los caldeos hasta el momento de la ofrenda de Isaac, el Señor se le apareció entre nueve y doce veces. Esto podría haber transcurrido durante cincuenta años, pero ¿quién diría que no tuvo una profunda comunión con Dios entre esas apariciones?

Luego estaba Moisés. Sus padres implantaron una fe profunda y duradera en el corazón de ese niño. Dios sabía qué y cómo serviría en los años venideros, y cuidó de Moisés. “Por la fe Moisés, cuando llegó a la edad adulta, rehusó ser llamado hijo de la hija de Faraón” (Heb. 11:24). Incluso en el palacio egipcio, Moisés sabía que la oración era su imperativo personal si quería mantener la comunión con Dios; y todos los años lo demostraron. Sus últimos cuarenta años son una transmisión televisiva en colores divinos.

Dios buscó a muchos otros hombres, entre los cuales estaban Josué, Gedeón, David, Isaías, Amós, Jeremías y los profetas. Pero la comunión con el Señor no se limitaba a aquellos hombres que eran siervos especiales. Mucha gente común debe haber conocido la comunión. La comunión con Dios era más elevada que los valores terrenales, y sabían que la puerta de entrada a esa comunión era la oración.

Pero la plena manifestación del deseo de Dios por nuestra comunión se ve en la venida de su Hijo, él mismo Dios. Y Jesucristo mostró y enseñó cuán imperativo es que los hombres oren siempre.

Dado que Dios desea nuestra comunión, es incuestionablemente urgente que lo busquemos en oración. A través de Amós dijo: “Buscadme y viviréis” (Amós 5:4). Y debemos responder: “Tu rostro, Señor, buscaré”. Nuestra comunión con Dios se expresa en la adoración de nuestro corazón hacia él, y la adoración de nuestro corazón a Dios es muy importante para crecer en la semejanza de Cristo y servir en su nombre.

“Somos colaboradores de Dios”, no colaboradores unos de otros, sino de Dios. ¡Qué compañerismo en el servicio tenemos! Hasta ahora, estas dos razones hacen que el imperativo sea urgente e impresionante; pero todo aquel que desee tener éxito en la obra del Señor sabe cuán urgente se vuelve cuando nos damos cuenta de que la oración es un imperativo divino debido a lo que Dios promete hacer por quienes oran. Cada vez que una palabra como “todo lo que pidáis en mi nombre, eso haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo ” (Juan 14:13) llega a un hijo de Dios, se le hace detenerse y darse cuenta de que Aquí hay algo divinamente extraordinario.

¿Y qué pensaremos de esta palabra de Jesús: “Y todo lo que pidáis en oración, creyendo, lo recibiréis” (Mateo 21:22)? ¿Qué haremos con una promesa tan generosa?

Dios lo promete todo

Al considerar las declaraciones de Jesús, descubrimos que la oración es un gran imperativo más allá del mandamiento. Para muchas personas, este imperativo es más

apremiante que el de que Dios busque nuestra comunión. Estamos hechos para enfrentar la pobreza de la falta de oración frente a la abundancia que Dios ofrece a quien ora con fe y en el nombre de Jesús. La abundancia de Dios está condicionada por nuestra entrega al nombre y a su completo control de nuestras vidas.

Si voy a hacer la obra de Dios, necesito el equipo de Dios. Necesito la sabiduría de Dios y el poder de Dios. Dios viene a mí en el pavimento de mis oraciones para capacitarme para las tareas que me ha asignado.

En nuestro mundo los hombres construyen grandes edificios, grandes represas a través de grandes ríos, grandes carreteras de múltiples carriles. Para realizar estas tareas sobrehumanas crean y perfeccionan maquinaria asombrosa. Con estas máquinas y con hombres calificados, además de excelentes materiales y métodos, construyen en meses lo que nuestros padres, hace medio siglo , habrían dicho que no se podía hacer en absoluto.

Ningún constructor enfrenta jamás dificultades tales como las que enfrentan los siervos de Dios. No existen máquinas ni métodos fabricados por el hombre que puedan realizar la obra de Dios. Pero Dios promete todo lo que se necesita.

Jesús nos dio el trabajo a hacer en la Gran Comisión. Él declara: "Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y enseñad a todas las naciones. . . y he aquí yo estoy contigo" (Mateo 28:18-20).

Durante más de diecinueve siglos los cristianos han emprendido esta misión. Su celo y su obediencia, así como su éxito, han sido cálidos y fríos, de modo que incluso ahora apenas una cuarta parte de la población mundial puede considerarse mucho más que nominalmente cristiana.

Hay otros obstáculos aparentemente insuperables a los que nos enfrentamos. Uno es el crecimiento de la población de los incrédulos. Los incrédulos están aumentando más rápido de lo que podemos hacer creyentes. El número de misioneros aumenta, pero la población crece mucho más rápido.

Las religiones nacionalistas han despertado y se agitan a través de sus ambiciones nacionales y se han opuesto al cristianismo. El progreso del reino de Cristo se ha ralentizado.

Las ideologías políticas han cerrado las puertas de grandes naciones que antes estaban abiertas de par en par, y en muchos de estos países donde las puertas están abiertas, todavía no tenemos misioneros.

Nuestra propia nación está obsesionada con el problema no sólo de mantener un alto nivel de prosperidad, sino también de expandirlo. Los hombres están tan consumidos en la búsqueda de un mayor avance material que sus mentes están muertas para los enfoques espirituales.

Nuestras iglesias se han vuelto altamente organizadas y eficientes. El predicador y su personal son considerados promotores y administradores. Parecemos capaces de

mantener las ruedas en marcha, pero apenas nos movemos de donde estamos. Llegamos a las personas matriculadas en nuestra Escuela Dominical, pero no más allá de eso.

Frente a estos y muchos más problemas, nos hemos vuelto conscientes del problema. Hemos perdido la conciencia del poder divino. Si tan sólo creemos en Dios y nos ponemos plenamente a su disposición a través de la oración, progresaremos en el desempeño de nuestra misión mundial. De lo contrario, es una empresa imposible y casi inútil.

El “todo poder” que se le ha dado a Jesús es suyo para que nos lo dé a nosotros cuando aprendamos lo que significa orar en su nombre. Él dijo: “Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer” (Juan 15:5). También dijo: “Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pediréis lo que queráis, y os será hecho” (Juan 15:7).

Dios nos pone ante el imperativo de orar, de orar sin cesar. ¡Orar y no rendirse! Obedecer es nuestro. Si cumplimos con su voluntad, nos encontraremos capacitados más allá de nuestras mayores esperanzas. Si nos negamos a obedecer a nuestro Padre Celestial, al cumplir su imperativo, nos sentenciamos a la debilidad, la infructuosidad y el fracaso.

"Dios es el que en vosotros produce tanto el querer como el hacer, por su buena voluntad" (Fil. 2:13).

4. Falta de oración

Samuel fue la respuesta de Dios a la oración de Ana. Siendo todavía un niño, fue entregado al Señor y su hogar era el tabernáculo. A la muerte de Elí, el sumo sacerdote, se convirtió en juez, profeta y sacerdote de Israel. Durante muchos años sirvió como siervo gobernante de Dios en esta tierra. Nació en oración y él mismo fue un hombre de oración.

Cuando ya era viejo, nombró a sus hijos jueces sobre Israel. Estos hijos no anduvieron en los caminos de su padre, “sino que se desviaron en busca de ganancias, aceptaron sobornos y pervirtieron el juicio” (1 Sam. 8:3).

Entonces, los ancianos de Israel vinieron a Samuel y le pidieron que les diera un rey como lo habían hecho las otras naciones. Samuel no estaba contento con esto y oró al Señor, y el Señor dijo que hiciera lo que le pedían. Después de que el rey se estableció en su trono, Samuel reunió al pueblo y repasó la historia de Israel. Le dijo al pueblo que habían hecho mal al pedir un rey. Ellos lo admitieron y le pidieron que orara por ellos y Samuel les dijo: “Además, lejos de mí, peque contra Jehová y deje de orar por vosotros” (1 Sam. 12:23).

Samuel reconoció que la falta de oración es pecado y que es pecado sin circunstancias atenuantes. Es absolutamente imperdonable. No hay ninguna razón por la que alguno de los hijos de Dios deba faltar a la oración.

Nadie es perfecto. Ninguno de nosotros puede decir: "Soy puro. No hay ninguna mancha de pensamiento erróneo dentro de mí. No hay ninguna mancha de orgullo egoísta. No hay ninguna mala actitud en mi corazón". Reconocemos que somos pecadores, pero pecadores salvos por gracia. Es posible que muchos hayan hecho bien en guardar los Diez Mandamientos; sin embargo, todos admitimos que somos culpables de muchas malas acciones: culpables de los pecados del corazón y del espíritu, los pecados del orgullo, la indiferencia y el descuido. Estos se arrastran silenciosamente sobre nosotros sin darnos cuenta, y es posible que no nos sintamos profundamente responsables de ellos.

Pero hay un pecado que es una maldad de gran alcance. Es el pecado de cesar o no orar según lo que Dios nos ha suplicado y ordenado.

Pecado contra Dios

Primero, pensemos en la falta de oración como pecado contra Dios. El pecado no es sólo la infracción de la ley o la violación de los mandamientos de Dios. Pensar en el pecado principalmente de esta manera es perder su aspecto real. El pecado es contra Dios la persona. Es un rechazo a sus palabras y propósitos, rebelión contra su voluntad y su gobierno. Por tanto, el pecado es rebelión y desobediencia contra Dios.

Dios ha dicho claramente que es su voluntad que los hombres oren. Jesús expresó esto cuando dijo: “Los hombres deben orar siempre y no desmayar” (Lucas 18:1). La Biblia está llena de mandamientos y enseñanzas claras, simples y comprensibles de que es la voluntad de Dios que los hombres establezcan contacto con Él y mantengan ese contacto intacto, para que pueda haber comunicación entre el Padre y sus hijos. Si hay alguna manifestación en algún lugar de cuál es la voluntad de Dios, es en este asunto de la oración.

Hay mandamientos que son indirectos y a modo de implicación; y hay mandamientos que son directos y al grano.

Dios les dio a Adán y Eva solo un mandamiento. Mientras observaran ese, no había necesidad de otros. Este único mandamiento expresaba plena y completamente la voluntad y la mente de Dios para estas dos personas y para la raza humana. Ese mandamiento era que debían abstenerse de comer el fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal.

Luego vino Satanás y enfrentó su voluntad contra la voluntad de Dios. Puso ante Adán y Eva su sabiduría como superior a la del Señor, y el acto de Adán y Eva no fue un acto que consistió simplemente en quebrantar una regla, sino en el rechazo de una persona. Esto es cierto en el análisis final de todo pecado.

Esto es particularmente cierto en lo que respecta al pecado de la falta de oración. La oración es el acto por nuestra parte de acercarnos a Dios. Nos acercamos a Dios con nuestras peticiones y nos dirigimos a él. La oración también es la venida de Dios a nosotros. Él se acerca a nosotros y recibimos lo que Dios nos ha traído. Así, la oración es una relación que Dios establece personalmente con nosotros, y cuando nos negamos a entrar en esta relación manifestamos un serio espíritu de rebelión.

El profeta Jeremías había tenido un ministerio muy difícil, reprendiendo y amenazando con la destrucción de Judá a causa de sus pecados. El ejército babilónico había rodeado la ciudad y la caída de Jerusalén era inminente. En esa etapa de la situación, Dios le ordenó a Jeremías que comprara una propiedad. Jeremías cuestionó a Jehová sobre este asunto y dijo que no tenía sentido ya que Jerusalén estaba a punto de ser tomada y destruida. Entonces Dios le reveló que Judá regresaría y que las propiedades volverían a ser compradas y vendidas. Esto parecía imposible, pero el Señor habló nuevamente a Jeremías mientras estaba encerrado en prisión y le dijo: "Así dice el Señor, su hacedor, el Señor que lo formó, para establecerlo; el Señor es su nombre; Llámame, y yo te responderé, y te mostraré cosas grandes y poderosas que tú no conoces " (Jer. 33:2-3). Dios deja claro que Jeremías debe orar por el tiempo venidero en que el pueblo de Judá sea restaurado a su tierra. Rechazar el mandato de Dios aquí sería un pecado contra sus propósitos para el futuro.

El profeta Isaías suplicó fervientemente al pueblo de Israel que orara. Él les dijo: "Buscad al Señor mientras puede ser hallado, invocadlo mientras está cerca" (Isaías 55:6). Este fue un mandato claro por medio del profeta al pueblo de ponerse en contacto con el Señor a través de la oración para que el Señor pudiera cambiar sus pensamientos, perdonar sus pecados y hacerlos fructíferos en su reino. Una vez más, no orar habría sido pura desobediencia y pecado.

Las palabras de Jesús en Mateo 7:7-8 son mandamientos tan claros que no pueden ignorarse ni evitarse. Nadie puede alegar ignorancia al escuchar estas palabras: "Pedid y se os dará; Busca y encontrarás; llamad y se os abrirá; porque todo el que pregunta recibe ; y el que busca encuentra ; y al que llama, se le abrirá". Si la justicia es guardar los mandamientos, entonces la injusticia y la iniquidad son rechazar los mandamientos.

Nuevamente, en una parábola, nuestro Señor dijo que los hombres siempre deben orar y no desmayar, y por implicación nos ordena cuando dice: "Todo lo que oréis y pidáis, creed que lo recibiréis y os será dado" (Marcos 11:24).

Y seguramente tenemos un mandamiento dado por Dios expresado por el apóstol Pablo cuando le escribe a su hijo en el evangelio, Timoteo. Él escribe: "Exhorto, pues, ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias por todos los hombres... Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar, levantando manos santas, sin ira ni duda". " (1 Timoteo 2:1, 8).

Negarse a escuchar estas palabras del Señor es rebelarse contra él. Los mandatos de Dios respecto a la oración son claros. La falta de oración es un pecado contra Dios y es un pecado que no puede encontrar excusa.

Nuevamente, la falta de oración es un pecado contra Dios porque es un acto de desconfianza. La confianza es esa actitud del alma que nos vincula en una comunión profunda y duradera con nuestro Padre Celestial; pero, cuando nos negamos a orar, rompemos esa confianza y pecamos contra Dios.

Dios ha prometido abundancia. Él condiciona que recibamos esta abundancia a nuestra oración sencilla y creyente en el nombre del Señor Jesús.

Todos deseamos profundamente todo lo que Dios ha prometido, pero qué pocos son los que confían en la veracidad de Dios. Dios dice: “Abre bien tu boca y yo la llenaré” (Salmo 81:10). Pero los hombres se quedan de brazos cruzados y se niegan a actuar. Esta es una desconfianza que no tiene más excusa que la negativa a reconocer la grandeza y el amor de Dios.

La desconfianza nace del desconocimiento de sus promesas, y ese desconocimiento es imperdonable, porque la Palabra de Dios, la Biblia, está en nuestras manos; y los hombres nos han hablado una y otra vez de sus gloriosas promesas sobre la oración y del deseo de Dios de compartir con nosotros las riquezas del mundo.

Considere esta palabra de Dios a Jeremías acerca de la oración. “Entonces me invocaréis, e iréis y oraréis ante mí, y yo os escucharé. Y me buscaréis y me encontraréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón" (Jer. 29:12-13). En estos versículos la gran búsqueda es del Dios que promete mostrarse a nuestros corazones cuando lo buscamos con todo el corazón. Seguramente no podemos apartarnos de este deseo de encontrarnos y conocer a Dios. Hacerlo es considerar a Dios sin importancia, y seguramente eso es pecado.

Consideremos nuevamente el conjunto de promesas en el Salmo 91:14-16: "Por cuanto en mí ha puesto su amor, yo también lo libraré; lo exaltaré, porque ha conocido mi nombre. Él me invocará, y yo le responderé: Estaré con él en la angustia; lo libraré, y lo honraré con larga vida , y le mostraré mi salvación.

En estos versículos el Dios grande, eterno y amoroso ofrece a aquel hombre que lo ama estas maravillosas bendiciones. Éstas son bendiciones por las que pagaríamos abundantemente si pudiéramos; pero se nos ofrecen bajo la condición de nuestro amor a Dios y nuestro llamado a él. No invocar al Señor en respuesta. estas grandes promesas es como arrojarle un regalo de un millón de dólares a la cara de un donante amoroso: un pecado terrible.

Hay muchas promesas y mandamientos de este tipo, tanto directos como indirectos, y todos ellos magnifican la posibilidad de esta relación de oración entre el niño y el Padre Celestial. Fallar aquí, ignorar al Señor en este asunto, es pura desobediencia y caminamos por un camino de espinas.

La desconfianza es pecado, dijo Dios acerca de Israel cuando le dieron la espalda en Cades-Barnea: “¿Hasta cuándo este pueblo creerá en mí?” Y los devolvió al desierto de peregrinación durante treinta y nueve años.

La falta de oración es pecado contra Dios porque en la mente y la voluntad de Dios su obra avanza de rodillas. ¿No es eso lo que dice en 2 Crónicas 7:14? “Si mi pueblo, que lleva mi nombre, se humilla y ora, y busca mi rostro, y se vuelve de sus malos caminos; Entonces yo oiré desde el cielo, perdonaré sus pecados y sanaré su tierra. Siempre, en todas partes la obra de Dios ha esperado las oraciones del pueblo. Sólo Dios puede hacer estas grandes cosas que él quiere y sólo mediante nuestras oraciones puede actuar. No orar es frustrar el propósito de Dios, y esto es un pecado para el cual no hay excusa. Perdón, sí, pero no excusa. Cuando no oramos, trabajamos contra Dios.

Finalmente, la falta de oración es pecado contra Dios porque destruye el canal a través del cual nuestro agradecimiento fluye hacia él. TODOS nosotros debemos el sacrificio de acción de gracias a Dios constantemente. Tanto es así que el apóstol Pablo escribió: “Dad gracias en todo ” (1 Tes. 5:18). Y en otra ocasión, “Dando gracias a Dios en el nombre de nuestro Señor Jesucristo por todo” (cf. Ef. 5:20). Cuando nos volvemos ingratos nos convertimos en pecadores contra Dios y el hombre.

A medida que la acción de gracias sale por las puertas de nuestras vidas, otros pecados entran en tropel y nos encontramos pecando contra Dios. Pecado contra los hombres "Cuando los hombres oran, cambian a los hombres y a las naciones. En Isaías 40:15,17 Isaías dijo: “He aquí, las naciones son como dos gotas de un balde, y como el polvo fino de la balanza son contadas; he aquí, toma las islas como una cosa muy pequeña. Todas las naciones delante de él son como nada; y le son consideradas menos que nada y vanidad”.

En el pasaje ya citado de 1 Timoteo 2, Pablo insta a orar para que los hombres sean transformados. Grandes hombres de oración han demostrado cómo la oración intercesora transforma a otros. David Brainerd oró en el desierto de Nueva York. Brainerd se puso a trabajar entre los indios de los bosques de Nueva York en la época colonial. Era un joven de muy mala salud pero con una tremenda devoción a Dios. Su ministerio fue un ministerio de oración intercesora. Se dice de él que rezaba arrodillado en la nieve hasta empapar su cuerpo de sudor. Él tuvo que predicar a través de un intérprete y muchas veces a través de un intérprete que estaba borracho de whisky; pero el Espíritu Santo cayó sobre los indios de esa zona y muchos de ellos llegaron a conocer al Señor en una experiencia de salvación.

John Hyde, mejor conocido como “Hyde orante de la India”, es otro ejemplo de alguien cuyas oraciones cambiaron a hombres y movimientos. Su vida y obra manifiestan el poder milagroso que está disponible a través de la oración intercesora dedicada. Tenía cuarenta y cinco años cuando comenzó a orar para que el Señor le diera en el próximo año un alma para Cristo cada día, y a su debido tiempo Dios le hizo saber que así sería. Durante el año siguiente ganó más de un alma por día. Luego oró para poder ganar dos por día para el año siguiente, y Dios le concedió esa oración dándole más de dos por

día. En el último año de su vida oraba por cuatro almas al día cuando fue herido y murió a la edad de cuarenta y siete años. A través de la oración Dios lo usó poderosamente para cambiar la vida de los hombres.

A través de nuestra oración le damos al Espíritu Santo la oportunidad de usar la palabra de Dios para convencer a los pecadores. A través de nuestras oraciones él continúa esta obra hasta que sus corazones y mentes sean iluminados en cuanto al camino de la salvación, y se vuelvan al Señor y lo reciban. No orar por los hombres es pecar contra ellos y condenarlos a la muerte eterna. ¿Qué pecado podría ser peor que ese?

Por la oración Jesús dijo que podíamos echar obreros a la mies. Escúchenlo mientras habla en Mateo 9:36-38: “Cuando vio la multitud, tuvo compasión de ellos, porque desfallecían y se dispersaban”. , como ovejas que no tienen pastor. Entonces dijo a sus discípulos: A la verdad la mies es mucha, pero los obreros pocos; Rogad, pues, al Señor de la mies que envíe obreros a su mies”. Siendo esto cierto, hemos pecado contra la cosecha de almas al no orar al Señor por trabajadores; y es evidente que la falta de oración ha producido una gran falta de trabajadores. Esto es pecado contra los hombres en todo el mundo,

La falta de oración es pecado contra las personas porque frena el avivamiento. Personas de todas las edades se hunden cada vez más en las arenas movedizas del pecado y la muerte. Por la oración llega el avivamiento. Este es el testimonio tanto de las Escrituras como de la historia.

Hay numerosos ejemplos entre las iglesias a lo largo de los siglos de que, cuando los hombres dejan de orar, las iglesias se vuelven sin vida y sin fruto; pero, cuando los hombres oran, las iglesias cobran vida, y el Espíritu Santo de Dios cae sobre los hombres y ellos se vuelven a Dios en fe y salvación.

almacén de Dios cerrado y la gente perece porque no hay dinero para enviar el evangelio. Zacarías 4:6 dice: “Esta es palabra del Señor a Zorobabel, diciendo: No con ejército, ni con fuerza, sino con mi espíritu, dice el Señor de los ejércitos”. La oración pone en acción al Espíritu Santo en el ministerio del dinero. dentro de las iglesias de Dios, y la falta de oración deja a la iglesia asolada por la pobreza e incapaz de llevar adelante su programa. Esto es pecado contra la gente.

La falta de oración es sin duda la causa de la mundanalidad en las iglesias. Es un hecho que los pastores que oran tienen menos mundanalidad en sus iglesias que los pastores que dedican su tiempo a cosas de interés social, pero descuidan el mayor de todos los valores, el asunto de la oración. Cada pastor de nosotros debería sentir un profundo sentimiento de culpa por orar tan poco y permitir que Satanás cree tanta mundanalidad mortal entre nuestros miembros. Podemos cambiar eso si nos entregamos a la oración.

Pecado contra uno mismo

La falta de oración no sólo es pecado contra Dios y contra las personas, sino que también es pecado contra uno mismo. Cuando no oras, cortas el flujo del poder todopoderoso del Espíritu Santo dentro y a través de ti. Cierto es que como hijo de Dios redimido por la sangre del Señor Jesucristo, el Espíritu Santo está en ti; pero la falta de oración excluye su poder. Todo el mundo sabe que cuando el Espíritu Santo tiene acceso al corazón de un hombre, entonces ese hombre es usado por el Espíritu Santo. Entonces la falta de oración es pecado contra uno mismo y su utilidad para el reino de Dios.

La falta de oración frena el crecimiento potencial. La oración es como la tierra enriquecida en la que las flores, los árboles y los granos producen abundantemente. Pero cuando la oración se apaga, uno no crece, y donde debería haber sido un gigante, es un pigmeo.

La falta de oración condena a uno a la pobreza espiritual: pobreza en la comprensión de los caminos de Dios; pobreza en la comprensión de la obra de Dios; pobreza a la hora de influir en la vida de los demás. Vivimos para estas cosas, y ser pobre en oración es ser pobre en todo.

La falta de oración es pecado contra uno mismo porque es incredulidad rebelde. La incredulidad rebelde destruye. Es un suicidio no orar, y el suicidio es un pecado terrible.

Si nosotros, los que predicamos la palabra, estuviéramos convencidos y aceptáramos el testimonio de la Palabra de Dios de que la falta de oración es un pecado atroz, un pecado de rebelión, incredulidad y desconfianza, seguramente cambiaríamos y cambiaríamos el mundo mediante la oración.

Hombres que evitan robar a sus vecinos, hacer trampa en un negocio, cometer actos inmorales, robarle a Dios su diezmo; hombres que no cometerían un asesinato, ni robarían un banco, ni cometerían a sabiendas actos que se consideren pecado, y sin embargo serán culpables del peor de los pecados. El acto de justicia que limpiaría los corazones de la persona que ora y de las personas por las que se ora es descuidado e ignorado, y nos sumimos en la indiferencia.

Jesús dijo: "Los hombres deben orar siempre" (Lucas 18:1). Confesemos nuestro pecado en este asunto y con profunda sinceridad dediquémonos a esta mayor de todas las obras, la obra de la oración intercesora.

5. ¿Puede Dios hacerlo?

En el segundo mes del segundo año después de que los israelitas salieron de Egipto, abandonaron el monte Sinaí y viajaron tres días hacia la Tierra Prometida. Durante el campamento, el pueblo murmuró sobre la falta de ciertos tipos de alimentos.

“La ira del Señor se encendió grandemente; Moisés también se disgustó” (Números 11:10).

Moisés reprendió al Señor porque había puesto sobre él la carga de este pueblo y le preguntó al Señor: “¿De dónde tendré carne para darle a todo este pueblo? . . . No puedo yo solo soportar a todo este pueblo” (Números 11:13-14).

Entonces Moisés le pidió a Dios que le quitara la vida.

El Señor respondió que le daría carne a comer al pueblo y que no debían comer un día, ni dos, ni cinco, ni diez, ni veinte, sino un mes entero, hasta que les resultara repugnante.

“Y dijo Moisés: El pueblo en medio del cual estoy, son seiscientos mil hombres de a pie; y tú dijiste: Les daré carne para que coman durante un mes entero" (Números 11:31). Moisés expresó una duda muy grave en cuanto a la capacidad de Dios para proveer. "Y el Señor dijo a Moisés: ¿Se ha acortado la mano del Señor? Ahora verás si mi palabra se cumplirá en ti o no” (Núm. 11:23).

El Señor cumplió su palabra y trajo carne.

Otra ilustración del cumplimiento de su palabra por parte del Señor se produjo en los últimos días del asedio de Jerusalén por parte de Nabucodonosor. Durante cuarenta años Jeremías había predicho la destrucción si el pueblo no regresaba al Señor. Sus palabras estaban a punto de ver cumplimiento. Los ejércitos babilónicos habían sitiado la ciudad durante varios meses; el hambre había debilitado a los soldados y al pueblo judíos; la rendición era inminente.

En ese momento, el Señor le dijo a Jeremías que comprara la tierra de su tío. Jeremías protestó. Oró al Señor diciendo que entendía que el Señor era grande, que él había hecho los cielos y la tierra, que nada había demasiado difícil para el Señor, que el Señor era "el Dios grande, el Dios fuerte, el Señor de ejércitos... grandes en consejo, y poderosos en obra" (Jer. 32:18-19).

Pero la ciudad estaba rodeada de babilonios, y lo que Dios le había ordenado a Jeremías que dijera se había cumplido. "Y tú me dijiste, oh Señor Dios: Cómprate el campo por dinero" (Jer. 32:25).

Jeremías estaba angustiado y tal vez dudando de esta sabiduría; pero el Señor le dio una buena respuesta: "He aquí, yo soy el Señor, el Dios de toda carne: ¿hay algo que sea demasiado difícil para mí?" (Jeremías 32:97).

El Señor pasó a decirle que entregaría esta ciudad a los babilonios y que ellos la destruirían. Los hijos de Judá serían llevados cautivos. Pero finalmente los reuniría nuevamente y los traería a esta tierra, y ellos serían el pueblo de Dios, y Dios sería su Dios, y los campos serían comprados, y la tierra volvería a prosperar.

Una pregunta pertinente

Lo que Moisés y Jeremías estaban pensando era esto: “¿Puede Dios hacerlo?” Y esta pregunta es pertinente. De hecho, nunca ha habido, y nunca habrá, un momento en el que los hombres no pregunten: ¿puede Dios hacerlo? Y encontrarán su respuesta.

en la pregunta del Señor: "¿Hay algo que sea demasiado difícil para el Señor?"

Los hombres dicen, ¿cómo podría Moisés dudar? Durante el año pasado había sido testigo de los poderosos actos de Dios al liberar a Israel del poder de Faraón. Había sido testigo de la gran liberación en el Mar Rojo y de la destrucción del ejército de Faraón. Dios le había dado a Israel agua de la roca, les había dado maná día a día. Había hecho cosas maravillosas por el pueblo.

Y por si esto fuera poco, Dios había llevado a Moisés a la montaña y allí se había revelado y le había mostrado su gloria.

Pero ahora el pueblo de Moisés .

Por otro lado, el profeta Jeremías no había tenido tal demostración de eventos milagrosos, pero Dios había sido vívidamente real para Jeremías. Los hombres podrían pensar que la fe de Jeremías debería haber sido más fuerte,

Todos nosotros tenemos este mismo problema. Cuando la intervención de Dios ha pasado y se ha oscurecido un poco en nuestra memoria y nos enfrentamos a tareas difíciles, también nos preguntamos: "¿Puede Dios hacerlo?" Es imperativo que acudamos una y otra vez al trono de la gracia y a la Palabra de Dios y dejemos que nuestras mentes sean refrescadas y reiluminadas, para que podamos ver y comprender la manera grande y gloriosa en la que Dios desea trabajar con nosotros. y a través de nosotros.

Lo que Dios no puede hacer ¿Hay algo que Dios no puede hacer? Tenemos que responder: “Sí”. Él no puede ser infiel a sí mismo ni a los demás. Es su propia naturaleza ser fiel a su ser más íntimo. Es imposible que Dios mienta, porque Dios es verdad. Es imposible que Dios pase por alto el pecado. Es decir, no puede cuestionar la capacidad de Dios para alimentarlo y contarlo como nada . El pecado es una fuerza perturbadora, destructora y mortífera . Es oscuridad en un reino de luz y Dios no puede tolerarla. Por tanto, no puede pasarlo por alto.

Dios no puede realizar sus obras en medio de la incredulidad. Jesús no pudo hacer milagros en Nazaret debido a la incredulidad de la ciudad. Cuando Dios obra para lograr cosas para un hombre, hace que la participación de ese hombre dependa de la fe de su corazón, y si esa fe no está allí, las obras de Dios pasan por alto a ese hombre,

Mientras Jesús estaba colgado en la cruz, los escribas y los sacerdotes dijeron: “A otros salvó; a sí mismo no puede salvarse” (Mateo 27:42). Como Hijo de Dios y como Dios Hijo, había venido para arreglar las cosas entre Dios y el hombre; por lo tanto, a causa de quién era y de lo que debía hacer, no pudo salvarse a sí mismo,

A Dios no se le puede apresurar; Dios no puede ser engañado; Dios no es objeto de burla; Dios no se puede cambiar.

Dios puede hacer todo lo que se ha propuesto hacer; y cualquiera que sea el propósito de su corazón, lo hará a su debido tiempo,

Dios se propuso crear un universo, y lo hizo. Dentro de ese universo, creó al hombre a su imagen. Ese hombre se rebeló contra Dios y forzó un gran abismo entre Dios y él mismo. Dios se propuso salvar ese abismo para que todos los que se arrepintieran. y creer que podemos ser salvos y regresados a la comunión de Dios y al lado Divino del abismo.

Dios todavía tiene sus propósitos y Dios todavía obra todo lo que se propone. Él honra sus promesas Dios ha prometido aquello que hará de cada cristiano una persona extraordinaria. La creencia de que cumple su palabra permitirá a cualquier persona acceder al gran tesoro de las promesas de Dios y observar cómo Dios cumple lo que ha prometido.

Dios ha prometido a aquel individuo que recibirá al Señor Jesucristo que tendrá un corazón nuevo, una naturaleza nueva, que será participante de la naturaleza divina. Estas son cosas notables y milagrosas. ¿Puede Dios hacer que el borracho esté sobrio? ¿Podrá él purificar a la ramera? ¿Puede hacer que el jugador sea honesto? ¿Podrá salvar al "buen" hombre perdido? ¿Puede revelarse tanto al corazón de un niño como al de una persona adulta? Todas estas cosas Dios ha hecho y continúa haciendo. De estas cosas somos testigos constantes.

¿Podrá Dios cumplir sus promesas de prosperidad? Dios ha hecho algunas declaraciones directas a los hombres sobre este asunto.

En el primer capítulo de Josué, el Señor le encargó que fuera fuerte y valiente hasta el fin para poder observar toda la ley que Moisés, el siervo de Dios, había ordenado. Y entonces el Señor dijo: “No te apartes de ella ni a derecha ni a izquierda, para que seas prosperado en todo lo que vayas ” (v.7).

Pero el Señor aún no había terminado. Continuó diciendo: “Este libro de la ley no se apartará de tu boca; sino que meditarás en él día y noche, para que guardes hacer conforme a todo lo que en él está escrito; porque entonces harás prosperar el camino, y entonces tendrás buen éxito” (v. 8).

En el primer Salmo leemos que el hombre que de día y de noche medita en la ley del Señor es como un árbol plantado junto a corrientes de agua, que da abundante fruto. Y aquel hombre que así medita en la ley del Señor prospera en todo lo que hace.

Proverbios 3:9-10 dice: “Honra a Jehová con tus bienes y con las primicias de todos tus frutos; así se llenarán tus graneros con abundancia, y tus lagares rebosarán de mosto”. Esta es una promesa basada en condiciones.

En Malaquías 3:10 el Señor hace promesas que salvarían de la pobreza a las personas obedientes si cumplieran las condiciones de esa promesa. “Traed todos los diezmos al

alfolí, para que haya alimento en mi casa”. Esta es la condición, que traigamos una décima parte de nuestros ingresos a la casa del Señor para que pueda haber abundante provisión para la obra de Dios, localmente y alrededor del mundo.

Y Dios promete que, con la llegada de ese décimo a su casa, podremos probarlo en su fidelidad prometida. ¿Qué promete? "Lo haré . . . Abrid las ventanas de los cielos y derramad sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde para recibirla”. Eso es como decir: "Abriré todas las bóvedas de los bancos y les daré acceso gratuito a todos".

Eso no es todo lo que Dios dice. Israel era un pueblo cuyo bienestar físico dependía de que la tierra produjera sus cosechas a tiempo. También era una tierra que de vez en cuando tenía una invasión de insectos destructores, como las langostas. Además, habría sequías y los frutos no llegarían a madurar.

Pero escuche lo que Dios dice que hará. “Por amor a vosotros reprenderé al devorador [la langosta], y no destruirá los frutos de vuestra tierra; ni vuestra vid dará su fruto antes de tiempo en el campo, dice Jehová de los ejércitos” (Mal. 3:11).

Algunas personas dirán: “No querrás que diezme para prosperar, ¿verdad?” Por supuesto, la respuesta es no. Pero me gustaría que dieran el diezmo para que haya alimento en la casa de Dios y para que el evangelio se predique en todo el mundo, para que tengan fe en el Dios que hace la promesa. La prosperidad es suya para dar y de ellos para recibir, siempre que crean en la palabra de Dios simple e implícitamente. Eso es fe.

Si los hijos de Dios creen que Dios puede hacerlo, seguramente no tienen ninguna duda de que lo hará. La desobediencia a este claro mandato y promesa indica que tenemos poca confianza en la capacidad de Dios para cumplir lo que promete.

En el capítulo octavo de Deuteronomio, Moisés relata al pueblo cómo el Señor los ha guiado por el desierto. Dios los vistió, los alimentó y los guió por todo el camino, y deben recordar y no decir en sus corazones: “Mi poder y la fuerza de mi mano me han dado esta riqueza” (v. 17). Pero “se acordarán de Jehová tu Dios, porque él te da poder para hacer riquezas, para establecer su pacto” (v. 18). Luego Dios dice: “Si te olvidas del Señor tu Dios, testifico hoy contra ti que ciertamente perecerás” (v. 19). Esta es la prosperidad al revés.

Cada persona que cree en esta promesa de Malaquías descubre un Dios que cumple las promesas. El difunto RC Howard, Sr., de Oklahoma City, era a la vez hombre de negocios y pastor, y fue uno de los pocos que tuvo éxito en ambas cosas. Fue un firme administrador de Dios y un predicador del diezmo como el mínimo que Dios exigía. Solía cerrar su sermón sobre el diezmo diciendo: “Cualquier hombre que diezme fielmente durante un año y no prospere, si viene a mí y me dice que ha diezmado fielmente y que Dios no lo ha bendecido, yo devolverá cada centavo que le costó su diezmo”. Después de muchos años de esta promesa, dijo que nunca nadie había venido a reclamar un reembolso.

Sí, Dios puede cumplir su promesa respecto al dinero y, si somos fieles, no nos llevará mucho tiempo descubrir que lo está haciendo. Y lo que se ha dicho acerca de esta faceta particular de nuestras vidas es cierto para cualquier otra cosa que Dios haya previsto y prometido. Él puede hacerlo, y lo hará cuando nuestra fe cumpla con sus condiciones.

El plan de Dios revelado

¿Por qué debería Dios dar a conocer su propósito a un hombre y luego mostrarle que lo ha elegido para llevar a cabo ese propósito? Le promete grandes cosas y declara que su poder hará que el hombre sea capaz de hacer las cosas que Dios se ha propuesto. Entonces, Dios actúa para revelarse a ese hombre y, a través de ese hombre, a todos los que lo siguen.

Por lo tanto, habiendo elegido a su hombre y habiéndole comunicado su propósito, sigue, de diversas maneras y en diversos tiempos, la manifestación de la sabiduría y el poder divinos.

Cada obra que Dios ha proyectado, grande o pequeña, cuando la completa su hombre escogido, ha añadido mucho al conocimiento y comprensión de Dios por parte de los hombres.

La creación de la nación Mesías, de la cual vendría el Ungido de Dios y Salvador del mundo, proporcionó los grandes actos divinos por los cuales se conoce a nuestro Dios. La Biblia se ocupa principalmente del comienzo, el progreso y la culminación de La revelación de Dios a través de un pueblo elegido y de un hombre elegido, que se convirtió en el Redentor del mundo.

Dentro del marco del propósito y modelo de Dios participaron una multitud de hombres y mujeres. Entre ellos, como pionero y precursor de un largo linaje, estaban Abraham, su hijo Isaac y su nieto Jacob. Dios le pidió a Abraham que hiciera algo inusual: seguir su guía, dejar su patria y sus parientes y partir a una tierra lejana que le sería mostrada. Dios le informó que allí vería la tierra que se convertiría en el hogar de un futuro pueblo del que Abraham sería padre.

Dios pidió al anciano Abraham y a la estéril Sara, ahora demasiado mayor para tal cosa, que esperaran el nacimiento de un hijo. ¡Humanamente, esto era imposible! Abraham y Sara lo sabían. Pero Dios había hablado, y durante los veinticinco años transcurridos desde el momento en que llegaron a la tierra hasta su cumplimiento en el nacimiento de Isaac, seguramente preguntaron a menudo: "¿Puede Dios realmente hacerlo?"

Que se volvieron impacientes y algo incrédulos es evidente en el episodio de Agar-Ismael. Después del nacimiento de Ismael, Dios se apareció a Abraham reafirmando su palabra de que tendría un hijo de Sara y asegurándole que no tenía prisa. Abraham iba a ser padre de muchas naciones, pero a. nación en particular vendría a través de Isaac.

Esa nación pasaría cuatrocientos años en tierra extraña como cautiva y sería oprimida; pero, al final de esos cuatrocientos. años, saldría de esa tierra y entraría en esta tierra que había sido prometida a Abraham.

Antes de que los hijos de Abraham se convirtieran en una nación en la tierra de Canaán, Dios completaría el modelo con otras figuras (Isaac, Jacob, José, Moisés, Aarón, Josué y otros) que harían cosas grandes y milagrosas. Se vería la mano de Dios revelando que Dios podía hacerlo.

No se puede encontrar mejor ilustración de la providencia guía de Dios en el cumplimiento de su propósito que la que se muestra en la vida de José. José fue despreciado y odiado por sus hermanos, quienes conspiraron para destruirlo. Cuando se les presentó la oportunidad de ganar un poco de dinero vendiéndolo como esclavo, hicieron precisamente eso. Y estos traficantes de esclavos lo llevaron a Egipto y lo vendieron como esclavitud egipcia.

Poseído por un sentido casi divino de justicia y deber ante el Señor, José sobrevivió a feroces tentaciones. Por su victoria fue encarcelado. Allí se convirtió en asistente del director de la prisión y, por una serie de circunstancias humanamente increíbles, en trece años se convirtió en primer ministro de Egipto.

Faraón estaba perturbado por sueños que no entendía. José interpretó estos sueños, diciendo que Dios le había revelado a Faraón que habría siete años de abundancia seguidos de siete años de sequía y hambre. Debido a su sabiduría en tales asuntos, José llegó a ser el gran administrador de los asuntos egipcios durante este período.

Sus hermanos, sin saber nada de lo que le había sucedido a José, vinieron a Egipto a comprar grano. Después de su segunda visita, José se dio a conocer a sus hermanos. "Y José dijo a sus hermanos: Yo soy José; ¿Vive aún mi padre? Y sus hermanos no pudieron responderle; porque estaban turbados ante su presencia. Y José dijo a sus hermanos: Os ruego que os acerquéis a mí . Y se acercaron. Y él dijo: Yo soy José vuestro hermano, a quien vendisteis para Egipto. Ahora, pues, no os entristezcáis ni os enojéis por haberme vendido aquí; porque Dios me envió delante de vosotros para preservar la vida" (Génesis 45:3-5).

Y así Dios se reveló nuevamente, habiendo demostrado que podía hacerlo.

El modelo de Dios se desarrolló aún más con la llegada a Egipto de Jacob y sus setenta descendientes. La gente se multiplicó. Llegaron a ser un millón y medio de personas y se encontraron en esclavitud del Faraón de Egipto. Nuevamente, la mano de Dios se movió y se reveló plenamente a Moisés, y Moisés se convirtió en el hombre revelador de Dios a Israel y a toda la humanidad. Cuando Dios puso a Moisés en su tumba desconocida, la revelación a Abraham, dada cuatrocientos años antes, se había hecho realidad. Dios obró poderosamente e Israel llegó a conocerlo por sus maravillas.

El mundo conoce al Dios vivo y verdadero porque demostró a través de la vida de esta nación-Mesías, a través de Jesucristo, y hoy a través de su pueblo creyente, que puede hacerlo.

Dios todavía nos enfrenta y nos ofrece el privilegio de descubrirlo al llevar a cabo una tarea específica asignada para nuestro estímulo, para la edificación y fortalecimiento de nuestra fe que tenemos ante nosotros en los ejemplos bíblicos de hombres que enfrentaron la pregunta: "¿Puede Dios ¿Hacerlo?", y quién lo vio hacerlo.

¿Podría Dios liberar a Israel de un Faraón enfurecido y su ejército en el Mar Rojo? ¡Se creían irremediablemente aislados y listos para ser destruidos! Tenían miedo de que todo lo que habían pasado fuera en vano ; pero Dios, con su viento, abrió el Mar Rojo y guió a Israel a través de él con seguridad. ¿Podría Dios hacerlo? Él hizo.

¿Podría Gedeón, el hombre elegido de Dios, con un ejército reducido a trescientos, expulsar a los madianitas de la tierra? Dios lo hizo y los libró de su opresor.

Jerusalén, rodeada por el ejército asirio, provocada por un general orgulloso y jactancioso, se enfrentaba a una destrucción inminente. ¡A menos que Dios interviniera, todo estaba perdido! Pero había en Jerusalén un rey que oraba y un profeta que oraba. Llevaron su problema al Señor, y el Señor hizo algo maravilloso y hizo retroceder al invasor. Sí, Dios lo hizo.

Tres jóvenes de Israel, juzgados por sus vidas, se negaron a doblar la rodilla ante la imagen de Nabucodonosor. Condenados a ser destruidos en el horno, declararon que Dios podría liberarlos si quisiera. No había ninguna duda en sus mentes sobre si Dios podría liberarlos. Los tres fueron arrojados al fuego y su fe fue justificada; Dios los libró.

El apóstol Pablo, la principal voz de Dios en la proclamación del evangelio al mundo gentil, había estado encarcelado dos años en Cesarea. Mientras navegaban hacia Roma, una gran tormenta los sorprendió. Cuando se perdió toda esperanza de que fueran salvos, Pablo se presentó en medio de ellos y dijo a los hombres en el barco: "Tened buen ánimo: . . . porque esta noche estuvo junto a mí el ángel de Dios, de quien soy y a quien sirvo, diciendo: Pablo, no temas; debes ser llevado ante César; y he aquí, Dios te ha dado todos los que navegan contigo. Por tanto, señores, confiad, porque creo en Dios, que será tal como me fue dicho" (Hechos 27:23-25), gs fueron escritos para nuestro ejemplo, para nuestra amonestación y para la edificación de nuestra fe.

Dios puede y lo hará

Es nuestro glorioso privilegio descubrir y encontrar a Dios tal como él se revela a nosotros al trabajar con nosotros y a través de nosotros. Lo descubrimos cuando nos imparte alguna tarea que realizar y con ella una palabra de seguridad de su Libro. Mientras nos paramos sobre

su Palabra y caminamos con el Señor en su obra, vemos a Dios realizando lo que ha dicho que hará.

Cada hijo de Dios puede descubrir a Dios obrando en al menos un lugar: su propio hogar. Se logran muchas cosas que están más allá del poder del ser humano y sólo Dios puede hacerlas. Cada padre tiene la gloriosa labor de dar el ejemplo de Cristo, de ser un buen maestro, de exhalar una atmósfera de amor y gracia para que cada persona que tenga el privilegio de crecer en ese hogar se convierta en una obra de la gracia de Dios.

¿Puede Dios hacerlo? Si Dios ha hecho la tarea, si usted ha recibido su palabra de seguridad, si se compromete con él y con el liderazgo del Espíritu Santo, es una conclusión inevitable que Dios puede y hará lo que ha prometido.

Para animarnos podríamos recurrir a Romanos 8:32: “El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?”

Los israelitas llegaron a Cades-Barnea. Allí fueron probados. Por miedo se negaron a avanzar bajo el liderazgo de Moisés hacia la Tierra Prometida. A Moisés Dios le dijo: “¿Hasta cuándo creerán en mí?” (Números 14:11). En desobediencia, se volvieron atrás y, por orden de Dios, vagaron por el desierto hasta que todos los que tenían más de veinte años de edad, excepto Josué y Caleb, habían muerto.

Habían salido victoriosos bajo el liderazgo de Dios. Si hubieran cruzado bajo el liderazgo de Moisés y hubieran pasado esos treinta y nueve años en la tierra con Dios, podría haber marcado una gran diferencia en los siglos siguientes.

Cuando Dios llama, debemos tener una sola respuesta: “Aquí estoy, Señor, envíame a mí”. Dios puede hacerlo. Se especializa en cosas que parecen imposibles.

6. Oración ilimitada dentro de los límites de Dios

"El mayor problema relacionado con la oración no es el problema de la oración en sí, sino el problema del cristiano que no ora. Aquellos que realmente oran y hacen uso de este privilegio otorgado por Dios constituyen una minoría muy pequeña entre el gran cuerpo de cristianos.

El mayor recurso del cristiano con Dios y el hombre es la oración. Con la oración abre las puertas del cielo permitiendo a Dios derramar sus bienes sobre los hombres. Con la oración libera la bondad transformadora y el poder de Dios sobre todos. El poder de un hombre que ora se siente tanto en el cielo como en la tierra. No hay mayor potencial dado a los hijos de Dios para bendecir a los hombres que este maravilloso instrumento de oración.

La oración pone a disposición las provisiones ilimitadas de Dios. Nadie necesita caminar en pobreza, material o espiritual. Jesús dijo: "Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas" (Mateo 6:33). Con pocas excepciones, damos un sincero asentimiento mental a esta enseñanza de nuestro Señor. Pero con negligencia casi universal declaramos nuestra incredulidad y nuestra

infidelidad en materia de oración. La gran hueste de cristianos no ora como Dios quisiera que lo hicieran.

Si se pusiera a disposición de los hombres un suministro ilimitado de riqueza material en condiciones que cualquiera podría realizar, cada uno se dedicaría a la tarea de estar calificado para obtener su parte. Nadie se demoraría ni se desviaría, ni se necesitaría ningún impulso de ninguna fuente.

¿No es esto lo que Dios ha hecho? Ha puesto los recursos del cielo a disposición de cualquier persona que cumpla con sus condiciones. Dentro de las limitaciones de Dios, la oración es ilimitada. 'Esas limitaciones nos confinan dentro de un área donde los límites están más allá de nuestra visión y donde la abundancia está más allá de nuestro alcance; sí, y más allá de nuestra capacidad de consumo.

Jesús declaró que esto era verdad. En su propia vida dio abundantes demostraciones de cómo Dios suministra y actúa a través de quien ora. Sus palabras y sus obras surgieron de su rica experiencia en la relación con su Padre celestial. Muchas veces se separaba de la multitud y se iba a orar para poder alimentarse él mismo para poder alimentar a los demás.

Lucas describe la situación en la que las multitudes habían venido de todas partes (Siria, Tiro , Jerusalén) de todos los lugares a los que habían venido. Estaban siendo sanados. Él les estaba enseñando. De repente se apartó de la multitud y se fue al monte a orar. Sabía cuándo necesitaba orar y no dudaba en dejar de trabajar para hacer lo más importante. Como resultado, de estos tiempos de oración fluyó todo lo que hizo y enseñó.

Muchas veces oró incluso en medio de la multitud. En la tumba de Lázaro, alzó los ojos y dijo: “Padre, te doy gracias porque me has escuchado. Y yo sabía que siempre me oyes ; pero lo dije por causa de la gente que está allí, para que crean” (Juan 11:41-42).

Cuando terminó su oración , llamó: “Lázaro, sal fuera”, y el muerto se levantó y salió del sepulcro. En todos los sentidos nuestro Señor demostró que la oración es el gran medio por el cual los hombres conocen y cumplen la voluntad de Dios.

Límites ilimitados

De esa vida de oración, Jesús nos da muchas cosas sobre la oración. En estas promesas están las limitaciones o las vallas dentro de las cuales debemos orar. Pero las limitaciones son tan grandes que nadie necesita sentirse agobiado o interrumpido de alguna manera.

Permítanme exponer aquí situaciones y palabras de Jesús relativas a la oración. Primero está Mateo 18:19-20: "Otra vez os digo que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra sobre cualquier cosa que pidan, les será hecho por mi Padre que está en los cielos. Porque donde dos O tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”. Nuevamente, Mateo 21:22, “Y todo lo que pidáis en oración,

creyendo, lo recibiréis”. Luego están aquellos en el capítulo catorce de Juan, versículos 13 y 14: “Y todo lo que pidiereis en mi nombre, eso haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo, si pidiereis algo en mi nombre. Lo haré." Y Juan 15:7, “Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pediréis lo que queráis, y os será hecho ~ Y el versículo 16, “Todo lo que pidáis al Padre. en mi nombre él podrá dártelo.

Seguramente, en estos versículos Jesús nos ha presentado las maravillosas posibilidades de la oración. Limitado, pero ilimitado.

Luego están esas palabras de Jesús que no tienen reservas cuando dijo: “Pedid, y se os dará; Busca y encontrarás; llamad y se os abrirá; porque todo el que pide recibe ; y el que busca encuentra ; y al que llama , se le abrirá" (Mateo 7:7-8).

El apóstol Juan en 1 Juan 3:22 da un testimonio de apoyo. Él escribió: "Todo lo que le pedimos, lo recibimos de él, porque guardamos sus mandamientos y hacemos lo que es agradable ante sus ojos". Él expresa la misma fe en la provisión de Dios mediante la oración en 1 Juan 5:14-15: "Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos algo conforme a su voluntad, él nos oye; y si sabemos que él nos oiga , todo lo que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hemos hecho." Considerando la grandeza de este ámbito en el que Dios ha limitado la oración por dos cosas, el nombre y la voluntad: el nombre de Jesús y la voluntad de Dios: no debemos dudar en aferrarnos y buscar todo lo que Dios ha provisto para cada uno de nosotros.

Nos vemos obligados a regresar una vez más a las palabras de Santiago: "No tenéis, porque no pedís". Parecería que Satanás, el gran engañador, realmente ha engañado al pueblo de Dios y ha creado en su interior un sentimiento desesperado de incredulidad respecto de la oración. ¿Pero por qué?

¿A quién se hicieron estas promesas? Inmediatamente decimos que fueron hechas a sus discípulos que lo acompañaban. Eso es cierto, y sus obras demuestran que le creyeron y experimentaron lo que prometió.

Pero creemos que él nos hizo estas promesas a todos nosotros, a todos los que crean en él, y eso incluye a cada discípulo en este día y en todos los días. Ninguno está exceptuado.

Santiago volvió a escribir acerca de la oración con estas palabras: “Elías era un hombre sujeto a pasiones similares a las nuestras, y oraba fervientemente para que no lloviera; y no llovió . . . . Y oró otra vez, y el cielo dio lluvia” (5:17-18). Elías tenía las mismas pasiones que nosotros tenemos, y nosotros tenemos las mismas que tuvo Elías. Elías oró, y Dios lo escuchó. Nosotros podemos orar y Dios nos escuchará. Estas promesas de nuestro Señor son para los redimidos, los hijos nacidos de nuevo de Dios. Él no tiene favoritos y cuando sus hijos cumplen con sus condiciones inmutables e inmutables, encuentran verdaderamente la mayor satisfacción en su interior. los límites que Dios ha establecido, y nadie puede quejarse de que las limitaciones sean demasiado estrechas.

En el nombre de Jesus

Echemos un buen vistazo a las limitaciones ilimitadas de Dios. Hay tantas cosas disponibles para nosotros en el nombre de Jesús que parece tener un alcance infinito. Siendo esto cierto, debemos dedicar todas las energías que tenemos a descubrir lo que Él quiere decir al orar en su nombre.

Primero, digamos que, según observaciones generales, Dios responde oraciones que no parecen caer dentro de los límites más exaltados de "en mi nombre".

Entonces, pensemos en el nombre. Para nosotros un nombre significa muy poco. Por lo general, una persona lleva un nombre porque sus padres tenían un amigo con ese nombre, o porque suena hermoso , o sugiere algo fuera de sus propias vidas.

En la Biblia, sin embargo, se dieron muchos nombres debido a lo que había sucedido o a lo que se esperaba que sucediera. Un buen ejemplo es el de Jacob, que nació con su hermano Esaú como gemelo. Él estaba agarrado del talón de Esaú durante el proceso del nacimiento. Lo llamaron Jacob, que significa "agarrador del talón", "suplantador". Durante noventa años llevó ese nombre y, según su historia, parecía hacer todo lo posible para estar a la altura. Aprovechando la gran hambre de su hermano, Jacob obtuvo la primogenitura de Esaú. Más tarde, con la ayuda de su madre, le robó la bendición a su hermano. Pasaron algunos años y llegó un gran momento de crisis en su vida. En esa crisis pasó una noche luchando con Dios; y cuando amaneció. obtuvo su bendición y Dios le dio un corazón nuevo y un nombre, Israel. Dios le dijo: "Como príncipe, tienes poder con Dios y con los hombres, y has prevalecido" (Génesis 32:28). Este era el significado de su nuevo nombre, y de ahora en adelante vivió de acuerdo con lo que ese nombre significaba.

Consideremos otro caso en el Antiguo Testamento relacionado con el nombre. Esta vez fue el nombre del Señor. En un momento de crisis en la vida de Moisés, Dios dijo: “Haré todo mi paso delante de ti, y proclamaré el nombre de Jehová delante de ti” (Éxodo 33:19). Entonces el Señor le dijo que había un lugar junto a él en la peña y que pasaría y dejaría que Moisés viera sus nalgas, pero no podía ver su rostro.

El Señor descendió en la nube, y estuvo allí con él, y proclamó el nombre del Señor. Y pasó el Señor delante de él, y proclamó: El Señor, el Señor Dios, misericordioso y clemente, paciente y abundante en bondad y verdad, que guarda misericordia para millares, que perdona la iniquidad, la transgresión y el pecado, soy el que de ningún modo limpiará el culpable; visitando la fiquity "E los padres sobre los hijos; y sobre los hijos también obiléren , hasta la tercera y cuarta generación (Éxodo 34:5-7).

¿Qué pasa entonces con nuestro uso del nombre? Quizás deberíamos comenzar con las palabras de Jesús en Mateo 6:7-9: “Cuando oréis, no uséis vanas repeticiones. . . vuestro Padre sabe qué cosas necesitáis antes de que se las pidáis. Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre”. Si usáramos el nombre de nuestro Señor en oración, estas cuatro palabras, “santificado

sea tu nombre", deberían estar a menudo en nuestros labios y siempre en nuestro corazón. Nuestro mayor objetivo en la oración se expresa en estas cuatro palabras. Cuando hayamos aprendido a orar estas palabras continuamente y se hayan convertido en parte de nosotros, estaremos bien preparados para comenzar a comprender lo que Jesús quiso decir cuando dijo: "Todo lo que pidáis en mi nombre".

Orar en su nombre es estar en su nombre y tener su nombre sobre nosotros. La mejor ilustración de este hecho se encuentra en las declaraciones de Jesús en los versículos 8-13 de Juan 14. En estos versículos Felipe le dijo a Jesús: "Muéstranos al Padre, y seremos saciados" (RSV). Entonces Jesús respondió: "¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y todavía no me conoces, Felipe? el que me ha visto, ha visto al Padre... ¿No crees que yo estoy en el

Padre, ¿y el Padre en mí? Las palabras que os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras" (RV). Luego Jesús continúa diciendo: "El que cree en mí, las obras que yo hago, él también las hará". Estas palabras establecen la relación entre el discípulo y su Señor. Como el Padre estaba en Jesús y Jesús estaba en el Padre, así nosotros los que creemos estamos en Jesús y Jesús en nosotros. Como dijo Jesús: "El que me ha visto, ha visto. el padre." Así también sucede con nosotros que el que nos ha visto ha visto a Jesús. Podemos ser representaciones muy pobres de él; sin embargo, debemos hacer todo lo posible para dar una imagen fiel del Cristo que está en nosotros a quienes nos rodean.

Es a partir de esta unión con Cristo que entro en la experiencia de la oración en su nombre. Orar en el nombre de Jesús es estar tan apegado a él, tan unido a él, que sus pensamientos se conviertan en mis pensamientos; sus deseos se convierten en mis deseos; su vida se convierte en mi vida; su naturaleza se convierte en mi naturaleza; sus oraciones son mis oraciones y mis oraciones son sus oraciones.

Cuando creí en Jesús lo recibí. Recibí su nombre, su vida, su voluntad, su reino. Recibí su Espíritu Santo. Por eso, orar en su nombre es una de las obras más sagradas que puedo hacer. Andrew Murray en su libro Con Cristo en la Escuela de Oración dijo: "Cuando Su nombre lo sea todo para mí, lo obtendrá todo para mí. Si le dejo tener todo lo que tengo, me dejará tener todo lo que tiene". "No tenéis porque no pedís". Al parecer, no pedimos porque no entendemos qué se ofrece y cuáles son las condiciones a quienes oran en su nombre.

Nadie puede conocer el poder y el gozo de la vid y la relación entre pámpanos si hace poco uso de la oración. Cuando consideramos el terrible abandono de los hombres en este asunto de la oración, podemos comenzar a comprender los fracasos de las personas tanto individual como colectivamente, tanto como cristianos aislados como como cuerpos conocidos como iglesias. La gran ineficiencia e impotencia de las iglesias hoy en día se puede atribuir a la falta de oración tanto de los líderes como de los laicos.

Todo cristiano debe poner su corazón, su mente, su alma y su voluntad en orar regularmente todos los días. El salmista dijo: mañana, mediodía y noche oraré. A

menos que establezcamos definitivamente nuestro propósito de orar diariamente durante un período de tiempo digno, nunca aprovecharemos mucho el glorioso don de la oración. Y cuando oramos como debemos, los problemas relacionados con la oración desaparecen. El que entra en la relación de pámpano de vid no se dedica a los problemas de la oración, sino al problema de conseguir orar y continuar firmemente en ella.

El profeta Habacuc escribió (3:19): "El Señor Dios es mi fortaleza, y hará mis pies como de ciervas, y me hará caminar sobre mis lugares altos".

La cierva es la cierva. Se dice que ningún animal puede escalar las escarpadas y rocosas alturas de las montañas como las ciervas. Ella lleva a su ágil descendencia a un lugar seguro entre las altas rocas, donde ningún otro animal puede llegar. Al viajar de roca en roca, planta sus pies delanteros donde hay perfecta seguridad, y sus pies traseros aterrizan en el mismo lugar donde habían estado plantados sus pies delanteros. No hay peligro de que sus patas traseras caigan en una grieta y la destruyan, porque sus pies están perfectamente emparejados. Y el profeta dice: "[Dios] hará mis pies como de cierva, y me hará caminar sobre minas lugares altos”.

Nuestros pies delanteros son nuestras resoluciones, nuestros propósitos, y los plantamos firmemente sobre la roca, decididos a tener una vida de oración digna en el nombre de Jesús. Nuestros pies traseros representan nuestra determinación y voluntad de seguir adelante, llenas del Espíritu Santo. En esta zona que llamamos oración se encuentran los lugares más altos; aquí podemos caminar con la divina y gloriosa ayuda de Dios. La oración es ilimitada dentro de las limitaciones de Dios, y el fracaso aquí es un fracaso total.

7. Anímense a orar

Un día compré una lata de pintura y cuando estaba a punto de salir de la tienda, el dependiente me dijo: “Déjame removerla”. Pensando en cómo había revuelto la pintura con una paleta de madera y en cuánto tiempo me llevó, objeté: "Oh, te llevará demasiado tiempo". Pero él respondió: “No, un momento”.

Sujetó firmemente esa lata de pintura a una máquina, presionó un interruptor y la lata se agitó y removió a fondo. Cuando lo abrí y comencé a usarlo estaba en perfecto estado. Cuando terminé el día, lo guardé. Unos días más tarde regresé y descubrí que se había asentado y había que agitarlo nuevamente antes de poder usarlo.

Esa lata de pintura es una parábola de la vida de oración del pueblo de Dios. La vida de oración debe ser estimulada, no sólo una vez, sino una y otra vez.

Otra ilustración es la de un fuego de leña en la chimenea. Arde lentamente y la parte superior del montón de cenizas se vuelve blanca. Pero si revolvemos las brasas y les ponemos un poco de leña, volvemos a tener fuego. Ésta también es una parábola de nuestra vida de oración.

Es rara la persona cuyo fuego de oración arde constantemente sin ser repuesto o avivado. El caso es que este fuego, como todos los de leña, necesita una atención constante. Arde y brilla por un breve tiempo; luego, en nuestros momentos de falta de atención, el fuego se apaga, el calor se desvanece y nos encontramos en una desesperada necesidad de avivar el fuego una vez más.

Además, no sólo el fuego de la oración necesita atención, sino que nadie puede atenderlo excepto nosotros mismos. Debemos tomar la iniciativa y asegurarnos de animarnos a orar. No podemos depender de otros para este servicio.

No animarnos a aferrarnos a Dios es en sí mismo un gran fracaso. Aquí reside la fuente principal de nuestra debilidad, nuestra desobediencia, nuestra infidelidad. El secreto de nuestros fracasos reside en que no utilizamos la oración secreta; e igualmente cierto es que el secreto de nuestros éxitos se encuentra en nuestra práctica de la oración secreta. Nadie reza mucho. en secreto quien no se anima a esta obra.

Hace algunos años un pastor estaba hablando a un grupo de compañeros pastores sobre el tema de la oración. Dado que su objetivo era ayudarlos a profundizar su oración, se sintió justificado al preguntar cuánto tiempo dedicaba cada uno de ellos diariamente a la oración. Las respuestas fueron impactantes. Con bastante vergüenza admitieron que no dedicaban regularmente más de cinco minutos al día a esta importante tarea.

Si los predicadores no hacen nada mejor que esto, lo más probable es que sus congregaciones hagan menos. No tenemos que buscar muy lejos la causa de la disminución del poder espiritual en nuestras iglesias.

Dado que la oración es comunión con Dios, cinco minutos diarios revelan cuán poco apreciamos a Dios y el privilegio de sentarnos ante él. “Estad quietos y sabed que yo soy Dios” (Salmo 46:10). Simplemente cumplir esto es en verdad una oración maravillosa. Durante tal quietud, nuestra oración bien podría ser lo que Jesús nos enseñó: “Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre” (Mateo 6:9). Necesitamos sentarnos delante de Dios el tiempo suficiente para que lo sagrado y la santidad de su persona eclipsen el espíritu y la mente. Esto no puede suceder si nos apresuramos a entrar y a salir. Tómense tiempo, porque la oración necesita tiempo.

Iniciativa de oración

Nuevamente permítanme decir que esta cuestión de animarse a orar depende de la propia iniciativa. Una iniciativa de este tipo se muestra en el relato de Lucas de la mujer que había estado enferma durante doce años y había gastado todo su dinero en médicos y no mejoró, sino que empeoró. Ella había oído las cosas acerca de Jesús. Estaba enferma, débil, cansada, pero se animó a echar mano de Jesús. Se necesitó mucha iniciativa, mucho coraje, mucha fuerza de voluntad para abrirse paso entre esa multitud de hombres y llegar a Jesús. Cuando se acercó a él, sus palabras fallaron; pero, pensó, si tan solo pudiera tocar el borde de su manto, seré sanada. Su fe era

grande. Ella lo tocó. Jesús leyó su pensamiento y la chispa sanadora tocó su cuerpo y le trajo salud.

La iniciativa es nuestra responsabilidad personal. No podemos imponer esto a ninguna otra persona. Otro puede estimularnos por un corto tiempo. Puede echarle al fuego el combustible necesario. Puede lograrse mediante un cálido sermón o un buen libro sobre oración; o podemos irnos a un retiro de oración con otros. Todas estas cosas hacen mucho por nosotros, pero el verdadero impulso lo debe hacer cada uno por sí mismo. La única razón de un mensaje sobre la oración es hacer que los oyentes o lectores oren; pero uno debe esforzarse. No es algo de qué hablar, ni algo de lo que predicar en sermones o devocionales. Es algo que se debe practicar.

Pensar fervientemente y en oración acerca de Dios tal como es visto y conocido a través de las enseñanzas de nuestro Señor Jesucristo es una poderosa motivación para la oración. Piensa en su justicia, su misericordia, su amor, su gracia, su poder, su obra, su preocupación por los hombres. Recuerde que todo lo que Jesús fue, enseñó e hizo no es más que una revelación del Dios eterno. Pensar de esta manera consistentemente nos permite tener un toque personal real al inclinar nuestros corazones ante la presencia divina. Y este toque personal es un gran estímulo para la práctica de seguir orando.

Jesús habló del gran interés del Padre por sus hijos en varias ilustraciones. Él dijo: "¿No se venden cinco gorriones por dos cuartos? Y ninguno de ellos es olvidado delante de Dios". Y nuevamente: "Pero hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados ... Más valéis vosotros que muchos gorriones" (Lucas 12:6-7).

Jesús dijo: "Vuestro Padre sabe lo que necesitáis antes de que le pedís" (Mateo 6:8). La implicación es que, siendo nuestro Padre y conociendo nuestras necesidades, él las suplirá cuando lo invoquemos. Dios se pone a nuestro servicio cuando oramos, y esto debería conmover nuestro corazón cada vez que pensamos en ello.

Las peticiones concedidas exigen más oración. A medida que recibimos respuestas a nuestras oraciones, nos sentimos impulsados a orar por más y a orar una y otra vez. Si uno llevara un registro de sus oraciones y oraciones, de lo que pide y de lo que recibe, y luego de vez en cuando volteara y leyera este registro, lo encontraría sumamente inspirador.

A medida que llega una respuesta tras otra, surge en nuestros corazones un espíritu de agradecimiento. Comenzamos a decir gracias a nuestro Padre Celestial, y esta acción de gracias se convierte en una fuente artesiana. No hay nada tan conmovedor a la hora de movernos a orar como estar agradecidos a Dios por lo que ha hecho por nosotros y con nosotros. La acción de gracias engendra oración; y cuanto más agradecemos, más nos conmueven a brillar.

Otro hecho que nos ayudará a animarnos a orar es reconocer que Dios depende en gran medida de las oraciones de un hombre justo a favor de los demás. Esto queda bellamente ilustrado en el caso de las oraciones de Abraham por la ciudad de Sodoma.

Abraham puso su oración en base al número de hombres justos que había en la ciudad. Cuando llegó al número diez se detuvo. ¿Está más allá de toda posibilidad que Dios hubiera perdonado a Sodoma incluso por causa de un solo hombre y de ese hombre, Abraham?

También es cierto que, según las Escrituras, la salvación eterna de las personas depende de las oraciones del cristiano. Salvar a un hombre del infierno es una obra digna de la muerte del Hijo de Dios. Pero Dios ha ordenado que la oración sea el camino por el cual el Espíritu Santo puede recorrer para traer convicción al corazón del pecador. Seguramente esto nos animaría a orar. Pensemos por un momento en otra dirección: si no oramos, los hombres se perderán. No es bueno contemplar esto; al menos, no nos da ninguna alegría.

Personalmente, me he sentido impulsado a orar al observar y sentir la diferencia entre hombres que oran y hombres que no oran. Hay una marcada diferencia en la calidad de vida y el tono espiritual que proviene del hombre que ora. Esa misma diferencia se manifiesta entre las iglesias sin importar su tamaño. Una vez pasé varios días predicando en una iglesia de cincuenta y ochocientos miembros residentes. Algunas personas dicen que una iglesia se vuelve demasiado grande para ser espiritual, pero esa iglesia palpitaba con el sentido de la presencia de Dios. Son un pueblo de oración con un pastor que ora.

Animaos a orar con la lectura de los hombres de oración. Hay muchos de ellos en la Biblia. El registro de sus vidas no es más que un bosquejo, pero es un bosquejo que puede desarrollarse debido a las circunstancias antes y después de la historia de sus vidas. Sin duda uno de los más grandes hombres de oración en la Biblia fue Moisés. Pensamos en él como un hombre poderoso en acción; eso es cierto, y medimos su vida de oración por la grandeza de sus obras. Hay muchos hombres así y necesitamos conocerlos; y conocerlos desde el punto de vista de sus oraciones nos permite animarnos a ser como ellos.

Cristo da el ejemplo

Por supuesto, la principal persona de oración en la Biblia es el mismo Señor Jesús. Su práctica de oración es nuestro ejemplo. Su enseñanza de oración es nuestra inspiración y guía. Para animarnos a orar, sólo necesitamos dedicar tiempo a pensar en cómo Jesús fue a orar y cómo enseñó al respecto. Gran parte de nuestra falta de oración se debe al hecho de que, según creemos, estamos demasiado ocupados para orar. Hay cosas que hay que hacer y a nosotros nos parecen más importantes que la oración.

Jesús nos dio un excelente ejemplo de una vida ocupada. Lucas habla de un período en el que estaba muy ocupado y se retiró a orar. “Pero tanto más se extendía su fama, y grandes multitudes se juntaban para oírlo y para ser sanados por él de sus enfermedades. Y él se retiró al desierto y oraba” (Lucas 5:15-16).).

Me parece que esa decisión requirió valentía. Que Dios nos dé ese coraje para retirarnos de los negocios y hacer las cosas que nos permitirán lograr cosas mayores. Lucas continúa diciendo en el versículo 17 que poco después del regreso de Jesús, “el poder del Señor estaba presente para sanar”. Siguieron casos de gran curación.

Después de la experiencia de la transfiguración, Cristo bajó de la montaña y encontró a la multitud y a un hombre que buscaba que los discípulos sanaran a su hijo. Ellos no pudieron. Jesús sanó al niño y le dijeron: “¿Por qué no pudimos hacerlo?” Él respondió que era por su poca fe, pues tales cosas sólo se hacen con la oración.

Incluso una hojeada superficial de los evangelios permitirá comprender cuánto dijo Jesús sobre la oración. Fue enfático y confiado. No planteó preguntas al respecto. Simplemente dijo: “Pedid y se os dará” (Mateo 7:7). Prometió cualquier cosa a los que pedían en su nombre.

Nos dijo algunas cosas que hacer. Nos encargó que evitemos orar para ser vistos y oídos por los hombres. Nos ordenó que entremos en nuestra cámara interior, cerremos la puerta y oremos a nuestro Padre que está en secreto. Nos dijo que oráramos con sencillez y no repetitivamente, que expusiéramos nuestras peticiones en pocas palabras sencillas; porque el Padre sabe lo que necesitamos.

También nos dijo algunas cosas específicas que deberían estar en nuestra oración. Primero, debemos orar: "Santificado sea tu nombre" (Mateo 6:9). Este es el corazón de la oración: acercarse a Dios con la más profunda reverencia y pedirle que haga de su nombre el nombre sobre todo nombre reverenciado. Nuevamente dice: "Venga tu reino", y esto abarca a los hombres en todas partes para que ellos también puedan tener este mayor. de todos los dones, Dios como rey en sus vidas. Y nuevamente, "Hágase tu voluntad". Esto soluciona el problema total de la obediencia.

Orar con sinceridad, fidelidad y fe estas tres peticiones transformará nuestras vidas y nos impulsará a continuar en oración. Además, en lo que respecta a nuestras necesidades físicas, lo resume todo en una simple declaración. “Danos hoy nuestro pan de cada día”. Es decir, danos hoy el pan de este día. ¡ Qué confianza pide! Y luego pone como condición a nuestra oración que debemos perdonar si esperamos ser perdonados. Esto está escrito a los hijos de Dios ; comprendan con esto que si queremos esperar respuestas a nuestras oraciones, debemos tener un corazón perdonador.

Sus enseñanzas son ricas y abundantes; cuando los leemos, reflexionamos y meditamos sobre ellos, nos permitirán animarnos a orar.

Registros de oración

Yo sugeriría otra cosa que nos estimularía y animaría a orar, y es la lectura de biografías de hombres que han sido hombres de oración. Son muchos. Una de las mejores es la vida de George Mueller de Bristol, Inglaterra. Este hombre y su esposa, cuando tenía veintiséis años de edad, habían sido guiados por el Señor a decidir construir un hogar para huérfanos. Construirían este hogar para huérfanos dependiendo de Dios, “el Padre de los huérfanos” (Salmo 68:5). No pedirían dinero, propiedades, ropa o alimentos a ningún ser humano. Todas las necesidades serían presentadas únicamente ante Dios. Su propósito no era sólo alimentar, vestir y educar a los huérfanos, sino también demostrarle al mundo que Dios escucha y responde las oraciones.

Hubo momentos en que su fe fue duramente puesta a prueba. Con varios cientos de huérfanos que alimentar, había noches en las que los cocineros le decían: "No hay comida en la casa para el desayuno". Y cuando Mueller terminaba su correspondencia esa noche, leía un rato su Biblia y se arrodillaba. y puso estas necesidades ante su Padre Celestial. Y siempre antes de que llegara la hora de que los niños comieran, la comida estaba en la mesa.

George Mueller mantuvo un registro de sus oraciones. Lo puso en un diario titulado "Los tratos de Dios con George Mueller". Ya fuera una petición pequeña o grande, la ingresaba, y cuando llegaba la respuesta , anotaba la respuesta y la fecha. En el momento de su muerte, sus amigos revisaron estos registros y contaron más de cincuenta mil respuestas definitivas a algo específico. peticiones ofrecidas por este hombre.

Seis semanas antes de graduarse, una joven de nuestra iglesia comenzó a llevar un registro de oración. Al final de esas seis semanas, ella me dijo en una carta: “Hace seis semanas comencé a hacer un registro de mis oraciones, y en estas seis semanas he tenido treinta y seis respuestas definitivas”. Una terrible debilidad que tienen todas las personas es que obtienen respuestas a sus oraciones e inmediatamente las olvidan. Si se nos pide que demos testimonio en una reunión de oración sobre las respuestas a la oración, no podremos recordar ninguna; pero, si tuviéramos un registro de ellos, podríamos levantarnos y electrizar los corazones de las personas con estos relatos.

Otra persona, un joven, durante sus días de universidad y seminario, había mantenido un registro durante tres años, y me escribió desde el seminario diciendo: “He pasado algunas horas contando las respuestas a las oraciones en mi libro de registro de oraciones, y tengo más de 1600 respuestas”. Esto debería impulsarnos a todos y a todos a orar.

Una ventaja de un registro de oración es que gran parte de nuestra oración ha sido indefinida; con un disco nos vemos obligados a pensar y a definir las cosas. Cuando escribas una solicitud, debes definirla claramente. Aunque quizás no hayas estado pidiendo mucho, cuando llegan las respuestas, te vuelves más consciente de que la oración es la victoria que vence al mundo.

Especialmente en este día debemos inclinarnos ante Dios para orar. La tarea misionera es imposible sin el liderazgo de Dios; pero si un número suficiente de sus hijos se animan a orar, veremos victorias magníficas en todas las áreas de la tierra, y multitudes vendrán al Señor Jesucristo. Entonces, estimulémonos a ser hombres y mujeres de oración intercesora prevaleciente.

8. He aquí tu Dios

Israel estaba en el monte Sinaí. Desde el monte el Señor había revelado muchas cosas. Los judíos habían oído la voz del Señor y tuvieron miedo. Le dijeron a Moisés: "Sube tú al Señor y habla por nosotros y no nos dejes oír más la voz del Señor. Es más de lo que podemos soportar" (cf. Éxodo 20:19).

Moisés subió a la montaña y estuvo allí cuarenta días. Mientras estaba allí con Dios recibiendo los Diez Mandamientos y un modelo del tabernáculo y sus muebles, el pueblo indujo a Aarón a hacer un becerro de oro. Cuando estuvo terminado , construyeron un altar delante de él y lo adoraron, diciendo: "Estos son tus dioses, oh Israel, que te sacaron de la tierra de Egipto" (32:4).

El Señor informó a Moisés de lo que estaba sucediendo y le declaró que debía destruirlos; pero Moisés intercedió a favor de Israel, y Dios concedió su petición.

Sin embargo, cuando regresó al campamento, lo encontró como Dios le había dicho. Aparentemente fue mucho peor de lo que Moisés había imaginado. Su ira se volvió tan ardiente que arrojó las tablas de mandamientos al suelo y las rompió. Reprendió duramente a la gente y luego llamó a hombres que pasaran por el. acampar y destruir a aquellos que habían pecado en esta adoración lujuriosa.

Pesado de corazón y lleno de tristeza por lo que el pueblo había hecho, regresó a la montaña al Señor y dijo: "Oh, este pueblo ha cometido un gran pecado ... Sin embargo, ahora, si perdonas su pecado—; y si no, bórrame ahora de tu libro” (vv. 31-32).

En verdad, estas fueron horas oscuras y terribles para Moisés. Meses y meses de trabajo parecían haber sido en vano. Su pueblo le había fallado al Señor y estaba en grave peligro de ser destruido. Nuevamente intercedió fervientemente por ellos y sólo su gran ofrecimiento desinteresado de sí mismo en su lugar los salvó.

Pero se entristeció aún más cuando el Señor dijo: “Enviaré un ángel delante de ti; . . . porque no subiré en medio de ti; porque tú eres un pueblo de dura cerviz ; no sea que te consuma en el camino” (33:2-3). Preocupado por esta terrible sentencia, Moisés suplicó al Señor que pudiera saber a quién enviaría el Señor con su pueblo. Y el Señor dijo: “Mi presencia irá contigo” (v. 14). Pero aun así Moisés necesitaba estímulo y pidió algo inusual. Él dijo: " Te ruego , muéstrame tu gloria" (v. 18).

Dios concedió esta oración. "Haré pasar delante de ti toda mi bondad, y proclamaré delante de ti el nombre del Señor... y dijo: No puedes ver mi rostro, porque nadie me verá, y vivirá" (vv. 19-20). El Señor hizo exactamente lo que dijo que haría. Hizo pasar

su bondad ante Moisés y le hizo ver su gloria y oír proclamar el nombre del Señor. Esta experiencia de Dios en su vida renovó y fortaleció a Moisés y le permitió asumir la carga del liderazgo y seguir adelante.

Una visión interior Ningún hombre puede ser un hombre de Dios o hacer la obra de Dios sin la experiencia y la visión del Dios vivo dentro de sí mismo. En la medida en que uno tenga la agudeza de visión acerca del Señor, su obra será efectiva. Sin la visión, un hombre es sólo un hombre común y corriente que utiliza métodos ordinarios Duy Si uan e cA IL solitario.

Dios siempre ha estado dispuesto a darse a conocer a su pueblo. Él dijo en Jeremías 29:13-14: "Me buscaréis y me encontraréis, cuando me buscaréis de todo vuestro corazón. Y seré hallado de vosotros, dice el Señor". Moisés dijo algo similar a Israel. "Buscarás al Señor tu Dios, lo encontrarás, si lo buscas con todo tu corazón y con toda tu alma" (Deuteronomio 4:29). Ningún hombre necesita estar sin la visión del Señor.

Mientras los israelitas tuvieron esta visión, vivieron con rectitud y lograron la voluntad de Dios. Cuando la visión se oscureció, el pueblo vivió en contra de la mente y la ley de su Dios, y se encontraron en graves problemas una y otra vez. En la profecía de Isaías se encuentran estas palabras: "Oh tú, que anuncias buenas nuevas a Sion, sube a un monte alto; Oh tú, que anuncias buenas nuevas a Jerusalén, alza tu voz con fuerza; levántala, no temas; Decid a las ciudades de Judá: ¡He aquí vuestro Dios! (Isaías 40:9, NVI).

"¡He aquí tu Dios!" ¡Qué mandamiento! Y como esto es posible para un alma humilde y buscadora, no es un mandamiento vano,

Intentemos ver a Dios Creador, Dios Redentor y Dios Padre.

Dios como creador

Primero, contempla a tu Dios el Creador.

Pasamos al primer libro de la Biblia, y allí, en la frase inicial, se encuentra una de las declaraciones más grandiosas que jamás haya llegado a oídos del hombre. "En el principio creó Dios los cielos y la tierra" (Génesis 1:1). Luego sigue el relato divinamente inspirado de la actividad creativa de Dios.

No hay ningún intento de adornar esta narrativa con adjetivos.

Es simple, inspirador, majestuoso. Establece una gran cosa: que Dios es el Creador.

Mi primera lectura de la Biblia la hice en una Biblia que contenía la cronología del obispo Usher en la parte superior de la columna de referencia en el medio de la página. Según eso, la creación ocurrió en el año 4004 sc. Comencé el estudio de la historia antigua en la escuela secundaria. Allí conocí fechas de la historia que tuvieron lugar en Egipto mucho antes del año 4004 a.C. Mi libro de historia y mi Biblia no estaban de acuerdo, y me encontré en graves problemas. Una noche, mientras regresaba a casa después de una reunión de oración con mi padre, le conté mi dolor

por este conflicto de fechas. Él respondió: "Hijo, recuerda una cosa: 'En el principio creó Dios los cielos y la tierra'. Mi problema desapareció y bendigo la sabiduría de mi padre al respaldarme con una respuesta que nunca ha fallado.

Las teorías de los hombres han ido y venido, y el desfile de teorías sigue pasando; pero a medida que las teorías desaparecen en la distancia y otras teorías avanzan y pasan, encontramos que la Palabra de Dios sigue en pie.

Hace algunos años, un profesor de astronomía en una gran universidad habló en nuestra iglesia sobre el tema "La astronomía y la Biblia". Relató cómo en sus primeros días de profesor se había propuesto encontrar una armonía entre las teorías del origen del universo y los primeros capítulos del Génesis. Dijo que acababa de resolver su armonización y había comenzado a utilizarla cuando a los científicos se les ocurrió una nueva teoría que desplazó a la primera. Procedió una vez más a trabajar en una armonía, y nuevamente esa teoría fue desplazada. La tercera vez que esto sucedió declaró: "Decidí que dejaría de intentar armonizar las cambiantes teorías del hombre con la inmutable Palabra de Dios".

El gran hecho inquebrantable permanece: el Señor hizo los cielos y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay.

Contemplando la creación, Isaías escribió: “El que midió las aguas con el hueco de su mano, y con su palmo midió los cielos, y con una medida comprendió el polvo de la tierra, y pesó los montes con balanza, y los collados con balanza. ¿balance? ¿Quién dirigió el Espíritu del Señor, o siendo su consejero le enseñó?" (40:12-13).

Nuevamente, Isaías dijo: "¿A quién, pues, compararéis a Dios? ¿O qué semejanza le compararéis?" (v. 18). Y además, "Él es el que está sentado sobre el círculo de la tierra, y sus habitantes son como langostas; el que extiende los cielos como una cortina, y los extiende como una tienda para habitar" (v. 22).

Y alcanza su glorioso clímax en los versículos 98-31. Sus primeras palabras en ese pasaje son: "¿No has sabido? ¿No has oído que el Dios eterno, el Señor, Creador de los confines de la tierra, no desmaya ni se cansa?"

Los escritores de la Biblia que piensan en la creación se expresan de la manera más maravillosa acerca del universo creado. David en el Salmo 19:1 es típico: “Los cielos cuentan la gloria de Dios; y el firmamento muestra la obra de sus manos”.

Volviendo al Nuevo Testamento encontramos que el Señor Jesucristo está asociado con Dios Padre en la obra de la creación. Juan 1:1-5 dice: “Todas las cosas por medio de él fueron hechas; y sin él nada de lo que fue hecho fue hecho” (v. 3).

El apóstol Pablo, hablando del Señor Jesús, escribió: “El cual es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda criatura; porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles, ya sean sean tronos, o dominios, o principados, o potestades: todas las cosas fueron creadas por

medio de él y para él; y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten” (Col. 1:15-17).

Nuestro Señor Jesús no solo participó en la obra de la creación, sino que todas las cosas se mantienen unidas por él y para él.

Pablo dice en Romanos 1:20: "Las cosas invisibles de él desde la creación del mundo se ven claramente, y se entienden por las cosas hechas, es decir, su poder eterno y su divinidad". Es decir, son entendidos por las cosas que están hechas. Por esta razón, el pueblo de Israel no tiene excusa cuando conocieron a Dios , no lo glorificaron como Dios y no pudieron ser agradecidos por este fracaso en su vida. Durante toda su vida se volvieron vanos en sus pensamientos, y su corazón se oscureció. Se tuvieron por sabios, pero su sabiduría fue necedad, y se volvieron al culto de imágenes.

El universo que conocía la ciencia de los días bíblicos era muy pequeño. Hoy nuestros astrónomos nos dicen que aún no han encontrado el borde del universo. Sus poderosos telescopios han captado cuerpos estelares que, según dicen, se encuentran a más de diez mil millones de años luz de distancia. Cuando pensamos en la grandeza del universo y cuando cantamos: “Cuán grande eres”, recordemos que el Señor Jesucristo, nuestro Salvador , estuvo involucrado en todo esto, y que el poder del cielo y de la tierra es suya. , y a través de él está a nuestra disposición.

Dios como redentor

He aquí tu Dios, tu Redentor. La obra redentora de Dios es sumamente importante para todo hombre en esta tierra. A través del Redentor tenemos vida eterna y esperanza de un futuro hogar en gloria.

Cuando Dios creó al hombre, lo creó sin pecado. Eso no quiere decir que el hombre tuviera un carácter probado y probado y finalmente perfecto, pero era sin pecado y en ese sentido perfecto.

Él no sólo nos creó sin pecado, sino que nos creó libres. Nos creó libres para elegir hacer la voluntad de Dios o no hacerla. Nuestros primeros padres ejercieron esta libertad en rebelión y trajeron la muerte a toda la humanidad. Todavía ejercemos esta libertad y nos rebelamos contra Dios. Nos hemos convertido en esclavos del pecado y de Satanás y estamos condenados a la noche eterna. A menos que Dios hubiera actuado para salvarnos, estábamos eternamente perdidos.

En Jesús, Dios obró la redención. Esta obra tomó lo mejor que Dios tenía. No se trataba de pasar por alto el pecado del hombre. El pecado debe ser eliminado, y Dios lo hizo.

Sólo podía actuar con amor santo. El amor de Dios no es una actitud suave y fácil de la mente y el corazón de Dios que considera el pecado del hombre como una cosa pequeña. ¿Cómo podría ser poco cuando logra la separación entre el hombre y Dios? Y el amor, tal como lo conocemos en nuestras relaciones mutuas, simplemente no podría traer de vuelta al hombre. El amor de Dios es un amor santo, y Jesús no estaba

tanto preocupado por revelar el amor de Dios sino más bien por revelar el santo amor de Dios.

Este santo amor de Dios actuó en gracia a través de Cristo en la cruz. “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (cf. 2 Cor. 5:21).

El santo amor de Dios actuó con ira contra el pecado. Cuando decimos ira no nos referimos a ira egoísta. Nos referimos a la justa ira que ejerce el cirujano contra una enfermedad cancerosa que destruye un cuerpo humano, o la ira que manifiesta el granjero cuando sale a destruir la maleza que asfixia su campo de maíz. La ira de Dios es su propósito decidido de destruir el pecado.

Su amorosa santidad actuó con misericordia hacia el pecador. Debido a que el amor santo de Dios actuó con ira contra el pecado, Jesús pudo decir: “Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no perezca, sino que tenga vida eterna” (Juan 3:16).

Levítico 4:6 demuestra cómo Dios trató con el pecado bajo el antiguo pacto. El pecador trajo su animal para el sacrificio. Puso su mano sobre la cabeza de ese animal y confesó su pecado. Luego, con sus propias manos, mató al animal. El sacerdote tomó la sangre, roció el altar, hizo expiación por él y fue perdonado. Primero la expiación, luego el perdón.

En Jesús, Dios hizo expiación completa por el pecado y ofreció un justo perdón al pecador creyente y arrepentido. Este perdón fue adquirido para nosotros al precio de la sangre del Hijo de Dios.

Nos unimos a Pedro en reconocimiento a nuestro Redentor: “Sabiendo que habéis sido redimidos, no con cosas corruptibles, ni con plata ni con oro, de vuestra vana manera de vivir, heredada de vuestros padres; sino con sangre preciosa, como de cordero sin mancha y sin mancha, la sangre de Cristo, el cual fue ya conocido desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado al fin de los tiempos por amor a vosotros” (cf. 1 Pedro 1:18-20). He ahí a vuestro Dios, el Redentor.

Dios como padre

Finalmente, contemplad a vuestro Padre Celestial.

Esta última es principalmente una concepción del Nuevo Testamento. Sólo hay tres o cuatro referencias en el Antiguo Testamento al Señor como Padre. Dos de ellos están en Isaías: “Tú, oh Señor, eres nuestro padre, nuestro redentor; tu nombre es desde la

eternidad” (63:16). Y nuevamente el profeta dice: “Pero ahora, oh Señor, tú eres nuestro padre; nosotros somos el barro, y tú nuestro alfarero; y todos nosotros somos obra de tus manos" (64:8). En estos dos pasajes la relación es más nacional que personal.

Sin embargo, cuando nos dirigimos al Nuevo Testamento, la relación entre padre e hijo se destaca claramente. Jesús llama a Dios Padre y nos enseña también a decir "Padre nuestro".

La relación en el Nuevo Testamento es muy personal. Es mediada al creyente a través de la fe en nuestro Señor Jesucristo. Pablo les dice a los Efesios que “por medio de él ambos tenemos acceso al Padre por un solo Espíritu” (Efesios 2:18).

Y Jesús en Juan 14:6 dice: "Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí". Hay quienes hablan a la ligera de la paternidad de Dios. En su pensamiento, todos los hombres son sus hijos. El único sentido en el que todos podrían ser considerados hijos de Dios es como hijos de la creación. Pero la relación que Jesús nos enseñó es una relación espiritual, no natural.

"Que no todos los hombres son niños en este sentido es claramente evidente en lo que Jesús dijo a los judíos, quienes deberían haber sido considerados niños, si es que alguno. "Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y las concupiscencias de vuestro padre queréis hacer". (Juan 8:44).

Esta relación padre-hijo está disponible para todos, pero sólo la realizan aquellos que creen. Es parte del regalo de Dios de la salvación. Establece específicamente la relación de la persona salva como hijo del Padre Celestial.

Las enseñanzas de Jesús en el Sermón del Monte señalan claramente el tipo de vida que debe vivir un hijo del Padre. Debemos ser como el Padre .

Primero, hagamos la pregunta, ¿cómo es el Padre ? Jesús da una respuesta sencilla, que incluso un niño puede entender. Él dice: "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre" (Juan 14:9). Cada cualidad de carácter, conducta y acción en Jesús retrata la calidad, carácter y acción de nuestro Dios y Padre. Una niña que evidentemente había sido mal enseñada dijo: “Amo a Jesucristo, pero odio a Dios”. Dios nuestro Padre es como Jesús; por eso lo amamos.

En Mateo 6 Jesús dice muchas cosas sobre el Padre. Primero, nos dice que debemos hacer nuestra justicia ante el Padre Celestial. Esto exige una profunda conciencia interior de estar ante Dios en todo lo que hacemos.

Nuestras limosnas las damos para ser vistos por el Padre.

Oramos al Padre. Entramos en nuestra cámara interior, cerramos la puerta y oramos al Padre que está en secreto. Oramos con sencillez porque él ya sabe lo que necesitamos . No tenemos que arengarlo y suplicarle por estas cosas. El corazón de nuestra oración es que su nombre sea santificado, que venga su reino y que se haga su voluntad.

Nuestro Padre alimenta a los pájaros. También viste los lirios; por lo tanto, confiamos en él para satisfacer todas nuestras necesidades. Nuestra misión en la vida es buscar primero su reino; es su responsabilidad proveer para nuestras necesidades. Esto, porque Jesús dijo que así era.

En cuanto a la disposición del Padre a responder nuestras oraciones, Jesús argumenta desde el punto de vista de un padre terrenal, diciendo: Si tu hijo te pide pan, ¿le das una piedra? Si te pide un pescado, ¿le das una serpiente? ¿Si te pide un huevo le das un escorpión? Si vosotros, los hombres terrenales, sois suficientemente buenos para dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que le pidan?

Este pasaje verdaderamente abre la puerta de la oración. Deja claro que todos podemos tener este privilegio de inclinarnos ante el Padre y recibir abundantemente por encima de todo lo que pedimos o pensamos.

¡Así pues, he ahí a tu Dios!

Él es el Creador del universo y su mayor creación es el hombre, hecho a su propia imagen.

Él es el Redentor, que restaura la imagen de Dios mediante el nuevo nacimiento.

Él es nuestro Padre Celestial.

Necesitamos buscar ver su gloria y su poder manifestados en nosotros para que seamos como él.

Isaías describe cómo Dios se reveló al joven profeta Isaías. Cuando el joven profeta vio al Señor alto y sublime, sentado en un trono, y cuando escuchó a los ángeles decir: "Santo, santo, santo", exclamó: "¡Ay de mí, porque estoy perdido!" (6:5). Al ver a Dios el Santo, luego se vio a sí mismo como el impío. ¡Entonces recibió la limpieza! Debido a que había visto a Dios y había sido limpiado, pudo escuchar la voz de Dios llamándolo al servicio.

Y Job, después de un largo período de aflicción y sufrimiento, después de defenderse y justificarse en todos los sentidos, finalmente escuchó la voz del Señor y clamó: "De oídas he oído de ti; pero ahora mis ojos te ven . Por eso me aborrezco y me arrepiento en polvo y ceniza" (Job 42:5-6).

Sólo cuando tenemos esta visión del Señor estamos calificados y capacitados para servir a nuestro Dios. Sin él, somos hombres comunes y corrientes que se esfuerzan por hacer lo imposible y fracasan. Pero con la visión revelada en nosotros, nos convertimos en hombres extraordinarios, capacitados para hacer todo lo que Dios ha designado.

9. La búsqueda de Dios de un hombre

El ministerio de Isaías comenzó alrededor del año 742 a.C. Su primero. El mensaje grabado se encuentra en el capítulo 1 del libro que lleva su nombre, Escribiendo acerca de la condición moral y religiosa de Israel, dice: "Toda la cabeza está enferma, y todo el corazón desfallecido. Desde la planta del pie hasta el pie". no hay en ella sanidad, sino heridas, moretones y llagas putrefactas : no han sido cerradas, ni vendadas, ni apaciguadas con ungüento" (vv. 5-6). Esta es la descripción de Isaías de lo moral y lo espiritual. La situación en Israel se había deteriorado mucho desde los días de David.

Pasaron cien años después de la época de Isaías. Entonces Dios puso su mano sobre un hombre llamado Jeremías. Le ordenó a este hombre que mostrara a Israel sus pecados. La situación, lejos de mejorar, se había deteriorado enormemente desde los días de Isaías. La situación había empeorado tanto que prácticamente no había esperanza para la gente. Dios le dijo a Jeremías: "No ores por este pueblo" (Jer. 7:16). Tres veces le impuso este mandato.

Entonces el Señor le dio a Jeremías instrucciones que, una vez cumplidas, revelarían al profeta la verdadera situación. "Corrid de un lado a otro por las calles de Jerusalén, y mirad ahora, y sabed, y explorad en sus plazas, si podéis hallar varón, si hay alguno que haga juicio, que busque la verdad; y yo perdónalo" (5:1). Jeremías hizo su búsqueda y concluyó:

Han endurecido sus rostros como una piedra; se han negado a regresar . . . . Seguramente estos son pobres; Son necios, porque no conocen el camino del Señor ni el juicio de su Dios. Me llevaré a los grandes hombres y les hablaré ; porque han conocido el camino del Señor (vv. 3-5).

Fue a los grandes hombres. Su conclusión fue: "Pero éstos a todos han quebrantado el yugo y roto las ataduras". No había entre ellos ni un solo hombre justo.

Unos años después de que Jeremías comenzara su ministerio, Ezequiel, un hijo de los primeros cautivos, comenzó su obra profética en la tierra de Babilonia. Ezequiel rápidamente descubrió que lo que había sido cierto en I Jay y en los días de Jeremías también lo era en su tiempo. En el capítulo 22 describe la maldad de este pueblo. Los presenta en el orden de sus posiciones de liderazgo en la tierra.

Ezequiel descubrió que los príncipes de Israel planeaban entre sí devorar al pueblo. Les robaron su dinero y luego los mataron, dejando muchas viudas en la tierra. Eran como lobos devorando presas, y destruían almas para obtener ganancias deshonestas.

Luego dirigió su atención a los sacerdotes de la tierra. Estos hombres tenían el encargo de mostrar los caminos de Dios al pueblo. No habían hecho eso; más bien, habían violado la ley y profanado las cosas santas de Dios. Ya no hacían distinción entre lo santo y lo profano, entre lo limpio y lo inmundo.

Los profetas de Israel predicaron de tal manera que la maldad de estos líderes se corrompió aún más; habían extendido sobre los malhechores un manto de aprobación religiosa. Hombres que deberían haber apartado al pueblo, a los príncipes y a los sacerdotes de su iniquidad los habían conducido a ella. Y Ezequiel continuó diciendo:

"El pueblo de la tierra ha hecho de la opresión su práctica, roban y oprimen al pobre y al necesitado, y hacen la vida miserable y mala al extranjero en la tierra" (cf. 22:29). .

Estos son los juicios que el Señor pronunció por medio de Ezequiel. Y el Señor concluyó este pasaje en particular con estas palabras: “Y busqué entre ellos un hombre que hiciera el cercado y se pusiera en la brecha delante de mí para la tierra, para no destruirla; pero no encontré a nadie. ” (v. 30).

¡Un hombre! ¡Solo un hombre justo y piadoso! Dios dijo que si hubiera encontrado a este hombre, habría rechazado la destrucción.

Las Escrituras nos enseñan que Dios bendice o destruye una ciudad, un estado, una nación, según la presencia o ausencia de hombres justos en ella.

Dios bendice y prospera un hogar según la justicia del padre que es cabeza de esa casa. Las buenas casas no son accidentes. Cuando un hombre y una mujer se casan, Dios tiene la intención de que se establezca un hogar santo. Ha puesto al hombre como jefe de esa casa, no como un tirano para gobernar, sino como un siervo de Dios para cumplir el plan de Dios para un hogar cristiano que sería un factor salvador en la vida de esa comunidad.

'El hombre mismo prospera o perece según busque la justicia de Dios interior y exteriormente para su vida.

¿Quién es justo?

Dios dijo: "Busqué un hombre entre ellos". La búsqueda de Dios era de un hombre justo, un hombre que agradara a Dios y a través de quien y por quien Dios pudiera hacer su obra en la tierra. ¿Qué es un hombre justo, y ¿Quién es justo? Un hombre justo es aquel que ha nacido de nuevo por la creencia en la verdad. En él habita el Espíritu Santo y la alegría de su vida es buscar conocer y hacer la voluntad de Dios.

Los mandamientos de Dios son el fundamento básico y subyacente de su vida.

Cuando guarda los mandamientos, lo hace en amorosa y personal obediencia a Dios Padre, a Jesucristo el Hijo y al Espíritu Santo, el consejero y guía. Su lealtad a los mandamientos, su lealtad a Dios, su lealtad a su iglesia es una lealtad personal a Jesucristo.

Este hombre no necesita tener un trabajo en la iglesia para ser leal e influyente. La justicia de su corazón lo hace fiel.

No es necesario que sea un trabajador de la Escuela Dominical, ni un diácono, ni un ujier para magnificar su iglesia. Su justicia le lleva a hacer todo lo que agrada a Dios. Un hombre o una mujer justos se sienten mucho en la vida de una iglesia.

El énfasis de Dios está en la justicia del hombre, no en sus actividades. Los hombres justos exudan el sentido, el poder y la presencia de Dios. Son profunda e interiormente justos.

Muchos hombres activos, sí, superactivos en las iglesias, son superficialmente justos. Impresionan a sus semejantes con ellos mismos, con su zeai , con sus obras.

Este tipo de hombre justo puede volverse injusto si encuentra oposición o si siente que no ha recibido los elogios que le corresponden por sus obras.

Dios dice: "Si puedo encontrar un hombre justo, lo perdonaré".

Volviendo a las condiciones de los días de Isaías, Jeremías y Ezequiel, y comparándolos con los nuestros, descubrimos que los hombres no han cambiado mucho. Aunque ya no limitamos nuestros viajes a caminar o en camello, sino más bien a aviones y automóviles, el hombre es esencialmente el mismo.

Los profetas nos muestran las profundidades de la iniquidad en las que pueden caer los hombres cuando abandonan a Dios y lo dejan fuera de cuenta. En aquellos días la maldad abundaba en todas partes,

En nuestra época encontramos que los hombres son exactamente iguales. Cada periódico expone la maldad de la humanidad.

El hombre ha conquistado el espacio hasta cierto punto. El dominio del hombre sobre las cosas y sobre los elementos es maravilloso, pero su falta de dominio sobre sí mismo es lamentable y miserable. Y su falta de dominio es evidente en todos los ámbitos de la vida moderna.

Todo tipo de delitos proliferan. Un periódico informó recientemente que durante los primeros nueve meses del año en cierta ciudad del suroeste hubo 15 asesinatos más que el año anterior durante los mismos nueve meses. Hubo 6 violaciones más, 19 robos más, 545 arrestos más por embriaguez, los robos a negocios habían aumentado en 78 y los robos a residentes en 11. Los suicidios habían aumentado de 19 a 31, y los narcotraficantes Los puntos aumentaron en 143. A una velocidad tremenda el hombre se está destruyendo moral, espiritual y físicamente con licores alcohólicos. Los fabricantes de licores embriagantes están gastando millones de dólares en publicidad en un esfuerzo por poner a cada hombre, mujer y niño bajo la influencia de esta sustancia ruinosa. No necesitamos seguir detallando los males de nuestra hora. Son evidentes para cualquier hombre que tenga dos ojos, dos oídos y una mente para ver y comprender.

En cada comunidad Dios está buscando hombres justos que “edifiquen el cerco” y “se pongan en la brecha” delante de Él, para que no destruya la tierra. Él está buscando hombres que hayan sido redimidos por la sangre de Cristo, que hayan nacido del Espíritu, que hayan recibido el Espíritu que mora en sí mismos. A ellos les dijo: “Vosotros no sois vuestros; fuiste comprado por precio. glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo" (1 Cor. 6:19-20, RSV). Él está llamando a estos hombres suyos a una

vida santa y justa. El Espíritu de Dios que él ha puesto dentro de nosotros es santo porque es Dios; y debido a que él habita en nosotros, debemos ser santos y no hacer nada que apague o entristezca a este Espíritu Santo que mora en nosotros. A estos hombres les dice: “Hijo, dame tu corazón . vive en ti, responde a mi liderazgo, sé el hombre que quiero que seas ; ámame, sírveme, adórame, vive para mí y dame todo lo que eres”.

A estos hombres Dios les ha asignado su trabajo. Él nos alarmaría y nos despertaría a los peligros que acechan a nuestros hijos y a todos los que vienen después de nosotros.

El hogar cristiano es ciertamente el punto focal de fortaleza de la iglesia, de la comunidad y de la nación. Dios está buscando hombres que comprendan su punto de vista sobre lo que debe ser un hogar y que permitan que ese punto de vista se convierta en parte de su ideal para construir hogares para la gloria de Dios y el bien del mundo entero.

Nuestro país está acosado por peligros. Constantemente estamos siendo alertados sobre los peligros del comunismo dentro de nuestra tierra. No minimizaría estos peligros, pero creo que tenemos males que nos corroen el corazón y que destruirán nuestra nación con la misma rapidez, si no más, que el comunismo. El tráfico de licores, la pestilencia sexual inmoral que está destruyendo a la juventud de esta tierra, un negocio de quinientos millones de dólares en la venta de literatura obscena, un vigor decreciente en la vida moral y espiritual de nuestras iglesias. Si pudiéramos verlo, la espada de la destrucción pende suspendida de un cabello sobre nosotros. Sólo los hombres justos pueden hacer frente a estos elementos que amenazan nuestra ruina.

Dios está buscando hombres que pongan en orden su propia casa espiritual. Está buscando hombres que den prioridad a las cosas de Dios. Está buscando hombres que velarán por el bienestar de sus familias. Está buscando hombres que salvaguarden sus escuelas. Está buscando hombres que tomen en serio el evangelio y que dejen de jugar en la iglesia; por hombres que den lugar al Espíritu Santo en sí mismos y en sus actividades y que caminen en él y con él y sean cristianos.

Los hombres que deberían ocupar los lugares de liderazgo en la iglesia son hombres de justicia profunda y transformadora. Es esta clase de hombre el que el Señor busca para su servicio. Hay muchos oficios dentro de la iglesia donde estos hombres pueden emplear sus talentos y hacer efectivo ese carácter cristiano que Dios ha construido dentro de ellos. Nuestras iglesias tienen grandes organizaciones que funcionan, si es que funcionan, porque hombres justos están dirigiendo, liderando y desafiando. Cada iglesia tiene su cuerpo de diáconos, y estos hombres son diáconos no sólo por elección oficial, sino porque merecen esta elección al cumplir con las cualidades descritas en el Nuevo Testamento.

Cada hombre de la iglesia debe ser alguien cuyo carácter lo califique para cualquier cargo que la iglesia ofrezca.

No existe un doble estándar de vida y conducta para los hombres de la iglesia. Todo el pueblo de la iglesia debe caminar según una norma, la norma que Pablo nos dio cuando dijo que debemos alcanzar la medida de la plenitud de Cristo.

Muchas veces en el pasado, cuando parecía que los hombres serían devorados y destruidos por su propia maldad, Dios buscó y levantó a un hombre justo para ser el libertador, y este hombre trajo salvación y victoria al estandarte del Señor.

Así fue en los días de Noé. Dios vio que la maldad del hombre era terrible y que sus pensamientos eran malos, y el Señor decidió destruir al hombre. Un hombre encontró gracia en sus ojos y ese hombre fue Noé. Él era el hombre justo del momento, y Dios lo buscó y lo usó para salvar a la raza humana.

Cuando llegó el momento en que la nación-Mesías debía ponerse en camino, Dios llamó a Abraham, un hombre justo, fuera de su tierra natal para ir a una tierra extraña. Allí él iba a dar a luz un hijo, y ese hijo daría a luz hijos y algún día nacería la nación-Mesías porque Dios tenía a su hombre Abraham.

Dios tenía sus hombres José, Moisés y Josué.

Llegó un momento en que parecía que no había ningún hombre disponible, y Dios puso su mano sobre el corazón de una mujer, Débora hizo retroceder las malas mareas y libró a Israel.

Luego estaban Gedeón, Samuel, David y los profetas.

En el Nuevo Testamento encontramos a otros a quienes Dios eligió para su tarea de salvar al mundo de la destrucción. El Señor mismo vino en persona humana y puso en movimiento las fuerzas que formarían la iglesia.

Estuvieron Pedro, Pablo, Santiago, Juan y muchos otros que predicaron el evangelio de la redención para que las mareas malignas fueran rechazadas y una nueva corriente surgiera en el mar de la vida. En el libro de Hebreos se nos exhorta a “recordar a vuestros líderes e imitar su fe.

El apóstol Pablo nos exhorta diciendo: “Os ruego, pues, hermanos, por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional” (Romanos 12:1). . Y este es nuestro servicio razonable, que dejemos que Dios nos use para salvar a nuestra comunidad y a nuestro mundo.

¡Dios busca un hombre justo! El primer requisito es el carácter cristiano: pasión por el bien, la santidad y la justicia. La fuente de su vida debe ser pura y libre de contaminación, fluyendo llena del agua de la vida eterna.

Dios no se siente atraído primero por su capacidad ejecutiva; Dios no lo mide primero por su poder de liderazgo; Dios no escucha su lengua de plata; ni toma en cuenta sus títulos universitarios, aunque son buenos y útiles.

Dios busca un corazón sano, íntegro y justo, un corazón tan fuerte en la fuerza nacida de la santidad que todo lo que fluye del hombre revela una criatura semejante a Dios. Le dijo a Samuel: "El hombre mira las apariencias exteriores, pero el Señor mira el corazón" (1 Sam. 16;

Todos los dones con los que es bendecido son buenos; pero primero, si Dios va a usarlo, debe ser santo, debe ser justo. Dios puede usar a un hombre justo sin grandes dones mucho más de lo que puede usar a un hombre dotado sin justicia. Los hombres que Dios quiere deben ser "la sal de la tierra" y "la luz del mundo".

10. Santificaos

Había llegado el momento de cruzar el Jordán hacia la Tierra Prometida. Todo Israel estaba de puntillas a la espera. Este era el momento que esta generación en particular había esperado. Durante treinta y nueve largos años habían vagado por el desierto mientras sus padres desobedientes caían uno a uno en el camino.

Dios llevó a Moisés a la montaña; allí murió Moisés, y los ángeles de Dios lo sepultaron. Josué tomó las riendas del liderazgo y comenzó a preparar al pueblo para el cruce, según las instrucciones de Dios.

El día antes del cruce, Josué dio al pueblo ciertas instrucciones definidas. La principal de estas instrucciones fue esta palabra: "Santificaos, porque mañana el Señor hará maravillas entre vosotros" (Josué 3:5).

Un nuevo camino

Una de las razones para esta instrucción en particular fue expuesta en esta línea: "Nunca antes habéis pasado por este camino" (v. 4, RSV). Siempre es un placer recorrer las antiguas carreteras. En esas carreteras hay lugares familiares, edificios conocidos, arroyos conocidos y personas conocidas con las que nos encontramos. Todo esto tiene un gran atractivo para nosotros en los caminos antiguos. A medida que pasamos y nos encontramos con ellos, viejos recuerdos surgen y se unen a nuestras nuevas impresiones. No hay muchas sorpresas a la antigua usanza, pero sí alegría. Vamos a otros lugares y hay nuevas autopistas para viajar. Esperamos con ansias el momento en que emprendamos el nuevo camino. Estamos más alerta y vigilantes.

Josué dijo a este ansioso pueblo de Israel:

El camino que tenemos ante nosotros es nuevo. Nunca antes habíamos recorrido este camino. Por lo tanto, es urgente que tengamos presente el arca de la alianza. Mantén una distancia entre tú y el arca de dos mil codos, como tres mil pies, un poco más de media milla. 'Así, manteniendo el arca a la vista , tendremos la dirección del Señor. Nunca has pasado por este camino antes. Debes ser cauteloso pero no incrédulo.

Debes ser considerado y debes ser obediente. Debes caminar en fe hoy y mañana (vv. 3-6).

Como fue para ellos, así es para nosotros. Días y noches desconocidos están ante nosotros. Lo que traerán esos días, sólo nuestro Padre Celestial lo sabe. Entramos en cada uno de ellos con nuestra confianza en él, caminando por fe y no por vista.

Hay caminos que nuestros pies no han recorrido. Esos caminos pueden ser suaves y nivelados; pueden ser ásperos y rocosos; Pueden conducir a través de aguas profundas y a través de arroyos sin puentes. "Puede que no sepamos el camino a seguir, pero conocemos a nuestro Guía".

Y sabemos que nuestro guía está con nosotros. Esta es su promesa: "Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y por los ríos, no te anegarán ; cuando pases por el fuego, no te quemarás; ni la llama encenderá sobre ti" (Isaías 43:2).

Hay tareas, obras, hechos que nos desafiarán. Nos enfrentaremos a oportunidades que nunca habíamos soñado. En algunas empresas podemos fracasar, pero en otras, por la gracia de Dios, tendremos éxito.

Alegrías y tristezas están ante nosotros. Así es la vida. Todo el sol formaría un desierto, pero demasiada tristeza tampoco sería saludable . El cristiano debe aprender a aceptar la decepción como "su nombramiento". Porque nunca antes habíamos pasado por este camino.

Entonces, santificaos.

Este es el paso de suma importancia. Antes de que el pueblo de Israel pudiera avanzar, tuvo que santificarse. Antes de que podamos avanzar, debemos santificarnos. Antes de que podamos recibir el poder y la obra de Dios, debemos separarnos y dedicarnos al Señor.

Separación

¿Qué significa entonces esta instrucción?

Para Israel, significaba separación de cualquier cosa que estuvieran practicando y que fuera contraria a su adoración tal como Dios se lo había revelado a Moisés. Para nosotros, significa separación de todo pecado y todo interés que nos impide la obra de Dios.

Conocí a un predicador que era miembro activo de un club cívico activo en su ciudad. Los hombres acudían a él para muchas cosas y él se entregó sin reservas para ayudar a promover las cosas que querían hacer. Ciertamente requirió tiempo y energía.

Llegó un día en que este club empezó a interponerse entre él y el Señor. Esto continuó por algún tiempo, cuando un día una mujer muy espiritual de su iglesia le dijo: "Deberías salir de ese club cívico". Dios usó esto para sacudir a ese hombre, y oró

fervientemente pidiendo la guía del Señor. No quería salir, pero Dios le dejó claro que si quería ser útil en el reino de Dios, debía separarse de ese club.

Esto lo hizo.

Envió su renuncia por correo un sábado. El domingo por la mañana, cuando entró en su púlpito y se sentó, el Espíritu Santo lo impulsó a pensar en un himno que tenía esta línea: "Nada entre mi alma y el Salvador ". Ese predicador cree hoy que ese paso marcó el inicio de un proceso de profundización en su vida que lo ha llevado a un gran progreso espiritual.

Esto no quiere decir que todo predicador deba renunciar a su membresía en el club cívico; pero si Dios señala el camino de la separación en esa dirección, entonces seguramente obedecerá.

Quizás una de las necesidades más grandes en nuestra vida de iglesia hoy es este asunto de la separación de las cosas pecaminosas y de algunas cosas buenas que se vuelven pecaminosas porque se convierten en el objeto de nuestro vivir. No es pecado ganar dinero; pero cuando ganar dinero se convierte en una pasión, lo separa a uno de Dios, y uno no puede volver a Dios hasta que se separe de esta búsqueda pecaminosa. Al hacerlo, convierte esta búsqueda en algo digno.

Santificarnos implica también dedicación al Señor y a su obra. Esto es principalmente una dedicación personal para dejar que el Espíritu Santo nos llene, nos posea y nos use para el reino de Dios. Nos proponemos ser obedientes al Señor en todo lo que nos ha pedido a través de la Palabra, y en todo lo que nos pide a través de nuestro corazón y conciencia. Esta es una santificación que cada uno de nosotros hace por sí mismo y, a menos que hagamos nuestra parte en este asunto, el Espíritu Santo no puede llevar a cabo su obra de santificación. Considere el pasaje Hebreos 12:1-2: "Despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador". de nuestra fe". Debemos dejar a un lado el peso y el pecado que nos asedia; esta es la separación. Debemos correr con paciencia la carrera que tenemos por delante, mirando a Jesús.

No os unáis en yugo desigual con los incrédulos . . . . Por tanto, salid de en medio de ellos y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso (2 Cor. 6:14,17-18).

Así que, amados, teniendo estas promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios (7:1).

Buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios. Pon tu afecto en las cosas de arriba, no en las de la tierra (Col. 3:1-2).

Mortificad, pues, vuestros miembros que están sobre la tierra; fornicación, inmundicia . . . . Pero ahora también vosotros desechad todo esto; ira, ira, malicia, blasfemia, palabras inmundas que salgan de vuestra boca . . . . Vestíos, pues, como elegidos de

Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de bondad, de humildad . . . . Y sobre todas estas cosas vestíos de caridad, que es vínculo de perfección (vv. 5-12).

En los versos restantes, hasta el 17, se mezcla esta idea de separación y dedicación. Y en ese conocido pasaje de Pablo, Romanos 12:1-2, se establece claramente: “Os ruego, pues, hermanos, por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, cuál es su servicio razonable. Y no os conforméis a este siglo, sino transformaos mediante la renovación de vuestra mente, para que comprobéis cuál sea la buena, agradable y perfecta voluntad de Dios”.

Jesús mismo nos hizo un poderoso llamamiento (de hecho, una declaración ineludible sobre este asunto) en Mateo 16:24. “Entonces dijo Jesús a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame”. El hombre no sólo debe separarse de las cosas y actividades, sino también de su antiguo yo; y debe tomar su cruz y seguir a Cristo. Este es el colmo de la santificación.

Debemos salir y estar separados. Debemos dejar de ser conformados a este mundo, presentar nuestros cuerpos en sacrificio vivo y ser transformados a la imagen de Cristo. La orden es clara. Santificaos.

Hay una gran promesa dada a aquellos que serán obedientes a este mandato, pero sólo a ellos. "Porque mañana el Señor hará maravillas entre vosotros" (Josué 3:5).

Dedicación

La necesidad de la santificación residía en varias cosas. Primero, el Señor les pediría a esas personas al día siguiente que hicieran algunas cosas que Él sólo podía hacer con personas separadas y dedicadas. Las personas no dedicadas y no santificadas se habrían reído en la cara de Dios,

Iba a pedirles que hicieran lo que parecía una cosa sumamente tonta. El río Jordán estaba en su etapa de crecida, se extendía por todo el valle y corría locamente hacia el Mar Muerto. Y el Señor les pidió que marcharan hacia aquellas aguas crecientes del Jordán.

Por medio de Josué dijo al pueblo:

He aquí, el arca del pacto del Señor de toda la tierra pasa delante de vosotros al Jordán . . . . Y sucederá que cuando las plantas de los pies de los sacerdotes que llevan el arca de Jehová, Señor de toda la tierra, reposen en las aguas del Jordán, las aguas del Jordán serán cortadas. de las aguas que descienden de lo alto; y estarán sobre un montón (3:11-18).

A una persona no santificada esto le habría parecido una cosa tonta y peligrosa, pero el pueblo vio a Dios obrar. “Y cuando los que llevaban el arca llegaron al Jordán, y los pies de los sacerdotes que llevaban el arca fueron sumergidos en el borde del agua, . . . que las aguas. . . Adán se puso de pie y se levantó sobre un montón de piedras, muy

lejos de la ciudad" (vv. 15,16). Josué dijo: “En esto sabréis que el Dios vivo está entre vosotros, y que sin falta os echará de delante de vosotros [tus enemigos] (v. 10).

Dios debía tener personas santificadas, porque les iba a pedir que hicieran otras cosas que al mundo le parecerían sumamente tontas. Iba a pedir al ejército de Israel que marchara diariamente en silencio alrededor de Jericó, y al séptimo día debían marchar alrededor de la ciudad siete veces. Luego, a la orden de Josué de tocar las trompetas y gritar con gran grito, los muros de Jericó caerían.

"¿Quién sino el pueblo santificado creería tal maniobra? Podría ser provechoso para nosotros considerar lo que pasaba por las mentes de la gente detrás de los muros de Jericó al ver la marcha diaria de este ejército israelita. Ningún ruido, ninguna arma en acción, sólo la marcha constante, marcha, marcha. ¡Debieron haber pensado que Israel estaba loco!

Entonces Dios les pidió que destruyeran Jericó por completo. La gente, el oro, la plata, todo debía ser destruido. Las personas no santificadas no habrían obedecido este mandato. Habrían estado saqueando toda la ciudad en busca de todo lo que tuviera valor. Un hombre desobedeció; su nombre era Acán . Pero lo maravilloso no es que un hombre desobedeciera, sino que tantos obedecieran y fueran fieles.

Las personas no santificadas olvidarían que el Señor lo hizo. Eso era cierto entonces y lo es ahora. Muchas veces Dios usa a los hombres para lograr grandes cosas, y cuando las cosas han sido hechas, buscan alabanza y gloria para sí mismos. Al hacerlo, destruyen su poder y su utilidad. La alabanza y la gloria pertenecen a Dios, y cuando los hombres saben esto y se lo dan, él a su vez les da su poder y pone su gloria sobre sus hombres.

Debido a que Dios iba a pedir a los hombres que hicieran cosas que eran humanamente imposibles, y en la sabiduría de hombres sumamente tontos, debía tener hombres que fueran tan santificados, tan separados de la dependencia de las cosas mundanas, tan dedicados a Dios y sus caminos que podría obrar su poderosa voluntad.

Vivimos en un mundo de liderazgo agresivo y poderoso. Los hombres están enamorados, incluso en el mundo religioso, de las grandes organizaciones. Los líderes humanos ocupan el escenario. Dios desaparece de la visión común. Esto es cierto a nivel local y denominacional. Nuestras iglesias están infectadas con el virus de la grandeza del hombre y de la gran organización del hombre. La promoción está a la orden del día. Cantamos las alabanzas de nuestros líderes; ampliar los informes estadísticos; exaltar el número de nuestros miembros; anunciar la gran asistencia, el tamaño de nuestros edificios, la magnitud de nuestros presupuestos. Dios desaparece del cuadro.

Que Dios nos llame nuevamente al espíritu de su joven siervo David. David debe haber sido un joven gigante. Cuando buscaron una armadura para él, le pusieron la armadura del hombre más grande del ejército, el rey Saúl. Pero él no estaba acostumbrado a

esas cosas. Su experiencia había sido con la honda y las piedras, y con ellas podía arrancarle el ojo a un gorrión a seis metros de distancia. Era como los setecientos benjamitas de Jueces de quienes se decía: “Había setecientos benjamitas , zurdos, que podían tirar la piedra al pelo y no fallar” (cf. 20:16). David era francotirador con su honda y su piedra; pero David no se jactaba de su habilidad. Cuando Saúl cuestionó su capacidad para enfrentarse a Goliat, David le dijo al rey Saúl:

Tu siervo apacentaba las ovejas de su padre, y vino un león y un oso, y tomaron un ejemplar del rebaño; y yo salí tras él, y lo herí, y lo saqué de su boca; y cuando se levantó contra él, yo, lo agarré por la barba, lo golpeé y lo maté. Tu siervo mató al león y al oso; y este filisteo incircunciso será como uno de ellos, pues ha desafiado a los ejércitos del Dios viviente. David dijo además: Jehová, que me libró de las garras del león y de las garras del oso, él me librará de la mano de este filisteo (1 Sam. 17:34-37).

Entonces dijo David a [Goliat] : . Vengo a ti en el nombre del Señor de los ejércitos, el Dios de los ejércitos de Israel, a quien tú has desafiado. Hoy el Señor te entregará en mis manos; . . . para que toda la tierra sepa que hay Dios en Israel. Y sabrá toda esta asamblea que Jehová no salva con espada ni pe, porque de Jehová es la batalla, y él os entregará en nuestras manos (vv. 45-47).

"Hay muchas ilustraciones en el Antiguo Testamento de cómo los hombres creían que el Señor haría la obra; no el hombre, sino el Señor haría la obra. Esta idea de que el Señor hace la obra fue bien expresada por el apóstol Pablo: "Él lo que obró en Pedro para la circuncisión, obró también en mí para los gentiles” (cf. Gál. 2:8). “Porque Dios es el que en vosotros produce tanto el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Fil. 2:13).

¿Somos adoradores de los hombres o de Dios? ¿Creemos más en la voluntad y el poder de los hombres para realizar la obra de Dios que en el poder y la voluntad de Dios de trabajar con los hombres y a través de ellos, para que Dios sea glorificado?

Para realizar su obra el Señor debe haber santificado al pueblo. Deben ser personas santificadas en el sentido de que están dedicadas a leer la Biblia, creer en la Biblia y practicarla; que se dediquen a la oración y al reconocimiento de que el Espíritu Santo, y sólo él, puede hacer la obra de Dios y que debemos confiar en él. ¡Santificaos! ¡Separaos, salid de en medio de ellos y apartaos! Quitad todo peso, dejad a un lado el pecado y no os conforméis a este mundo.

Presentad vuestros cuerpos. Corre con firmeza la carrera que tienes por delante. Ser transformado. Perfecta santidad en el temor de Dios. Sí, ore, lea su Biblia, sea testigo de la gracia salvadora del Señor, haga de la asistencia a cada servicio su meta. Este es el menor servicio que podemos prestar para la gloria de Dios. Esforcémonos juntos poderosamente por la gloria de Dios y la revelación de Jesús. Hagamos que la canción sea verdadera no sólo en el canto sino en la práctica.

Toma mi vida y déjala ser.

Consagrado, Señor, a Ti;

Toma mis manos y déjalas moverse

Por el impulso de tu amor. Frances R. Havergal .

11. La herejía fatal

En el primer capítulo del libro de Apocalipsis, Juan describe su visión. Él dice: "Vi siete candeleros de oro, y en medio de los siete candeleros uno semejante al Hijo del Hombre... Y tenía en su mano derecha siete

estrellas... Las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias; y los siete candeleros son las siete iglesias” (vv. 12-20).

Juan dirige sus palabras a la iglesia de Efeso a través de su mensajero, el “ángel”: el que tiene las siete estrellas en su mano derecha también camina en medio de los siete candeleros de oro, y está entre las iglesias, Jesús dice: “Yo saber." A esta iglesia en Éfeso le dice: “Conozco tus obras”. Sin duda habían organizado las donaciones; habían organizado la atención a los pobres; eran muy evangelizadores y debieron tener un espíritu misionero, porque el evangelio salió desde Éfeso a toda la provincia de Asia.

Cuando Jesús dijo: “Lo sé. . . tu trabajo" (Apocalipsis 2:2), se refería no sólo a sus actividades sino al dinamismo de su energía y profunda preocupación. Dijo: "Conozco tu paciencia", y aquí paciencia significa firmeza. Él conocía su perseverancia.

Además, dijo: “Lo sé. .. no puedes soportar a los hombres malos”, ni en la comunidad ni en la vida de iglesia. Esto implicaría que no hubo vacilación por parte de esta iglesia en disciplinar a los miembros desobedientes.

Aquí había una iglesia capaz de ser verdaderamente grande. Exteriormente todo fue de lo mejor. Era un lugar de actividad, una iglesia de trabajadores. Era una iglesia que tenía excelentes cualidades de permanencia. Era intolerante con los hombres malvados. Era una iglesia ortodoxa, correcta en sus doctrinas y una ferviente defensora de la fe. Todas estas cosas el Señor las recomienda con gracia y de todo corazón.

Pero aquel que camina en medio de sus iglesias y cuyos ojos son como llama de fuego detecta otra clase de herejía, la más fatal de todas las herejías. Él le dice a esta iglesia: "Pero tengo algo contra ti, porque has dejado tu primer amor" (v. 4). Hay un celo ardiente, hay una actividad incesante; y a los ojos de la comunidad y de la iglesia misma, no se podía desear nada más. Pero a los ojos del que camina en medio de las iglesias, sus corazones se habían vuelto fríos hacia él. Con sus labios, con sus manos, con sus pies y con su cerebro todavía llevaban a cabo la obra de una iglesia, pero sus corazones no estaban en ella. Como Jesús citó a Isaías: "Este pueblo... con sus labios me honra , pero su corazón está lejos de mí" (Mateo 15:8).

Ésta es la herejía fatal. Nada destruirá más rápidamente una iglesia y su poder en una comunidad y en el mundo que perder su primer amor.

Primer amor

Hay hombres y mujeres que trabajan para su iglesia como esclavos, que no tienen ningún amor particular por Jesucristo. Hay hombres y mujeres que luchan por la ortodoxia o por la neoortodoxia como soldados enloquecidos, pero falta el amor al Señor Jesucristo. Yo digo que esta es la herejía fatal.

¿Qué lugar le dio el Señor Jesucristo a esta gran calidad de vida y carácter, esto que llamamos amor? Habló claramente para que nadie dejara de entender lo que él pensaba que debía ser lo primero en sus vidas.

El escriba le preguntó: ¿cuál es el primer mandamiento? Y Jesús respondió: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo” (Lucas 10:27).

En otro pasaje Jesús exaltó el amor cuando dijo: “Oísteis que se dijo: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen” (Mateo 5:43-44). nueva enseñanza y difícil de recibir para el pueblo judío. No lo es menos ahora.

Después de lavar los pies de los discípulos, Jesús les dijo: “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos por los otros” (Juan 13:34-35).

Dios manifestó su amor por el mundo en el don de su “Hijo unigénito”, y no hay duda de que Jesús también puso en alto el amor. Quizás lo más alto de todo fue el amor que pedía a sus discípulos. En el libro de Juan Jesús dice:

Si me amáis, guardad mis mandamientos.

El que tiene mis mandamientos y los guarda , ése es el que me ama; y el que me ama, será amado de mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él.

El que me ama , mis palabras guardará; y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos morada con él (14:15, 21, 23).

Como el Padre me amó, así también yo os he amado: permanecéis en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor.

Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros como yo os he amado (15:9-10, 12).

A la iglesia de Efeso le dijo: “Habéis dejado vuestro primer amor”. ¿Necesitamos hacer un misterio de lo que es el primer amor? ¿No es el primer amor el amor que es primero en la vida de un hombre? ¿Y no es el primer amor? para cada cristiano este

afecto cálido, tierno y vivo por Jesucristo, nuestro Salvador y Señor. ¿Es el amor que pone a Jesús en primer lugar en todo, que lo reconoce como aquel que sufrió y murió por nuestros pecados, que resucitó de entre los muertos? , que está a la diestra de Dios, que viene de nuevo y a quien amamos entrañablemente.

¡Es este primer amor, este afecto resplandeciente de todo el ser, lo que le importa a Jesús, nuestro Salvador y Señor! Su ausencia es la herejía suprema y mortal.

El apóstol Pablo, escribiendo a la iglesia de Filipos, les dice que siente gran gozo al orar por ellos. Les dice que los tiene en su corazón y que los añora mucho en las tiernas misericordias de Jesucristo. Y luego dice: "Y esto es lo que oro: que vuestro amor abunde aún más y más en conocimiento y en todo juicio; Para que aprobéis las cosas excelentes; para que seáis sinceros y sin ofensa hasta el día de Cristo; siendo llenos de frutos de justicia" (1:9-11).

Y les dice a los efesios que ora por ellos para que Dios les conceda fuerza con poder por su Espíritu, para que puedan estar arraigados y cimentados en el amor, y así puedan comprender la anchura, la longitud, la profundidad y la altura y "conocer el amor de Cristo que sobrepasa todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios" (cf. 3,14-17).

Basado en el amor

En estos versículos se hace claramente evidente por qué el amor es de primordial importancia y por qué el amor debe ser lo primero en la vida cristiana. Cuando este amor está presente en un hombre en plenitud, es capaz de discernir las cosas que son excelentes y conocer la diferencia entre lo que es bueno, lo mejor y lo mejor. Podrá ser sincero y no ser más tropezadero, y será lleno de los frutos de justicia que son por Jesucristo.

En esta carta a la iglesia de Efeso, Pablo ora para que sean "arraigados y cimentados en el amor". Esta es una figura retórica notable. El amor es el terreno, el suelo en el que debe echar raíces el árbol del carácter, y de ese rico suelo del amor crece y da frutos el árbol del carácter cristiano.

En 1 Corintios 13 Pablo establece la primacía del amor en todo. El servicio sin amor es inútil. El carácter sin él no es nada. Dar, incluso hasta hacer de nuestro cuerpo la ofrenda para ser quemada, sin amor no logra nada para nosotros.

La Versión Estándar Revisada (vv. 4-7) describe el amor en estos términos: "El amor es paciente y bondadoso; el amor no es celoso ni jactancioso; no es arrogante ni grosero. El amor no insiste en su propio camino; no está irritable ni resentido; no se alegra del mal, sino que se alegra del bien. El amor todo lo soporta, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta".

Entonces, el amor es la fuerza inspiradora, motivadora y convincente dentro del cristiano que lo convierte en un servidor y testigo eficaz de Jesucristo. Sin este amor puede realizar todos los movimientos, pero no logra nada.

me amáis, guardaréis mis mandamientos". El amor entonces se ocupa del asunto de la oración. Si amamos a una persona, deseamos enormemente tener compañerismo y comunicación con ella, y hacemos todo lo posible para establecer dicha relación. Amando a Cristo, queremos hablar con él y oírle hablar con nosotros. El amor se ocupa del asunto de la oración, y la ausencia de oración indicaría ausencia de amor.

Si amamos a Dios leeremos su Palabra. Si estoy fuera de casa y recibo una carta de alguien a quien amo, quiero leer esa carta no una, sino varias veces. La Biblia es de Dios.

carta de amor; es su voluntad expresada para nosotros. Es la manifestación del amor de Dios y queremos leerlo. El amor por el Señor se ocupa de la lectura de la Biblia, y si hay poca lectura de la Biblia, es prueba de que hay poco amor.

Cuando hay amor por el Señor, la asistencia a la iglesia se vuelve fácil. Tenemos la promesa del Señor de que “donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio” (Mateo 18:20). Aunque él siempre está con nosotros individualmente, de manera especial también está caminando en medio del pueblo; y porque lo amamos, allí también estaremos. No estar allí es manifestar el hecho de que hay poco o ningún amor por el Salvador .

La mayordomía se convierte en una cuestión de cumplir los requisitos de este amor del Señor. Si la mayordomía cristiana, demostrada por el diezmo, es una indicación de amor en los corazones de la gente de la iglesia de Dios, debe haber muy poco amor en las iglesias. La verdadera mayordomía cristiana ofrecería una décima parte como mínimo, y su máximo no conocería límites superiores excepto el amor de Dios.

El amor inspira el testimonio personal. Si amamos al Señor Jesucristo, querremos hablar a los demás de éste que es el centro de nuestro afecto y que nos inspira con su presencia.

Nuestro carácter quedará inundado de este amor del Señor Jesucristo, y otros encontrarán que nos volvemos cada vez más parecidos a aquel a quien amamos. Nuestro seguimiento de Cristo será estimulado y fortalecido a medida que aumente nuestro amor por él.

En la segunda carta a los Corintios el apóstol Pablo dice que el amor de Cristo nos constriñe. Nos limita en todo lo que somos y en todo lo que hacemos.

Este amor es fruto de la presencia del Espíritu Santo dentro de nosotros. Florece cuando abrimos nuestro corazón al Espíritu del Señor para recibirlo. Puede volverse más inteligente y poderoso a medida que lo demostremos en acción. También podemos ayudar a aumentar este amor.

en otros, si hacemos lo que Pablo hizo con los filipenses: orar para que su amor abunde.

Jesús dijo que por este amor que tenéis los unos por los otros sabrán todos que sois mis discípulos. Un día de la manifestación de este amor, los unos por los otros, en Cristo hará más para que los hombres comprendan el amor de Dios que todos nuestros desamor. actos y sermones. El amor es la marca del cristiano. Se dice que los romanos decían de los cristianos: "Mirad cómo estos cristianos se aman unos a otros".

La tragedia del amor perdido

La pérdida o ausencia del amor cristiano crea infidelidad, trae error y produce mundanalidad en la vida del pueblo de Dios. Continúa destruyendo no sólo a quien lo ha perdido sino a otros que se ven afectados por su pérdida. La ausencia de este amor significa poco o ningún poder en la iglesia. Los servicios de adoración estarán muertos. La predicación de la verdad caerá sobre los corazones fríos. La enseñanza de la Palabra en las clases de Escuela Dominical no tendrá ningún efecto transformador.

Su ausencia significa una pérdida del celo misionero. Significa anteponer el trabajo local al llamado misionero mundial. Significa la pérdida de apoyo activo, financiero y de otro tipo, al esfuerzo de llevar el evangelio por todo el mundo. Sólo hay un motivo verdadero y eficaz para todo esfuerzo misionero, y es el amor de Cristo. Jesús dijo: "Si me amáis, guardad mis mandamientos" (Juan 14:15). Él nos ordenó con su autoridad y poder ir por todo el mundo y predicar el evangelio. Si lo amamos, iremos.

Es una cruda tragedia amar a la iglesia y su obra y no amar a Jesús. Las personas pueden sentirse atraídas por ser miembros de organizaciones porque se sienten solas. Se les puede inducir a dar desde un sentido de altruismo y de compartir. Pueden estar interesados en misiones por motivos humanitarios. Pueden ser defensores de las doctrinas, incluso trabajar con hombres perdidos y no tener un amor personal por Jesucristo. Esto es realmente una tragedia.

Nuestras iglesias hoy en día se parecen mucho a la iglesia de Éfeso. Nosotros trabajamos; Defendemos las doctrinas del Nuevo Testamento con vigor y lealtad. Pero, ¿tenemos este gran amor desbordante que hace que una iglesia sea eficaz? Nuestras iglesias están organizadas eficientemente. Son más ricos que nunca. Nunca han promovido la evangelización con más intensidad, mejor organización ni más planes que en esta hora. El Señor conoce bien nuestras obras. ¿Encuentra un amor en nuestros corazones que lo ponga en primer lugar en nuestro afecto, nos haga sensibles a su voluntad y motive un testimonio eficaz de su causa?

¿Has perdido este primer amor? ¿Cómo lo recuperarás?

Primero, recuerde a Jesucristo. Acordaos de cómo vivió entre nosotros sin pecado, sin mancha; sensible a la maldad y el daño del mundo; sufriendo, sangrando, muriendo

por todos nosotros. Fija tu mente en estos hechos hasta que veas el amor de Dios brotando y llegando a tu propio corazón.

Arrepiéntete del desamor que hay dentro de ti. Reconoce que no lo amas y ora para que te perdone, y lo hará.

Entonces entrégate al Espíritu Santo que te llenará de amor.

12. Los que esperan en el Señor

Hace muchos años conocí a una excelente pareja de estudiantes que habían trabajado juntos en la obra estudiantil bautista. A menudo se habían reunido para orar. La suya era una verdadera amistad.

En su último año su amistad se convirtió en amor y el amor en compromiso. Todos sus amigos estaban contentos y regocijados con ellos. Parecían estar tan bien preparados el uno para el otro y para la obra del Señor que sólo les esperaba un gran gozo.

Pero aproximadamente un mes antes de graduarse, la joven quedó poseída por la convicción de que no amaba a este joven. Admitió que lo admiraba, lo respetaba y lo honraba, pero declaró que no lo amaba. Ella no se mostró fría ni indiferente en estas palabras, sino tierna y amable. Para él, el mundo entero se volvió negro. Clamó al Señor para que entendiera por qué había sucedido tal cosa. ¿No habían orado en cada paso del camino? ¿No habían buscado la dirección del Señor? Y cuando finalmente se comprometieron, ¿no creyeron que eso también era del Señor?

El año universitario llegó a su fin y, con estas cosas en mente, el joven y la joven regresaron a sus casas en extremos opuestos del estado.

Llegó agosto y con él la Asamblea Bautista en Falls Creck . Cada uno de ellos vino y se quedó en nuestras cabañas. Hablaron mucho entre ellos y con su pastor. Buscaron a nuestro pastor y cada uno habló con él en privado. La joven no había cambiado, al igual que el joven. Todavía clamaba por luz y comprensión de por qué tenía que ocurrir algo así.

Un día, mientras hablaba con su pastor, su pastor le dijo: " Dices que has orado en cada paso del camino y sientes que el Señor respondió tus oraciones. ¿Encontraste una promesa en el Libro de Dios?" Él respondió: "No". Siguiendo el consejo de su pastor, tomó su Biblia y se fue al bosque. Pasaron dos o tres horas y cuando regresó su rostro estaba en paz y también su corazón. Había encontrado un versículo que le daba consuelo. Era el Salmo 27:14: "Espera en el Señor; anímate, y él fortalecerá tu corazón; espera, digo, en el Señor".

Ese día creyó que el Señor le estaba diciendo: "Si esperas un poco, solucionaré todo esto y su corazón estará hacia ti una vez más". Esa noche tomó su ropa y regresó a casa.

Iba a la escuela de medicina en enero y le faltaban cinco meses para salir de casa. Se entregó con total abandono a la obra de su iglesia. Inmediatamente fue nombrado superintendente general de la Escuela Dominical y bajo su dirección la obra creció vigorosamente.

Aproximadamente un mes después de llegar a casa, me escribió una carta que decía: "Predicador, he descubierto lo que significa esperar en el Señor. Significa atenderlo como un siervo sirve a su amo". Con ese significado en mente, ingresó a la escuela de medicina. Después de varios años, cuando terminó su pasantía, se casó con una joven maravillosa que ha sido su compañera en todo. y una gran bendición para el reino de Dios a través de estos muchos años.

Esperando y sirviendo

El joven tenía razón en su comprensión en ambas direcciones. Primero, esperar en el Señor significa esperar que él haga su voluntad. En segundo lugar, tenía razón al entender que esperar en el Señor significa servir al Señor como un siervo espera a su amo. La Versión Autorizada al traducir estas frases usa la palabra "en", es decir, espera en el Señor. En algunos casos habla de "los que esperan en el Señor"; pero versiones posteriores hablan de esta manera: "espera en el Señor". ¿No tienen razón ambos? Cuando uno espera al Señor en el servicio, debe esperar al Señor en muchas cosas. Espera su nombramiento y poder, luego sale y espera que él haga su voluntad.

Hay muchos versículos que exponen esta gran verdad de esperar en o para el Señor. En el Salmo 27, David comienza con un tono de triunfo y victoria. No hay nadie que pueda hacerle temer porque el Señor es la fortaleza de su vida. Sus enemigos tropiezan y caen. No hay un anfitrión lo suficientemente grande como para causarle miedo. Incluso en la guerra tiene confianza. Una cosa desea: estar con el Señor todos los días de su vida. El Señor está con él en tiempos de dificultad, y David sale victorioso. Pero una nube parece interponerse entre él y el Señor en el versículo 7. Su fe parece mantenerse fuerte en expresiones como: "Cuando mi padre y mi madre me abandonen, el Señor me recogerá" (v. 10). Alaba a Dios por la liberación y dice: "Me habría desmayado, si no hubiera creído que vería la bondad del Señor en la tierra de los vivientes" (v. 13). Luego viene la palabra de Dios en el versículo 14: "Espera". el Señor; ten ánimo, y él fortalecerá tu corazón; espera, digo, en el Señor".

El Salmo 40 comienza con estas palabras: "Pacientemente esperé en Jehová, y él se inclinó hacia mí y escuchó mi clamor". El Salmo 87:7 exhorta: "Descansa en Jehová, y espéralo con paciencia; no te impacientes por el que prospera en su camino, por el hombre que realiza maquinaciones malvadas".

La mayoría de las declaraciones, espera en el Señor, se encuentran en los Salmos, especialmente las que provienen de la pluma de David. Salmo 62:1-5 dice: "Verdaderamente en Dios espera mi alma ; de él viene mi salvación ... Alma mía, sólo

en Dios espera, porque de él es mi esperanza". David es la mejor ilustración de esperar en el Señor y por el Señor.

Fue ungido para ser rey de Israel en una Edad temprana , probablemente alrededor de los veinte años. Inmediatamente participó activamente en los asuntos del gobierno y se convirtió en general del ejército. Fue degradado porque el pueblo lo alababa más que a Saúl. Finalmente, para salvar su vida huyó. Varias veces Saúl salió tras él con una gran fuerza armada.

Una noche Saúl y sus hombres acamparon a la entrada de una cueva. Más atrás en la cueva estaban David y algunos de sus hombres. Durante la noche salió con uno de sus hombres a donde dormía Saúl.

"Entonces dijo Abisai a David: Dios ha entregado hoy a tu enemigo en tus manos; ahora, pues, te ruego que te permita herirlo con la lanza hasta la tierra de una vez. Y David dijo a Abisai: No lo destruyas , porque ¿Quién podrá extender su mano contra el ungido del Señor y ser inocente? David dijo además: Vive el Señor, que el Señor lo herirá; o llegará su día de morir, o descenderá a la batalla y perecerá. no permitas que extienda mi mano contra el ungido del Señor” (1 Samuel 26:8-11).

Muchos de los que han sido ungidos reyes han instigado la rebelión y derrocado el gobierno, estableciéndose; pero David esperó en el Señor.

Incluso después de la muerte de Saúl y después de que Judá lo había ungido rey, se contentó con esperar en el Señor para que Israel lo hiciera rey sobre toda la nación.

Otro pasaje elegido es Isaías 40:28-31. Isaías habla del poder y la fortaleza del Creador. Describe su poder inagotable y su total incapacidad para cansarse. Declara que el Señor da fuerza al cansado, y a los que no tienen fuerzas les da fuerza. Luego dice que incluso los que son fuertes (los jóvenes) “desmayarán y se cansarán, y los jóvenes caerán por completo; Pero los que esperan en el Señor renovarán sus fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán y no se cansarán; y caminarán sin desmayarse”.

Estos versículos brindan un estímulo infinito a los hombres de fe finita. Estas palabras nos conectan con un poder que es ilimitado, eterno e inagotable; y cuando permanecemos en él y lo esperamos, su poder se convierte en nuestro poder.

Lo que esperamos

te muestre sus planes. Ésa no es la mentalidad característica del hombre. Pero es el estado de ánimo que todo cristiano debe cultivar. El hecho es que Dios tiene un plan. No lo impone a nadie, pero invita a todos a buscarlo. Su plan es mucho más grande, mucho más completo que cualquier cosa que podamos concebir, que a menos que cultivemos el esperar en él y por él, lo perderemos.

Su plan para sus hijos abarca todo lo que le concierne al hijo de Dios. No queda nada fuera. Abarca al niño personalmente; abarca a su familia y a todos los que la integran y todo lo que deben ser y hacer. Abarca su propio trabajo personal, cualquiera que sea su trabajo. Abarca su relación con su iglesia y el trabajo que debería estar haciendo allí.

“Mis tiempos están en tu mano”, dijo David (Salmo 31:15). Necesitamos ver cuál es el plan de Dios para nuestro carácter y para nuestras vidas.

Esperar al Señor significa esperar sus indicaciones. Si podemos poner misiles en órbita y guiarlos a planetas distantes

por radio, seguramente debemos creer que cuando Dios nos pone en su obra también puede guiarnos por su poder a través de su Espíritu. Esto no significa simplemente una orientación general extendida a lo largo de largos años. Significa guía momento a momento, día a día. Por lo tanto, esperamos en el Señor sus instrucciones.

Salmo 37:23 dice: “Los pasos del hombre bueno son ordenados por el Señor”. Esto no dice que el Señor ordena el largo viaje, aunque lo es; pero sí dice que cada paso del largo viaje está ordenado. por el Señor.

Alguien al escribir este versículo una vez dejó caer un error tipográfico y escribió: "Las paradas de un buen hombre son ordenadas por el Señor". Esto también es cierto, John Ruskin dijo: "No hay música en un silencio, pero sí está la haciendo música en él." Nuestras paradas así como nuestros pasos son ordenados por el Señor.

Espera en que el Señor te muestre su promesa o promesas. Muchas veces, cuando pensamos en un poco de trabajo o en una decisión que debemos tomar, sopesamos cada evidencia a favor y en contra; luego oramos y sentimos alguna respuesta en nuestra mente y corazón. Probablemente podríamos actuar en base a esa respuesta, pero podría ser un paso vacilante. Si esperamos en oración, Dios puede poner un versículo de las Escrituras en nuestros corazones que confirme la respuesta. A eso lo llamamos promesa. No es que estemos tratando de persuadir a Dios para que haga lo que queremos, sino que Dios se está esforzando por revelarnos lo que quiere; y con sus palabras confirma nuestra decisión. Espere, pues, su promesa.

Espera su poder. Esta fue la palabra de Jesús a sus discípulos justo antes de ascender al Padre: Les dijo: “Quedaos en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto” (Lucas 24:49), en Hechos 1. :4 ordenó “que no se aparten de Jerusalén, sino que esperen la promesa del Padre, la cual, dice él, habéis oído de mí”.

Dios habló una palabra de poder a través de Zacarías a Zorobabel, el gobernador de Jerusalén, y la palabra que Dios habló entonces todavía nos habla a nosotros. “Ésta es la palabra del Señor para

Zorobabel, diciendo: No con ejército, ni con fuerza, sino con mi espíritu, dice Jehová de los ejércitos” (Zacarías 4:6).

Esperar que el Señor nos dé poder es nuestra manera de reconocerle al Señor que sin él no tenemos poder, y él honra ese tipo de espera.

Esperamos que el Señor cumpla su palabra, y esto dice que lo hará. Dios le dijo a Ezequiel: "Diles, pues: Así dice el Señor Dios: Ninguna de mis palabras se prolongará más, sino que la palabra que he hablado se cumplirá, dice el Señor Dios" (Ezequiel 12:28).). Estas palabras ciertamente fortalecen nuestra vida espiritual.

Cómo esperar

Debemos esperar pacientemente. El salmista escribió: "Descansa en el Señor y espéralo con paciencia. No te inquietes" (Salmo 37:7). La palabra "pacientemente" parece expresar cualidades inherentes a las expresiones "descansa" y "no te inquietes". Descansa en el Señor y no te inquietes. Este mandamiento es quizás uno de los aspectos más difíciles de esperar en el Señor. Somos tan impacientes que presionamos al Señor para que actúe cuando él quiere que esperemos, pero algunas cosas necesitan tiempo para crecer; y desarrollarse.

Un ejemplo sorprendente de paciencia se encuentra en la experiencia de Abraham. Dios le prometió un hijo con Sara. Pasaron diez años, quince años, y no fue hasta el final de veinticinco años que esta promesa se cumplió. Veinticinco años Abraham esperó pacientemente al Señor.

Debemos esperar fielmente, firmemente y no rendirnos. Dios también honra este tipo de espera.

"Esperad con valentía. Quien dice que no hace falta valor para esperar ha hecho muy poco esperando. Necesitamos valentía ante la incredulidad de la gente que nos rodea. Nos miran con las cejas arqueadas, sin entender, y tal vez juzgándonos como si nos faltara el bien. sentido porque seguimos esperando que el Señor resuelva el problema.

Cuando esperamos con fe y confianza, el valor no es demasiado difícil. Pienso en las palabras de Pablo acerca de Abraham: “Y no siendo débil en la fe, no consideró muerto su propio cuerpo, cuando tenía como cien años, ni aún la esterilidad del vientre de Sara; no vaciló ante la promesa de Dios. a través de la incredulidad; pero se fortaleció en la fe, dando gloria a Dios; y estando plenamente convencido de que lo que había prometido, también era capaz de cumplirlo” (Ro. 4:19-21). Esto era esperar en fe.

Debemos esperar en obediencia. Los hijos de Dios son un poco cortos en este asunto de la obediencia. Resolvemos las cosas a nuestra manera, las solucionamos con nuestras propias fuerzas y luego nos preguntamos por qué tenemos problemas. Cuando Dios marca un camino sencillo, quiere que caminemos por ese camino sin cuestionar y sin desviarnos. El rey Saúl recorrió el amargo camino de la desobediencia y escuchó las severas palabras de Samuel que le decía: “¿Se complace Jehová tanto en los holocaustos y sacrificios como en obedecer la voz de Jehová? He aquí, obedecer es mejor que los sacrificios, y escuchar que la grasa de los carneros. Porque como pecado de brujería es la rebelión, y como iniquidad e idolatría la terquedad” (1 Sam. 15:22). La antigua canción dice: "Confía y obedece, porque no hay otra manera de ser feliz en Jesús, sino confiar y obedecer".

¡Espera firme en las promesas de Dios! Dios hace promesas a sus hijos. Ya sea una promesa que tiene un significado general o una que se le ha hecho específicamente a usted, debe cumplir esa promesa año tras año porque todas las promesas tienen un flujo continuo de bendiciones que fluyen de ellas. y a través de ellos. Espera en Dios y sus promesas.

Espera y trabaja mientras esperas. Dios hace una tarea pero no es una tarea aislada. Tiene sus conexiones antes y después. Comenzamos la tarea y debemos completarla. A veces nos preguntamos cuál será el siguiente paso, pero Dios no lo revela hasta que hayamos hecho lo que él ha hecho.

asignado. Envió a Elías a la corte de Acab para anunciar que no habría lluvia ni rocío en estos años excepto según la palabra de Elías. Entonces vino palabra de Jehová a Elías, diciendo: Vete de aquí al arroyo de Querit; allí he ordenado a los cuervos que os alimenten. Podréis beber del arroyo" (cf. 1 Reyes 17,3-5). Elías no supo adónde iba hasta que cumplió su misión con Acab. "Por lo tanto, trabajamos y esperamos, y la espera es recompensada con la revelación del siguiente paso cuando se complete el trabajo actual.

Esperamos con un espíritu de entrega a Dios. Esto se expresa bellamente para nosotros en el Salmo 32:8-9: "Yo te instruiré y te enseñaré el camino en que debes andar; con mis ojos te guiaré . No seáis como el caballo o como el mulo, que no tiene entendimiento, cuya boca debe estar cerrada con freno y freno, para que no se acerquen a ti".

Espere en oración y lectura de la Biblia. Éstas son la puerta y el camino por el cual Dios viene a nosotros para todo, y por el cual nosotros luego vamos a Él con todo. Con las manos y el corazón abiertos podemos recibir su mente, su voluntad, su poder, pero no hasta que hayamos llegado a él a través de su Palabra y su forma de oración señalada.

Espera en el Espíritu Santo. No quiero decir con esto que esperes una repentina irrupción de la presencia del Espíritu Santo. Creemos que las Escrituras enseñan que cuando fuimos salvos y nacimos de nuevo, el Espíritu Santo vino a hacer morada en nuestros corazones, por lo que esperamos en tranquilidad y confianza que él haga efectivas sus promesas. Él es nuestro consejero, nuestro guía y la fuente de nuestro poder; por tanto, esperad el Espíritu Santo.

Las recompensas de la espera

Debemos considerar algunas de las bendiciones que reciben aquellos que esperan en el Señor, o en el Señor, o por el Señor,

Primero renovarán sus fuerzas, y con esas fuerzas levantarán alas como las águilas; correrán y no se cansarán; (y el clímax) caminarán y no desmayarán.

Hay ocasiones en las que podemos remontarnos como águilas y correr con velocidad, pero éstas no son las formas habituales de progreso. La práctica de caminar expresa

quizás mejor que ninguna otra la vida cotidiana del hijo de Dios. Caminar es firme, continuo y nos lleva, quizás no rápidamente, pero sí al fin, a lo deseado. Esta es una gran bendición que viene para los que esperan en el Señor,

Otra bendición es el reconocimiento de que es Dios quien obra en nosotros tanto el querer como el hacer para su buena voluntad. Él nos inspira con sus ideas, y luego nos toma y realiza la tarea con nosotros y a través de nosotros, lo hace para su disfrute, “para su beneplácito”. Así, vemos a Dios usándonos, y esta es en verdad una bendición que llega sólo a aquellos que esperan en el Señor.

Se nos dice que los que esperan al Señor no serán avergonzados, No serán confundidos ni confundidos, Cuando el trabajo está hecho, no hay arrepentimientos y no hay deseo de intentar hacerlo de otra manera. Se nos ha asegurado que éste es el camino de Dios y descansamos en esa confianza. Otros no experimentan esta sensación de satisfacción profunda y duradera.

En el Salmo 40 hay un conjunto de estas bendiciones. Mirémoslos por un momento. David dice: “Esperé pacientemente Señor” (v. 1). La primera bendición es que Dios se inclinó hacia David y escuchó su clamor. Esta es una bendición más allá de toda descripción o evaluación, que el Dios eterno se inclina hacia nosotros, nos escucha, y escucha nuestro clamor Nuevamente, David dice: “ Me sacó también de un hoyo horrible, del lodo cenagoso” (v. 2). no necesariamente. Muchas veces los hijos de Dios se desvían después de su conversión, como lo hizo Pilgrim en Pilgrim's Progress, y encuentran.

ellos mismos en la arcilla cenagosa o en el Castillo de la Duda. "Él me sacó de un hoyo horrible".

David dijo que otra bendición fue que "puso mis pies sobre la roca y afirmó mis caminos" (v. 2). Dios lo mantuvo firme y nos mantiene firmes a nosotros.

Puso en boca de David un cántico nuevo, un cántico de gozo, un cántico de victoria, de alabanza a Dios. Estas son las bendiciones, tal como David nos las dio, que provienen de esperar en el Señor.

Pero todavía hay otra bendición y esta es la que nos da alegría y satisfacción más profunda. Cuando la gente ve lo que Dios ha hecho por nosotros porque esperamos en él, David dice: “Muchos lo verán y temerán y confiarán en Jehová” (v. 3). Por lo que ven en nosotros, se convencen del Señor y se vuelven y confían también en él.

Al esperar en el Señor, al esperar al Señor, crece en nuestros corazones la comprensión de su presencia permanente. Nos volvemos como aquellos que habitan en el lugar secreto del Altísimo y moran bajo la sombra del Todopoderoso. La comunión con Dios puede ser incesante si así lo deseamos en nuestro corazón. Caminando delante de él, lo estamos esperando. Él no nos falla, sino que obra su poderosa voluntad en nosotros, por nosotros y a través de nosotros, para su gloria para la continuidad de su reino.

13. Mis tiempos están en tus manos

El Salmo 31 parece ser un registro de una época de problemas en la vida del rey David. Comienza con una nota de confianza: "En ti, oh Señor, pongo mi confianza". Pero su declaración no lo libra de los sentimientos opresivos que lo invaden, y levanta la voz en oración. Suplica ayuda y luego le dice a Dios: "Tú eres mi roca y mi fortaleza" (v. 3). Y además: "Sácame de la red que me han tendido en secreto, porque tú eres mi fortaleza. En tus manos encomiendo mi espíritu: tú me has redimido, oh Señor Dios de verdad" (vv. 4-5).

Oscila entre una confianza confiada y un tipo de oración dudosa; pero llega con una base sólida y declara con valentía: "Pero en ti confié, oh Señor; Dije: Tú eres mi Dios. Mis tiempos están en tu mano" (vv. 14-15).

Todos nosotros experimentamos este ciclo de problemas y confianza. Nos sobrevienen problemas, nos sentimos desanimados y derrotados. Nuestro camino está oscurecido por nubes de duda. Clamamos al Señor en nuestros problemas. Oramos intermitentemente pero no confiadamente. Inesperadamente las nubes se rompen y un brillante rayo de luz cae sobre nosotros. En esa luz nos regocijamos por un momento; pero las nubes se cierran y nuevamente parece que perdemos nuestra alegría y nuestra confianza. Los problemas actuales parecen más reales que el Dios que parece estar lejos.

Pedro tuvo este tipo de experiencia una mañana temprano en el Mar de Galilea. Jesús vino caminando sobre el mar en la cuarta vigilia de la noche. Los discípulos lo vieron venir y gritaron de miedo. Pero él les dijo: "Soy yo; no temáis". Pedro dijo: "Señor, si eres tú, dime que vaya a ti sobre el agua. Y él dijo: Ven" (Mateo 14:28-29).

Pedro saltó al agua por la borda de la barca y caminó hacia Jesús, pero el registro dice que cuando vio el fuerte viento y las olas comenzó a hundirse. El viento y las olas eran más reales para Pedro que el Señor que le estaba dando poder para caminar sobre las aguas. Apartó los ojos. el Señor y continuó con sus problemas presentes y comenzó a hundirse.

Y nosotros también. Nos balanceamos hacia adelante y hacia atrás desde una fe confiada que da gozo y paz a la duda inquietante. Nuestra confianza se debilita, somos infelices y caminamos en las sombras. El Salmo 81 ilustra bien nuestra confusión. El capítulo es una mezcla de "Creo" y "Oh Señor, ayúdame". David recibió seguridad en su corazón, luego continuó orando y oró él mismo por fe.

Pero en los versículos 14 y 15 llegó a un lugar sólido y amplio donde se detuvo y dijo: "Pero yo confié en ti, oh Señor; dije: Tú eres mi Dios. Mis tiempos están en tu mano".

Un hecho que vale la pena conocer

"¡Mis tiempos están en tus manos!" Esto es un hecho. Un hecho es algo que tiene existencia real. Dios es un hecho; Soy un hecho. Que mis tiempos están en las manos

de Dios es un hecho, ya sea que me dé cuenta y lo experimente o no. Bienaventurado el hombre que descubre este hecho y vive en su realidad día a día.

Esta es una de las grandes enseñanzas de las Escrituras. Jesús impartió este gran pensamiento una y otra vez en su enseñanza y en su propia práctica.

Lo practicó en sus respuestas a Satanás en el momento de la tentación. Satanás lo desafió a usar su poder divino para sus propios fines; pero Jesús declaró su confianza en que Dios cuidaría de él. "No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios" (Mateo 4:4).

Lo declaró en sus enseñanzas cuando señaló al gorrión y dijo: "Y ni uno de ellos caerá a tierra sin vuestro Padre" (10:29). Nuevamente dijo: "Hasta los cabellos de vuestra cabeza son todos contados" (10:30). El Padre Celestial se preocupa por el menor interés de nuestras vidas.

Que "mis tiempos están en tu mano" es la realidad más sólida. Es una gran roca de verdad divina. Podemos encontrar un gran estímulo en su refugio, o podemos rompernos contra él. El hecho permanece impasible y las personas confiadas descubren su valor en cada experiencia de la vida. No es teoría excepto para los teorizadores. Para los hombres que caminan con Dios, ningún hecho es más sustancial y sólido. Pase lo que pase, mis tiempos están en manos de Dios. Sé que esto es un hecho. Dios es digno de confianza y digno de confianza; Me comprometo con sus caminos y descubro que él ha estado defendiendo mis caminos todo el tiempo.

Permítanme ilustrar desde mi experiencia personal: En el verano de 1925 nuestra iglesia excluyó a un hombre por herejía e inmoralidad. Este hombre vino a la iglesia y desafiantemente exigió que lo restauráramos en el compañerismo y le concediéramos una carta. Nos negamos a hacer esto. Ya había hecho esto con una iglesia. Le habían dado una carta y en esa carta se había unido a nuestra iglesia.

Cuando la iglesia rechazó su solicitud, amenazó con demandar a la iglesia. Personalmente, no pensé que crearía una situación que no pudiéramos manejar, así que mantuve la calma. Varias veces llamó y amenazó.

Entonces recibí una fuerte sacudida. Una tarde llegué a casa y mi esposa me preguntó: "¿Has visto el periódico de la tarde?". No había; ella me lo entregó. En la parte superior de la portada, con titulares negros, estaban estas palabras: "Pastor bautista demandado por 50.000 dólares". Ahora este era un asunto totalmente diferente. Me estaban demandando a mí y no a la iglesia. Estaba conmocionado y asustado y recurrí a la Señor con fuertes llantos y tal vez algunas lágrimas. Después de tres días de oración mientras realizaba mi trabajo, Dios puso su palabra en mi corazón. Había memorizado un versículo el día de mi octavo cumpleaños. Ahora el Señor hizo de esta mi torre fuerte. Fue la palabra del Señor en Josué 1:5: "Nadie podrá hacerte frente en todos los días de tu vida; como estuve con Moisés, así estaré contigo; no fallaré. ni te desampararé." Por este pasaje Dios me dio paz. Luego envió dos excelentes abogados

(uno miembro de mi iglesia, el otro a quien más tarde tuve el privilegio de guiar al Señor y a nuestra iglesia). nos pusimos en manos del Señor y Dios nos dio la victoria.

Si no hacemos esto, continuaremos en angustia y agonía. Dios nos hablaría y nos sostendría si se lo permitiéramos.

Entonces, digo que este es un hecho que se vuelve real para nosotros cuando ejercitamos la fe en Dios. La fe en Dios puede definirse simplemente como “tomar la palabra de Dios”. En otras palabras, debemos descansar en cualquier cosa que Dios hable a nuestros corazones a partir de las Escrituras. No tenemos otra base de fe. Puedes mirar las estrellas y creer que hay un Creador, pero no tienes nada en qué apoyarte para creer así. Puedes mirar un tornado y creer en la fuerza y el poder del Creador, pero aun así no tienes una fe que te sostenga y te ayude. Pero, cuando te sientas con el corazón abierto y escuchas la palabra de Dios: “El Señor es mi pastor; nada me falta”, tienes algo de Dios y comienzas a ejercer fe en Dios a través de lo que él ha dicho.

Ahora bien, este hecho: “Mis tiempos están en tu mano” es conocido por todo aquel que ejerce fe en Dios. Este hecho opera en los mundos espiritual y material, y la experiencia demuestra su validez.

Hemos oído decir: "Ver para creer", y si eso es cierto en algún lugar, es en el reconocimiento y aceptación de esta declaración divina: "Mis tiempos están en tu mano".

Por todas partes encontramos personas que prueban por sus obras y su carácter la verdad de esta gloriosa declaración. Manifiestan corazones llenos de paz. A su alrededor hay una atmósfera alegre y radiante. Nos impresionan con un sentido de Dios.

En Mateo 6:19-33 Jesús dice francamente: no hagas tesoros en esta tierra; Haz del cielo tu banco, no tengas doble ojo, ojo para el reino de Dios y ojo para el dinero, no funcionará. Lo que parece luz resultará ser oscuridad. No se puede servir a Dios y al dinero. Luego dice, no te preocupes por lo que vistes ni por lo que bebes. No te preocupes por la comida; Dios cuida de los pájaros, Dios viste a los lirios. Busca primero su reino y su justicia y todo te será provisto.

Este es el significado de la declaración: "Mis tiempos están en tu mano". Jesús declaró que Dios es un buen Padre, mejor que el mejor padre terrenal; y, creyendo en Dios y en su bendito Hijo, decimos amén a lo que Jesús ha dicho:

Por lo tanto , esta enseñanza, “Mis tiempos están en tu mano”, es un hecho que todo hijo de Dios debe reconocer, creer, recibir, vivir, vivir y experimentar al máximo.

Fe y hecho

En relación con este hecho, no se puede dejar de enfatizar la fe. No asociamos los hechos con la fe tanto como deberíamos, pero cada uno de nosotros es un hecho; y todos los días manifestamos nuestra fe unos en otros. Esta manifestación de fe prueba que basamos la fe en los hechos y debemos hacerlo. Esta cuestión de que nuestro tiempo esté en manos de Dios es un "hecho de fe".

Todo verdadero creyente está de acuerdo en que este es un hecho permanente. Si es un hecho, es verdad. Pero no todo creyente descansa en este hecho, ni en Dios, el autor del mismo.

Si Dios es el Dios que enseña la Biblia, entonces este es un hecho muy real. No lo descubrimos ni llegamos a conocerlo por la razón, sino por la fe. Muchas cosas que parecen irrazonables son para el hombre de fe razonables y sensatas.

Ningún hombre que no cumpla la promesa involucrada puede conocer y experimentar la realidad de Dios en esta relación particular. Una vez que hemos comenzado a caminar, el hecho y Dios mismo comienzan a aparecer en la mente y el corazón. Alguien ha dicho que la fe es la forma más elevada de conocimiento. El hombre que camina por fe día tras día responderá sinceramente: "Amén".

La fe en el corazón opera a través de la obediencia en las obras. Cada acto de obediencia abre más luz y conocimiento. ¿No es esto lo que Jesús quiso decir cuando dijo: “El que quiere hacer su voluntad, conocerá” (cf. Juan 7:17)? La fe nos pide obedecer y avanzar bajo órdenes selladas. Sin obediencia a los requisitos de la fe, la luz muere y la fe se oscurece.

La fe toma a Dios en su palabra, porque la fe viene al escuchar la Palabra de Dios, la Palabra de Dios es su voluntad y su voluntad cubre todos “mis tiempos”.

No tengo que planificar mi vida. Busco los planes de Dios. Una línea de una canción dice: "Pongo mi vida en las manos de Dios". Y una línea de un coro dice: "Quito las manos de mi vida". Dios tiene un plan para cada uno de nosotros. El plan de Dios es su voluntad. Su voluntad está en su mano y eso significa que mis tiempos deben desplegar su voluntad.

El significado de nuestros tiempos

Abordemos ahora esta frase, “mis tiempos”. ¿Cuáles son mis tiempos y los tuyos? Son las pequeñas cosas y las grandes cosas que conforman nuestra vida el día a día.

Primero, "mi rutina diaria". Desde que me despierto por la mañana hasta que cierro los ojos mientras duermo por la noche, las cosas de estas horas conforman mis tiempos.

Creo que a Dios le preocupan tanto los minutos como los días. Por eso le preocupa que me levante temprano para estar a solas con él en su Palabra y en oración. Nunca ha habido mejor ejemplo de esto que nuestro Señor Jesucristo. Marcos 1:85 dice: "Y levantándose muy de mañana, mucho antes del alba, salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba". Si esta parte del día no está en las manos de Dios, entonces el resto también puede estar fuera de su mano. Ya sean las cinco o las ocho de la mañana, uno

debe tomarse el tiempo para retirarse con Dios en busca de fortaleza, luz, guía y el sentimiento de su presencia.

Otra cosa que está en manos de Dios, así como en las mías, es mi salud y fortaleza corporal. La aptitud física es mi preocupación en la medida en que cumplo con las condiciones que Dios ha establecido para la salud y la fuerza. Cuando he cumplido esas condiciones, he puesto el asunto en manos de Dios o he reconocido que está ahí. Yo mismo encuentro gran ayuda en Éxodo 15:26: "Si escuchas atentamente la voz de Jehová tu Dios, y haces lo recto ante sus ojos, y prestas oído a sus mandamientos, y guardas todos sus estatutos Ninguna enfermedad de estas que envié a los egipcios te enviaré a ti, porque yo soy el Señor que te sana .

Según algunos intérpretes, esta última declaración, "el Señor que te sana ", es un nombre compuesto de Jehová—Jehová Rafa—que significa "Jehová el sanador".

Eso significa que puedo reclamar para mí el Salmo 27: Señor es. . . la fuerza de mi vida". Y Salmo 103: Sacia tu boca de bienes; para que tu juventud se renueve como la del águila". También esta palabra de Isaías 40:31: "Los que esperan en Jehová renovarán sus fuerzas".

Mis tiempos de trabajo están en sus manos: qué debo hacer, dónde debo hacerlo, cómo debo hacerlo y el poder para lograrlo. Todo esto está en su mano y lo recibo con confianza.

Mis "tiempos financieros" están en su mano. Ya he indicado la enseñanza de Jesús en Mateo 6:19-33. Mire el último versículo de ese pasaje: "Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia; y todas estas cosas os serán añadidas". Eso debe cuidar el corazón y la mente de cada persona en relación con sus finanzas. Dios está preocupado por nuestras finanzas. Soy alguien que recibe tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento como la Palabra de Dios. Encuentro en el Antiguo Testamento expresiones que indican que Dios está profundamente preocupado por las finanzas de un hombre. En Deuteronomio 8:18 Dios le dice a Moisés: "Te acordarás de Jehová tu Dios, porque él te da poder para adquirir riquezas para establecer su pacto."

Nuevamente, en Proverbios 3:9-10, " Honra a Jehová con tus bienes y con las primicias de todos tus frutos; así tus graneros se llenarán de abundancia, y tus lagares rebosarán de mosto".

Y en ningún lugar se expresa más claramente la preocupación de Dios por nuestras finanzas personales que en Malaquías 3:10-12. Aquí es definitivo: "Traed todos los diezmos al alfolí, para que haya alimento en mi casa, y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y os derramaré bendición, de modo que no habrá lugar suficiente para recibirla". Esto en sí mismo es un argumento totalmente suficiente y no necesita el apoyo de ningún hombre. Dios está preocupado por mis "tiempos financieros". Si le soy obediente, puedo reclamar todas sus promesas relativas a sus bendiciones.

Otro ámbito de la vida que podemos llamar "mis tiempos" es el relacionado con los hijos que Dios nos ha dado. Salmo 127:3 dice: "He aquí, herencia de Jehová son los hijos , y el fruto del vientre es su recompensa. Como flechas en la mano del valiente, así son los hijos de la juventud. Bienaventurado el hombre que tiene su aljaba llena de ellos: no serán avergonzados, sino que hablarán con los enemigos en la puerta.

Nuestra principal preocupación como padres es el bienestar total de nuestros hijos. Todos queremos para ellos lo mejor y todos queremos que sean lo mejor. Hay algunos problemas relacionados con los niños que podemos manejar; otros están más allá de nosotros, y tenemos que aprender a comprometernos nosotros y nuestros hijos con el Señor en su promesa. La promesa que nos ha sostenido en nuestros "tiempos" es Isaías 54:13: "Y todos tus hijos serán enseñados por Jehová, y grande será la paz de tus hijos". Es la primera parte de ese versículo la que constituye la dependencia del Señor que todo padre debe sentir. Si se lo permitimos, el Señor enseñará donde ni siquiera podemos acercarnos. Cantamos una canción: "Él nunca ha roto ninguna promesa hecha", y puedo testificar que el Señor ha cumplido su promesa en relación con nuestros hijos y nuestros nietos.

Como líderes en la obra de Dios, decimos: “mis tiempos”, es decir, “mis tiempos” como trabajador del Señor, están en las manos de Dios. Su obra, su misión, su programa para cada iglesia deben ser buscados y recibidos. Gran parte del trabajo que emprendemos lo originamos nosotros mismos , y una vez elaborados los planes, los presentamos y los presentamos ante Dios y le pedimos que bendiga nuestros planes . trabajo que quiere que hagamos? Cuando nos lo revele, su bendición lo acompañará. Tal descanso en su planificación pronto nos convencerá de la verdad de las palabras del profeta en Zacarías 4:6: "Esta es la palabra". del Señor . . . . No con ejército, ni con fuerza, sino con mi espíritu, dice el Señor de los ejércitos."

Bendiciones entregadas

Este hecho (“ mis tiempos están en tu mano”), cuando se cree, se recibe y se depende de él, produce resultados benditos. Salmo 37:5 dice: “Encomienda al Señor tu camino; Confía también en él, y él lo hará”.

Encomendar nuestros caminos al Señor es reconocer que nuestros tiempos están en sus manos. Cuando vivimos día a día en tal compromiso, recibimos bendiciones específicas que son grandes y duraderas.

Una de estas bendiciones se encuentra en esa palabra "paz". La paz es el descanso del corazón. No es la ausencia de tormentas y dificultades, pruebas y angustias; es la

tranquilidad del alma en medio de todas estas cosas al mirar el rostro del Señor y saber que él sostiene nuestros tiempos.

Otra de las bendiciones es que, creada dentro de nosotros, es una fuente artesiana de alegría que brota continuamente y fluye para bendecir a todos los que nos rodean.

Una tercera bendición es que, con el tiempo, descubrimos que Dios nos ha permitido crecer y desarrollar una fe vencedora, una fe que elimina montañas y una fe que se convierte en un canal de bendición para el mundo entero.

Aprendemos a caminar con firmeza y constancia en el Espíritu Santo y así mostramos un testimonio tranquilo, convincente y satisfactorio del buen cuidado de nuestro Padre Celestial por nosotros. Este testimonio se convierte en un testimonio convertidor para los hombres que no conocen a Dios. David expresa esto bien en el Salmo 40:

Esperé pacientemente al Señor; y se inclinó hacia mí y escuchó mi clamor. También me sacó de un hoyo horrible, del lodo cenagoso, y puso mis pies sobre una roca, y afirmó mis pasos. Y puso en mi boca un cántico nuevo, alabanza a nuestro Dios; muchos lo verán, temerán y confiarán en el Señor (wv . 1-3).

Cuando creemos, recibimos y vivimos según esta verdad, “mis tiempos están en tu mano”, necesariamente vivimos en dependencia de Dios y recibimos todas sus bendiciones.

SIEMPRE EN ORACIÓN

EF Hallock, pastor emérito de la Primera Iglesia Bautista, Norman, Oklahoma

Orar en el nombre de Jesús es estar tan apegados a él, tan unidos a él que los suyos. los pensamientos se convierten en mis pensamientos; sus deseos se convierten en mis deseos; su vida se convierte en mi vida; su naturaleza se convierte en mi naturaleza; sus oraciones son mis oraciones y mis oraciones son sus oraciones. Estos mensajes inspiradores expresan la necesidad, el gozo y la fecundidad de la oración en la vida de cada cristiano. Ayudarán a los lectores a orar, y a orar con mayor comprensión y con mayor fe.